

**Estudio Expositivo de la
Segunda Epístola a los Corintios**

Animados en Cristo

Warren W. Wiersbe

Animados en Cristo

**Estudio expositivo de la
Segunda Epístola a los Corintios**

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Animados en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Encouraged**.

© 1984

SP Publications, Inc.

Wheaton, Illinois

Excepto cuando se indica, todas las citas bíblicas son de la Versión Reina-Valera, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas; usadas con permiso. Las citas bíblicas que se señalan con las siglas LBLA son de *La Biblia de las Américas*, © 1986 The Lockman Foundation, La Habra, California; usadas con permiso; y las que se señalan con las siglas NVI son de *La Nueva Versión Internacional*, © 1979, 1985 Sociedad Bíblica Internacional, East Brunswick, New Jersey; usadas con permiso.

©1999

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial, ya sea mimeografiada o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

EBI-WW-535

ISBN 1-879892-82-0

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard

Sebring, Florida 33870

Printed in USA

INDICE

Prefacio vi

Bosquejovii

Capítulo	Página
1 ¡Caído, pero no Derrotado! (1:1–11).....	1
2 ¡No Tienes por qué Fracasar! (1:12—2:17)	15
3 De Gloria en Gloria (3)	28
4 Valor para el Conflicto (4:1—5:8)	41
5 Motivos para el Ministerio (5:9-21)	55
6 De Corazón a Corazón (6—7)	68
7 El Dar de Gracia—Parte 1 (8).....	81
8 El Dar de Gracia—Parte 2 (9).....	95
9 El Pastorado Malentendido (10)	109
10 El Padre Sabe lo que Es Mejor (11).....	123
11 Un Predicador en el Paraíso (12:1–10)	135
12 Motivos para la Obediencia... (12:11—13:14)..	147

Dedicado con mucho aprecio
a
Galen y Jeanette Call,
Robert y Wilma Montgomery,
y
Cedric y Jean Whitcomb
. . . en años pasados
fieles asociados en el ministerio;
hoy, amigos que animan
y a quienes es una alegría conocer.

Prefacio

El desaliento no hace acepción de personas. El santo maduro tanto como el creyente principiante puede sufrir períodos de desaliento. El pastor maduro, de igual manera, puede tener más por qué sentirse desalentado que el pastor joven que apenas está empezando.

El mensaje de 2 Corintios me ha sido de aliento por años, y ahora quiero darte a ti ánimo. Una porción de este material la enseñé como parte de mi ministerio con *Back to the Bible Broadcast*, y la respuesta de los oyentes me llevó a pensar que lo que Pablo escribió hace siglos, todavía es apropiado para hoy.

Quiero agradecer a mi buen amigo Jim Adair por su ayuda y estímulo para la producción de otro libro de esta serie. Ha sido una delicia trabajar con Jim y el personal de la Editorial Victor Books a través de los años.

Si el mensaje de este libro te alienta, entonces ¡asegúrate de ir y animar a otro!

Warren W. Wiersbe

Bosquejo de 2 Corintios

Tema clave: El estímulo de Dios

Versículos clave: 2 Corintios 4:1, 6

I. Pablo explica su ministerio (Capítulos 1—7)

- A. Triunfante – 1—2
- B. Glorioso – 3
- C. Sincero – 4
- D. Confiado – 5
- E. Amoroso – 6—7

II. Pablo estimula su generosidad (Capítulos 8—9)

(Estaba recogiendo una ofrenda para los creyentes judíos.)

- A. Principios de “la gracia de dar” – 8
- B. Promesas para los que “dan de gracia” – 9

III. Pablo impone su autoridad (Capítulos 10—13)

- A. El guerrero, atacando la oposición – 10
- B. El padre espiritual, protegiendo a la iglesia – 11:1—15
- C. El “necio”, jactándose en el sufrimiento – 11:16—12:10
- D. El apóstol, ejerciendo autoridad en amor – 12:11—13:14

¡Caído, pero no derrotado!

2 Corintios 1:1–11

“A ustedes les parece que no tengo mis altibajos, y que disfruto de un constante progreso espiritual con gozo y ecuanimidad ininterrumpida. ¡De ninguna manera! Con frecuencia estoy desalentado por completo y todo parece ser de lo más sombrío”.

Así escribió el hombre al que solían llamar “El más grande predicador en el mundo de habla inglesa”, el Dr. John Henry Jowett. Pastoreó iglesias destacadas, predicó a congregaciones muy numerosas, y escribió libros que fueron éxito de librería.

“Padezco de una depresión del espíritu tan aterradora que espero que ninguno de ustedes jamás padezca tanta desdicha como yo”.

Esas palabras fueron pronunciadas en un sermón por Carlos Haddon Spurgeon, cuyo maravilloso ministerio en Londres le hizo quizás el más grande predicador que jamás haya producido Inglaterra.

El desaliento no respeta a persona alguna. Es más, el desaliento parece atacar más a los que tienen éxito que a los que no lo tienen; porque mientras más alto

2 Animados en Cristo

subimos, mayor suele ser la caída. No nos sorprende, entonces, cuando leemos que el gran apóstol Pablo dice que “fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas”, y que llegó incluso al punto de perder “la esperanza de conservar la vida” (2 Corintios 1:8). A pesar de la grandeza de su persona y ministerio, Pablo era tan humano como nosotros.

Si no fuera por su llamamiento de Dios y su interés por ayudar a las personas, Pablo podría haber escapado de estas cargas (2 Corintios 1:1). Había fundado la iglesia en Corinto y había ministrado allí por año y medio (Hechos 18:1–18). Cuando surgieron serios problemas en la iglesia después de su partida, envió a Timoteo para que los atendiera (1 Corintios 4:17) y luego escribió la carta que nosotros llamamos Primera de Corintios.

Desafortunadamente, las cosas empeoraron y Pablo tuvo que hacer una visita dolorosa a Corinto para tratar con los agitadores (2 Corintios 2:1 en adelante). Sin embargo no hubo solución. Entonces escribió una carta “dura y fuerte” que fue llevada por su compañero Tito (2 Corintios 2:4–9; 7:8–12). Después de mucha aflicción, Pablo nuevamente vio a Tito y recibió el informe de que el problema se había resuelto. Fue entonces que escribió la carta que nosotros conocemos como Segunda de Corintios.

Pablo escribió la carta por varias razones. Primero, quería animar a la iglesia a que perdonara y restaurara al miembro que había causado todo el problema (2 Corintios 2:6–11). También quería explicar el cambio en sus planes (2 Corintios 1:15–22) e imponer su autoridad como apóstol (2 Corintios 4:1,2; 10–12). Por último, quería animar a la iglesia a participar en la ofrenda de ayuda especial que estaba recolectando para los santos necesitados de Judea (2 Corintios 8,9).

La clave en esta carta es *consuelo, estímulo o ánimo*. La palabra griega, que está traducida así, quiere decir *uno llamado al lado para ayudar*. En su forma verbal se usa dieciocho veces en esta carta, y en su forma substantiva once veces. A pesar de todas las pruebas que atravesaba, Pablo podía (por la gracia de Dios) escribir una carta saturada de estímulo.

¿Cuál era el secreto de la victoria de Pablo cuando soportaba las pruebas? Su secreto era *Dios*. Cuando te halles desanimado y listo para darte por vencido, aparte de ti tu atención y enfócala en Dios. De su propia experiencia difícil, Pablo nos cuenta cómo podemos hallar ánimo en Dios. Nos da tres recordatorios sencillos.

Recuerda lo que Dios es para ti (2 Corintios 1:3)

Pablo empieza su carta con una doxología. Ciertamente no podía alegrarse con respecto a sus circunstancias, pero sí podía alegrarse en Dios, el cual controla todas las circunstancias. Pablo había aprendido que la alabanza es un factor importante para alcanzar la victoria sobre el desánimo y la depresión. La alabanza cambia las cosas, tanto como la oración cambia las cosas.

¡Aláble porque él es Dios! La frase *bendito sea Dios* se halla en otros dos lugares del Nuevo Testamento: en Efesios 1:3 y en 1 Pedro 1:3. En Efesios 1:3 Pablo alabó a Dios por lo que él había hecho *en el pasado*, cuando “nos escogió en [Cristo]” (Efesios 1:4) y “nos bendijo con toda bendición espiritual” (Efesios 1:3). En 1 Pedro 1:3 Pedro alabó a Dios por las bendiciones *futuras* y por “una esperanza viva”. Pero en 2 Corintios Pablo alababa al Señor por las bendiciones *presentes*, por lo que Dios estaba realizando actualmente.

Durante los horrores de la Guerra de los Treinta Años, el pastor Martin Rinkart sirvió fielmente a la gente de Eilenburg,

4 Animados en Cristo

Sajonia. Oficiaba un promedio de 40 funerales al día, un total de más de 4.000 durante su ministerio. Sin embargo, a raíz de esta devastadora experiencia escribió unas palabras para que sus hijos las usaran para dar gracias antes de la comida. Estas todavía se usan como himno de acción de gracias:

De boca y corazón load al Dios del cielo;
Pues dionos bendición, salud, paz y consuelo.
Tan sólo a su bondad debemos nuestro ser;
Su santa voluntad nos guía por doquier.

¡Aláble porque él es el Padre de nuestro Señor Jesucristo! Es debido a Jesucristo que podemos llamar Padre a Dios, e incluso acercarnos a él como hijos suyos. Dios nos ve en su Hijo y nos ama así como ama a su Hijo (Juan 17:23). Somos “amados de Dios” (Romanos 1:7), debido a que somos “aceptos en el Amado” (Efesios 1:6).

Todo lo que el Padre hizo por Jesús cuando éste estaba ministrando en la tierra, puede hacerlo por nosotros hoy. Somos amados por el Padre porque su Hijo es su Amado, y porque nosotros somos ciudadanos del “reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). Somos preciosos para el Padre, y él cuidará que las presiones de la vida no nos destruyan.

¡Aláble porque él es el Padre de misericordias! Para los judíos la expresión *padre de* significa *el originador de*. Satanás es el padre de mentira (Juan 8:44) porque la mentira se originó en él. De acuerdo con Génesis 4:21, Jubal fue el padre de los instrumentos de música, porque originó el arpa y la flauta. Dios es el Padre de misericordias porque toda misericordia se origina en él y puede alcanzarse sólo en él.

Dios en su gracia nos da lo que no merecemos, y en su misericordia no nos da lo que sí merecemos. “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque

nunca decayeron sus misericordias” (Lamentaciones 3:22). Las misericordias de Dios son *muchas* (Nehemías 9:19), *tiernas* (Salmos 25:6), y *grandes* (Números 14:19). La Biblia frecuentemente habla de la *multitud de las misericordias de Dios*, porque tan inagotable es su provisión (Salmos 5:7; 51:1; 69:13,16; 106:7,45; Lamentaciones 3:32).

¡Alábalole porque él es el Dios de toda consolación! Las palabras *consuelo* y *consolación* (y sus derivados) se repiten diez veces en 2 Corintios 1:1–11. No debemos pensar del *consuelo* en términos de lástima, porque la lástima puede debilitarnos en lugar de fortalecernos. Dios no nos da una palmadita en la cabeza ni nos da un caramelo para desviar nuestra atención de los problemas. ¡De ninguna manera! Pone fortaleza en nuestro corazón para que podamos enfrentar las pruebas y triunfar sobre ellas. La palabra confortar procede de dos palabras latinas que quieren decir *con fuerza*. La palabra griega quiere decir *venir al lado de alguien para ayudar*. Es la misma palabra que se usa para el Espíritu Santo (“el Consolador”) en Juan 14–16.

Dios puede animarnos por su Palabra y por medio de su Santo Espíritu, pero algunas veces usa a otros creyentes para darnos el estímulo que necesitamos (2 Corintios 2:7,8; 7:6,7). ¡Qué maravilloso sería que a todos nosotros nos apodaran “Bernabé, . . . hijo de consolación!” (Hechos 4:36).

Cuando te halles desanimado debido a las circunstancias difíciles, es fácil que te concentres en ti mismo o que te enfoques en los problemas que te rodean. Pero el primer paso que debes dar es mirar por fe al Señor, y darte cuenta de todo lo que Dios es para ti. “Alzaré mis ojos a los montes; ¿De dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra” (Salmos 121:1,2).

6 Animados en Cristo

Recuerda lo que Dios hace por ti (2 Corintios 1:4a, 8-11)

El permite que vengan las pruebas. En el idioma griego hay diez palabras básicas para el sufrimiento, y Pablo usó cinco de ellas en esta carta. La palabra de más frecuente uso es *thlipsis*, que significa *estrecho, confinado, bajo presión*, y en esta carta se traduce como “tribulación” (2 Corintios 1:4,8; 2:4; 4:17). Pablo se sentía oprimido por las circunstancias difíciles, y la única dirección en que podía mirar era hacia arriba.

En 2 Corintios 1:5,6 Pablo usó la palabra griega *pathema*, “aflicciones”, la cual también se usa para referirse a los sufrimientos de nuestro Salvador (1 Pedro 1:11; 5:1). Hay algunos sufrimientos que soportamos sencillamente porque somos humanos y estamos sujetos al dolor; pero hay otros sufrimientos que nos vienen debido a que somos el pueblo de Dios y queremos servirle.

Nunca debemos pensar que la aflicción es un accidente. Para el creyente todo es designio de Dios. Hay sólo tres posibles perspectivas que una persona puede tener en cuanto a las pruebas de la vida. Si nuestras pruebas son producto del *destino* o de la *casualidad*, entonces nuestro único recurso es darnos por vencidos. Nadie puede controlar el destino o la casualidad. Si somos *nosotros* mismos los que tenemos el control de todo, entonces la situación tampoco tiene esperanza. Pero si *Dios* controla, y confiamos en él, entonces podemos sobreponernos a las circunstancias con su ayuda.

Dios nos anima en todas nuestras tribulaciones enseñándonos por medio de su Palabra que es él quien permite que nos vengan las pruebas.

Dios está en control de las pruebas (v. 8) “Porque... fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de

conservar la vida”. Pablo se sentía oprimido como una bestia de carga con un peso demasiado grande como para soportar. Pero Dios sabía exactamente cuánto podía soportar Pablo y mantenía la situación bajo control.

No sabemos cuál fue la *tribulación* específica, pero sí fue lo suficientemente grave para que Pablo pensara que iba a morir. Si fue peligro de parte de muchos enemigos (Hechos 19:21 en adelante; 1 Corintios 15:30–32), enfermedad grave, o ataque satánico especial, no lo sabemos; pero sí sabemos que Dios controlaba todas las circunstancias y que protegía a su siervo. Cuando Dios pone a sus hijos en el horno, mantiene su mano sobre el termostato y su ojo en el termómetro (1 Corintios 10:13; 1 Pedro 1:6,7). Pablo podía haber perdido la esperanza de salir con vida, pero Dios no había perdido la esperanza en cuanto a Pablo.

Dios nos capacita para que soportemos nuestras pruebas (v.9). Lo primero que él tiene que hacer es mostrarnos cuán débiles somos por nosotros mismos. Pablo era un talentoso y experimentado siervo de Dios, que había atravesado diferentes clases de pruebas (2 Corintios 4:8-12; 11:23 en adelante). De seguro que toda esta experiencia debería ser suficiente para que Pablo enfrentara a estas nuevas dificultades y sobreponerse a ellas.

Pero Dios quiere que confiemos *en él*, no en nuestros talentos o capacidades, ni en nuestra experiencia o en nuestra reserva espiritual. En el momento preciso cuando nos sentimos confiados y capaces de hacerle frente al enemigo, fracasamos miserablemente. “Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:10).

Cuando tú y yo morimos a nosotros mismos, entonces el poder divino de la resurrección puede obrar. Fue cuando Abraham y Sara estuvieron casi muertos físicamente, que el poder divino de la resurrección los capacitó para tener

8 Animados en Cristo

el hijo de la promesa (Romanos 4:16–25). Sin embargo, morir a uno mismo no significa una complacencia ociosa, o quedarse sin hacer nada esperando que Dios lo haga todo. Puedes estar seguro de que Pablo oró, estudió las Escrituras, consultó con sus colegas, y confió en que Dios obraría. El Dios que resucita muertos es suficiente para *cualquier* dificultad en la vida. El todo lo puede, pero nosotros debemos estar a su disposición.

Pablo no negó lo que sentía, ni tampoco Dios quiere que nosotros neguemos nuestras emociones. “En todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro, temores” (2 Corintios 7:5). La frase “sentencia de muerte” en 2 Corintios 1:9 puede referirse a un veredicto oficial, tal vez una orden para el arresto y ejecución de Pablo. Ten presente que los judíos incrédulos acosaban a Pablo y querían eliminarlo (Hechos 20:19). En la lista de peligros no se debe soslayar los “peligros de los de mi nación” (2 Corintios 11:26).

Dios nos libra de nuestras tribulaciones (v. 10). Pablo vio la mano de Dios librándolo, sea que mirara hacia atrás, a su alrededor, o hacia adelante. La palabra que Pablo usó significa *ayudarnos a salir del aprieto, salvarnos y protegernos*. Dios no siempre nos libra de inmediato, ni tampoco de la misma manera. Jacobo fue decapitado, y sin embargo Pedro fue librado de la prisión (Hechos 12). *Ambos* fueron librados, pero de maneras diferentes. Algunas veces Dios nos libra *de* nuestras pruebas, y en otras nos libra *en* ellas.

La liberación divina vino en respuesta a la fe de Pablo, tanto como a la fe de las personas que oraban en Corinto (2 Corintios 1:11). “Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias” (Salmo 34:6).

Dios se glorifica por medio de nuestras pruebas (v. 11). Cuando Pablo informó lo que Dios había hecho por él,

un gran coro de alabanza y acciones de gracias ascendió de los santos al trono de Dios. El servicio más grande que tú y yo podemos rendir en la tierra es glorificar a Dios, y algunas veces ese servicio involucra sufrimiento. “El don concedido” se refiere a la liberación de Pablo de la muerte, ¡un maravilloso don en verdad!

Pablo nunca se avergonzó de pedir a los creyentes que oraran por él. En por lo menos siete de sus cartas mencionó su gran necesidad de apoyo en oración (Romanos 15:30-32; Efesios 6:18,19; Filipenses 1:19; Colosenses 4:3; 1 Tesalonicenses 5:25; 2 Tesalonicenses 3:1; Filemón 22). Pablo y los creyentes en Corinto se ayudaban mutuamente (2 Corintios 1:11,24).

Un amigo misionero me contó sobre la liberación milagrosa de su hija de lo que se había diagnosticado como una enfermedad mortal. Precisamente cuando la niña estaba tan enferma, varios amigos en los Estados Unidos de Norteamérica estaban orando por la familia; y Dios contestó las oraciones y sanó a la niña. La más grande ayuda que podemos dar a los siervos de Dios es cooperar a favor de ellos en la oración.

La palabra *sunupourgeo* que se traduce *cooperando también vosotros*, se usa solo aquí en el Nuevo Testamento en griego, y está compuesta de tres palabras: con, bajo y obrar. Es un cuadro de un grupo de obreros bajo la carga, trabajando conjuntamente para realizar el trabajo. Es alentador saber que el Espíritu Santo también nos ayuda en nuestras oraciones y nos ayuda a llevar la carga (Romanos 8:26).

Dios cumple sus propósitos en las pruebas de la vida; si nos rendimos a él, confiamos en él, y obedecemos lo que nos dice que hagamos. Las dificultades pueden aumentar nuestra fe y fortalecer nuestra vida de oración.

10 Animados en Cristo

Las dificultades pueden acercarnos a otros creyentes según ellos sobrellevan con nosotros las cargas. Las dificultades pueden ser usadas para glorificar a Dios. De modo que, cuando te encuentres en las pruebas de la vida, recuerda lo que Dios es para ti y lo que Dios hace por ti.

Recuerda lo que Dios hace por medio de ti (2 Corintios 1:4b-7)

En tiempos de sufrimiento la mayoría de nosotros nos inclinamos a pensar sólo en nosotros mismos y olvidarnos de los demás. Nos convertimos en cisternas en lugar de ser fuentes. Sin embargo, una de las razones para las pruebas es que tú y yo podamos aprender a ser fuentes de bendición para consolar y animar a otros. Debido a que Dios nos ha animado, nosotros podemos animar a los demás.

Uno de mis predicadores favoritos era el Dr. Jorge W. Truett, que pastoreó la Primera Iglesia Bautista de Dallas, Texas por casi cincuenta años. En uno de sus sermones cuenta de una pareja de personas inconversas cuyo bebé murió súbitamente. El Dr. Truett ofició en el funeral y más tarde tuvo el gozo de verlos a ambos confiar en Cristo.

Muchos meses más tarde una madre joven perdió su bebé; y de nuevo el Dr. Truett fue llamado para consolarla. Pero nada de lo que él decía parecía servir. En el culto del funeral, la madre recién convertida se acercó a la joven y le dijo: “Yo atravesé por esto, y sé por lo que estás pasando. Dios me llamó, y a través de las tinieblas vine a él. ¡El me ha confortado a mí, y él te confortará!”

El Dr. Truett dijo: “La primera madre hizo más por la segunda madre de lo que yo pudiera haber hecho tal vez en días y meses, por cuanto la primera madre había recorrido ella misma el camino del sufrimiento”.

Sin embargo, Pablo dijo claramente que no necesitamos experimentar las mismas pruebas para poder dar el consuelo divino. Si hemos experimentado el consuelo de Dios, entonces podemos “también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación” (2 Corintios 1:4b). Por supuesto, si hemos experimentado tribulaciones similares, éstas pueden ayudarnos a identificarnos mejor con otros y a saber mejor cómo se sienten; pero nuestras experiencias no pueden alterar el consuelo de Dios. Esta sigue siendo suficiente y eficaz sin que importe cuáles hayan sido nuestras experiencias.

Más adelante, en 2 Corintios 12, Pablo nos da un ejemplo de este principio. Padecía de un dolor descrito como “un aguijón en la carne”, tal vez alguna clase de sufrimiento físico que le fastidiaba constantemente. No sabemos qué era este “aguijón en la carne”, ni necesitamos saberlo. Lo que sí sabemos es que Pablo experimentó la gracia de Dios y entonces compartió ese estímulo con nosotros. Sin que importe cuál sea tu prueba, “Bástate mi gracia” (2 Corintios 12:9) es una promesa de la que puedes apropiarte. No tendríamos esa promesa si Pablo no hubiera sufrido.

El tema del sufrimiento humano no es fácil de entender, porque hay misterios en la obra de Dios que jamás captaremos sino hasta que estemos en el cielo. Algunas veces sufrimos debido a nuestro propio pecado y rebelión, como sucedía a Jonás. Algunas veces el sufrimiento nos guarda de pecar, como en el caso de Pablo (2 Corintios 12:7). El sufrimiento puede perfeccionar nuestro carácter (Romanos 5:1–5) y ayudarnos a participar del carácter de Dios (Hebreos 12:1-11).

Pero el sufrimiento también puede ayudarnos a ministrar a otros. En cada iglesia hay creyentes maduros que han sufrido y experimentado la gracia de Dios, y ellos

12 Animados en Cristo

son los grandes consoladores en la congregación. Pablo experimentó problemas, no como castigo por algo que había hecho, sino como preparación para algo que todavía *tenía por hacer*: ministrar a otros en necesidad. Simplemente piensa en las pruebas que el rey David tuvo que atravesar para darnos el gran estímulo que hallamos en los Salmos.

Segunda de Corintios 1:7 aclara que siempre hubo la posibilidad de que la situación pudiera invertirse: que los creyentes corintios pasaran por pruebas para poder animar a otros. Dios algunas veces permite que una familia de la iglesia experimente pruebas especiales para que pueda él otorgarles a ellos gracia especial en abundancia.

El ánimo misericordioso de Dios nos ayuda *si aprendemos a soportar*. El soportar con paciencia es una evidencia de fe. Si nos amargamos o criticamos a Dios, si nos rebelamos en lugar de someternos, entonces nuestras pruebas obran *en contra* nuestro en lugar de *a favor* nuestro. La capacidad para soportar pacientemente las dificultades, sin darnos por vencidos, es un rasgo de madurez espiritual (Hebreos 12:1-7).

Dios tiene que obrar *en nosotros* antes de poder obrar *por medio de* nosotros. Es mucho más fácil crecer en el conocimiento que crecer en la gracia (2 Pedro 3:18). Aprender la verdad de Dios y retenerla en nuestra cabeza es una cosa, pero vivir la verdad de Dios y hacerla parte de nuestro carácter es algo completamente diferente. Dios hizo que el joven José atravesara trece años de tribulación antes de hacerlo el segundo al mando en Egipto, ¡y qué gran hombre llegó a ser José! Dios siempre nos equipa para lo que él está preparando para nosotros, y una parte de esa preparación es el sufrimiento.

Visto desde esta perspectiva, 2 Corintios 1:5 es muy importante: ¡incluso nuestro Señor Jesucristo tuvo que

sufrir! Cuando sufrimos en la voluntad de Dios, somos partícipes de los sufrimientos del Salvador. Esto no se refiere a sus sufrimientos vicarios en la cruz, por cuanto sólo él pudo morir por nosotros como el sustituto sin pecado (1 Pedro 2:21–25). Pablo se estaba refiriendo aquí a “la participación de sus padecimientos” (Filipenses 3:10), las pruebas que soportamos debido a que, como Cristo, somos fieles en hacer la voluntad del Padre. Esto es sufrir “por causa de la justicia” (Mateo 5:10–12).

Pero conforme aumenta el sufrimiento también aumenta la provisión de la gracia de Dios. La palabra *abunda* sugiere la figura de un río desbordándose. “Pero él da mayor gracia” (Santiago 4:6). Este es un importante principio que hay que captar: Dios tiene amplia gracia para todas tus necesidades, *pero él no la otorgará por anticipado*. Venimos por fe al trono de la gracia “para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). La palabra griega significa *ayuda cuando la necesitas, ayuda oportuna*.

Por ejemplo: leí acerca de un creyente devoto que había sido arrestado por su fe, y sentenciado a morir en la hoguera. La noche antes de su ejecución se preguntaba si tendría suficiente valor para convertirse en una antorcha humana; de modo que probó su valor poniendo su dedo encima de la llama de una vela. Por supuesto, se quemó y retiró la mano por el dolor. Estaba seguro de que jamás sería capaz de enfrentar el martirio sin claudicar. Pero al día siguiente, cuando sufría la hoguera Dios le dio la gracia que necesitaba, y tuvo un testimonio gozoso y triunfante ante sus enemigos.

Ahora podemos entender mejor 2 Corintios 1:9; porque si pudiéramos almacenar la gracia de Dios para usarla en emergencias, nos inclinaríamos a confiar en nosotros

14 Animados en Cristo

mismos, y no en “el Dios de toda gracia” (1 Pedro 5:10). Todos los recursos que Dios nos da pueden guardarse para uso futuro: dinero, alimento, conocimiento y otros, pero la gracia de Dios no puede almacenarse.

Más bien, conforme experimentamos la gracia de Dios en nuestras vidas diarias, ésta se la *invierte en nuestras vidas como carácter piadoso* (Romanos 5:1–5). Esta inversión paga dividendos cuando nuevos problemas se cruzan en nuestro camino, por cuanto el carácter piadoso nos capacita para soportar la tribulación para la gloria de Dios.

Hay compañerismo en el sufrimiento: puede acercarnos más a Cristo y a su pueblo. Pero si empezamos a revolcarnos en la autocompasión, el sufrimiento creará aislamiento en lugar de participación. Construiremos barreras y no puentes.

Lo importante es fijar nuestra atención en Dios y no en nosotros mismos. *Recuerda lo que Dios es para ti*: el “Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación” (2 Corintios 1:3). *Recuerda lo que Dios hace por ti*: él está contigo en medio de tus pruebas y hace que resulten para tu bien, y para su gloria. Finalmente, *recuerda lo que Dios hace por medio de ti*: y permítele que te use para animar a otros.

¡No tienes por qué fracasar!

2 Corintios 1:12—2:17

En su libro *Profiles in Courage [Perfiles de Valentía]*, John F. Kennedy escribió: “Grandes crisis producen grandes hombres y grandes obras de valentía”.

En tanto que es cierto que una crisis incide sobre la manera de ser de una persona, también es cierto que una crisis ayuda a revelar cómo es esa persona. Pilato enfrentó una gran crisis, pero su forma de manejarla no le dio ni valentía ni grandeza. La forma en que manejamos las dificultades de la vida dependerá grandemente de la clase de carácter que tenemos.

En esta carta tan personal Pablo abrió su corazón a los corintios (y a nosotros) y reveló las pruebas que había experimentado. Para empezar, había sido severamente criticado por algunas personas en Corinto debido a que había cambiado sus planes y al parecer no había cumplido su promesa. Cuando hay malos entendidos entre creyentes, las heridas pueden ser profundas. Además había el problema de la oposición a su autoridad apostólica en la iglesia. Uno de los miembros, posiblemente un líder, tuvo que ser puesto bajo disciplina, y esto le causó a

16 Animados en Cristo

Pablo gran tristeza. Finalmente, estaban las difíciles circunstancias que Pablo había atravesado en Asia (2 Corintios 1:8-11), una prueba tan severa que había llegado a temer por su vida.

¿Qué impidió que Pablo fracasara? Otras personas, al enfrentar las mismas crisis, habrían fracasado. Sin embargo, Pablo no sólo triunfó sobre las circunstancias, sino que de ellas produjo una gran carta que incluso hoy está ayudando al pueblo de Dios a alcanzar victoria. ¿Cuáles son los recursos espirituales que ayudaron a Pablo a persistir?

Una conciencia limpia (2 Corintios 1:12-24)

La palabra *conciencia* procede de dos palabras latinas: *com* que quiere decir *con*, y *scire* que significa *conocer*. La conciencia es aquella facultad interna que *conoce con* nuestro espíritu y aprueba lo que está bien, pero nos acusa cuando hacemos mal. La conciencia no es la ley de Dios, pero da testimonio de esa ley. Es la ventana que permite entrar la luz; y si la ventana se ensucia debido a la desobediencia, entonces la luz que entra es cada vez más difusa (Mateo 6:22-23; Romanos 2:14-16).

Pablo usó la palabra *conciencia* veintitrés veces en sus cartas y ministerio de predicación que se relata en Hechos. “Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hechos 24:16). Cuando una persona tiene una buena conciencia, tiene integridad, no duplicidad; se puede confiar en esa persona.

¿Por qué acusaban los corintios a Pablo de engaño y descuido? Debido a que no llegó a Corinto. Se había visto obligado a cambiar sus planes. Originalmente había prometido pasar el invierno en Corinto “si el Señor lo permite” (1 Corintios 16:2-8). Pablo quería recoger las

ofrendas que los corintios habían recolectado para los creyentes judíos pobres. También quería darle a la iglesia el privilegio de enviarle a él y a sus compañeros camino a Jerusalén.

Pero para tristeza y vergüenza, Pablo había tenido que cambiar sus planes. Personalmente lo comprendo porque en mi propio ministerio algunas veces he tenido que cambiar mis planes e incluso cancelar reuniones, ¡y sin el beneficio de la autoridad apostólica! Pablo ahora planeaba hacer *dos* visitas a Corinto, una en su camino a Macedonia, y otra en su camino de regreso. Entonces añadiría la ofrenda recogida en Corinto a la de las iglesias de Macedonia, y continuaría su viaje a Jerusalén.

Sin embargo, incluso el segundo plan alternativo de Pablo tuvo que ser abandonado. ¿Por qué? Debido a que su propio corazón lleno de cariño no podía soportar otra “visita dolorosa” (2 Corintios 1:23; 2:1-3). Pablo le había informado a la iglesia del cambio en sus planes, pero ni siquiera esto silenció a la oposición. Lo acusaban de seguir sabiduría humana (2 Corintios 1:12), de tomar con ligereza la voluntad de Dios (2 Corintios 1:17), y de hacer planes sólo para complacerse a sí mismo. Estaban diciendo: “Si Pablo dice o escribe algo, ¡en realidad quiere decir otra cosa! Su sí es no, y su no es sí”.

Los malos entendidos entre el pueblo de Dios a menudo son muy difíciles de desenmarañar, debido a que un mal entendido conduce a otro. Una vez que empezamos a poner en tela de juicio la integridad de otros o a desconfiar de sus palabras, la puerta queda abierta a toda clase de problemas. Pero, sin que importe lo que sus acusadores pudieran decir, Pablo se mantuvo firme debido a que tenía limpia su conciencia. Lo que había escrito, dicho y vivido, concordaba. Y, después de todo, había añadido a su plan

18 Animados en Cristo

original la frase “si el Señor lo permite” (1 Corintios 16:7; ve también Santiago 4:13-17).

Cuando tienes limpia la conciencia, vives a la luz del retorno de Jesucristo (2 Corintios 1:14). “El día del Señor Jesús” se refiere al tiempo cuando Cristo aparecerá y llevará a su Iglesia al cielo. Pablo estaba seguro de que, ante el tribunal de Cristo, se regocijaría por los creyentes corintios y ellos por él. Cualquier mal entendido que pudiera haber hoy, cuando estemos frente a Jesucristo todo será perdonado, olvidado y transformado en gloria, para alabanza de Jesucristo.

Cuando tienes limpia tu conciencia tomarás en serio la voluntad de Dios (2 Corintios 1:15-18). Pablo no hizo sus planes al descuido o a la ventura; buscó la dirección del Señor. Algunas veces no estaba seguro de lo que Dios quería que hiciera (Hechos 16:6-10), pero sabía cómo esperar en el Señor. Sus motivos eran sinceros; estaba procurando agradar al Señor y no a los hombres. Cuando nos detenemos a considerar cuán difíciles eran la transportación y la comunicación en esos días, podemos maravillarnos de que Pablo no tuvo *más* problemas con su atiborrado calendario.

Jesús nos instruyó a ser serios en lo que decimos. Simplemente tenemos que decir “sí lo haré” o “no lo haré”. Tu palabra es suficiente, no hay que jurar. (Mateo 5:37). Sólo una persona con carácter malo usa palabras adicionales para dar fuerza a su sí o su no. Los corintios sabían que Pablo era un hombre de carácter veraz, porque era un hombre de conciencia limpia. Durante sus dieciocho meses de ministerio entre ellos, Pablo había demostrado ser fiel; no había cambiado.

Cuando tienes una conciencia limpia glorificas a Jesucristo (2 Corintios 1:19-20). No puedes glorificar a

Cristo y practicar el engaño al mismo tiempo. Si lo haces, violas tu conciencia y erosionas tu carácter; pero a la larga la verdad saldrá a la luz. Los corintios habían sido salvos debido a que Pablo y sus amigos les predicaron a Jesucristo. ¿Cómo podía Dios revelar la verdad *a través de instrumentos falsos*? El testimonio y el andar del ministro deben marchar juntos, porque la obra que hacemos fluye de la vida que vivimos.

No hay sí y no respecto a Jesucristo. Es el *eterno sí* de Dios para los que confían en él. “Todas las promesas que ha hecho Dios son ‘sí’ en Cristo. Así que por medio de Cristo respondemos ‘amén’ para la gloria de Dios” (2 Corintios 1:20, NVI). Jesucristo revela las promesas, cumple las promesas, ¡y nos permite apropiarnos de ellas! Una de las bendiciones de una conciencia buena es que no tenemos temor de estar ante Dios o ante los hombres, o apropiarnos de las promesas que Dios nos da en su Palabra. Pablo no era culpable de manipular la Palabra de Dios para respaldar sus propias prácticas de pecado (ve 2 Corintios 4:2).

Finalmente, cuando tienes limpia tu conciencia, éstas en buenas relaciones con el Espíritu de Dios (2 Corintios 1:21-24). La palabra *confirma* es un término mercantil, y se refiere a la garantía de cumplimiento de un contrato. Es la seguridad que el vendedor le da al comprador de que el producto es como fue anunciado, o que el servicio se dará según lo prometido.

El Espíritu Santo es la garantía de Dios de que él es confiable y que realizará lo que ha prometido. Pablo se cuidaba de no entristecer al Espíritu Santo; y, puesto que el Espíritu Santo no le convencía de pecado, sabía que sus motivos eran puros y su conciencia estaba limpia.

20 Animados en Cristo

Todos los creyentes han sido ungidos por el Espíritu Santo (2 Corintios 1:21). En el Antiguo Testamento las únicas personas que eran ungidas eran los profetas, los sacerdotes y los reyes. Su unguimiento los equipaba para el servicio. Cuando nos rendimos al Espíritu, él nos capacita para servir a Dios y vivir santamente. El nos da el discernimiento espiritual que necesitamos para servir a Dios aceptablemente (1 Juan 2:20, 27).

El Espíritu también nos ha sellado (2 Corintios 1:22; Efesios 1:13) de modo que pertenecemos a Cristo y él nos considera suyos. El testimonio interior del Espíritu nos garantiza que somos hijos auténticos de Dios (Romanos 5:5; 8:9). El Espíritu también nos asegura de que él nos protegerá, porque somos su propiedad.

Finalmente el Espíritu Santo nos capacita para que sirvamos a otros (2 Corintios 1:23-24), no como *dictadores espirituales* que les dicen a otros qué hacer, sino como siervos que tratan de ayudar a otros a crecer. Los falsos maestros que invadieron la iglesia de Corinto se portaban como dictadores (ve 2 Corintios 11), y esto había hecho que los corazones de la gente se alejaran de Pablo, quien se había sacrificado tanto por ellos.

El Espíritu es “las arras” de Dios (cuota de entrada, garantía, depósito) de que un día estaremos con él en el cielo y poseeremos cuerpos glorificados (ve Efesios 1:14). El nos capacita para que disfrutemos de las bendiciones del cielo en nuestros corazones ¡hoy! Debido a que el Espíritu moraba en él, Pablo podía tener una conciencia limpia y hacer frente con amor y paciencia a los malos entendidos. Si vives para agradar a las personas, los malos entendidos te deprimirán; pero si vives para agradar a Dios, los enfrentarás con fe y valentía.

Un corazón compasivo (2 Corintios 2:1-11)

Uno de los miembros de la iglesia en Corinto le había causado gran dolor a Pablo. No estamos seguros si este es el mismo hombre a quien Pablo se refería en 1 Corintios 5, aquel que estaba viviendo en fornicación abierta, o si era otra persona, alguien que públicamente había puesto en tela de juicio la autoridad apostólica de Pablo. Pablo había hecho una visita breve a Corinto para tratar este problema (2 Corintios 12:14; 13:1) y también les había escrito una carta dolorosa sobre la situación. En todo esto reveló un corazón compasivo. Fíjate en las evidentes muestras del amor de Pablo.

El amor pone a otros primero (vv. 1-4). Pablo no pensaba en sus propios sentimientos, sino en los de los demás. En el ministerio cristiano los que nos dan mayor gozo también pueden producirnos gran aflicción; y esto era lo que Pablo estaba experimentando. Les escribió una carta severa, brotada de la angustia de su propio corazón y bañada en amor cristiano. Su gran deseo era que la iglesia obedeciera la Palabra, disciplinara al ofensor y trajera pureza y paz a la congregación.

“Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece” (Proverbios 27:6). Pablo sabía que sus palabras lastimarían a los que quería, y esto le partió el corazón. Pero también sabía (como todo padre amante conoce) que hay una gran diferencia entre *lastimar* a alguien y *hacerle daño* a alguien. Algunas veces quienes nos quieren nos lastiman para impedir que nos hagamos daño nosotros mismos.

Pablo podía haber ejercido su autoridad apostólica y ordenado a la gente que lo respetara y obedeciera; pero prefirió ministrar con paciencia y amor. Dios sabía que el cambio en los planes de Pablo tenían como motivo librar

22 Animados en Cristo

a la iglesia de más dolor (2 Corintios 1:23-24). El amor siempre considera los sentimientos de otros y procura poner el bienestar de ellos por sobre todo lo demás.

El amor procura ayudar a otros a crecer (vv. 5-6). Es digno de notarse que Pablo no mencionó el nombre del sujeto que se le había opuesto y había dividido a la familia de la iglesia. Sin embargo, Pablo le dijo a la iglesia que disciplinara al hombre *por su propio bien*. Si la persona a quien se refiere es el mismo fornicario mencionado en 1 Corintios 5, entonces estos versículos indican que la iglesia en efecto se había reunido y disciplinado al hombre, y que éste se había arrepentido de sus pecados y fue restaurado.

La verdadera disciplina es una evidencia del amor (ve Hebreos 12). Algunos padres jóvenes con *pensamiento moderno* respecto a cómo criar a los hijos, rehúsan disciplinarles cuando sean desobedientes aduciendo que quieren demasiado a sus hijos. Pero si en realidad aman a sus hijos, los disciplinarán.

La disciplina en la iglesia no es un tema popular, ni tampoco una práctica extendida. Demasiadas iglesias hacen caso omiso de los problemas en lugar de obedecer las Escrituras y enfrentar la situación con valentía “siguiendo la verdad en amor” (Efesios 4:15). El principio de “paz a cualquier costo” no es bíblico, por cuanto no puede haber verdadera paz espiritual sin pureza (Santiago 3:13-18). Los problemas ocultados tienden a multiplicarse y causar problemas peores más tarde.

El hombre al que Pablo confrontó, y a quien la iglesia disciplinó, fue ayudado por esta clase de amor. Cuando yo era niño no siempre aprecié la disciplina que mis padres me aplicaban, aun cuando debo confesar que merecía mucho más de lo que recibí. Pero ahora que miro en

retrospectiva agradezco a Dios porque ellos me quisieron lo suficiente como para lastimarme y así impedir que me hiciera daño yo mismo. Ahora comprendo que ellos hablaban con verdad al decir: “Esto nos duele más a nosotros que a ti”.

El amor perdona y anima (vv. 7-11). Pablo instó a la familia de la iglesia a que perdonara al hombre, y dio sólidas razones para respaldar su admonición. Para empezar, debían perdonarle *por causa del hombre mismo*, “para que no sea consumido de demasiada tristeza” (2 Corintios 2:7-8). El perdón es la medicina que ayuda a sanar los corazones quebrantados. Era importante que la iglesia le asegurara su amor a este pecador arrepentido.

En mi propio ministerio pastoral he participado en reuniones en donde miembros bajo disciplina han sido perdonados y restaurados a la comunión; y han sido horas preciosas y santas en mi vida. Cuando la familia de una iglesia asegura a un hermano o hermana perdonados que su pecado ha quedado en el olvido y la comunión ha sido restaurada, se experimenta un maravilloso sentido de la presencia de Dios. Todo padre que disciplina a un hijo debe darle a continuación de la disciplina la seguridad de su cariño y perdón, o la disciplina hará más daño que bien.

Los corintios debían confirmar su amor hacia el hermano perdonado *por causa del Señor* (2 Corintios 2:9-10). Después de todo, la disciplina es tanto un asunto de obediencia al Señor como una obligación hacia el hermano. El problema no era simplemente entre un hermano que pecó y un apóstol afligido; era también entre el hermano que pecó y un Salvador afligido. El hombre había pecado contra Pablo y contra la iglesia, pero sobre todo había pecado contra el Señor. Cuando los líderes tímidos de la iglesia tratan de encubrir las situaciones en

24 Animados en Cristo

lugar de hacerles frente honestamente, están entristeciendo al Señor.

Pablo dio una tercera razón: debían perdonar al ofensor *por causa de la iglesia* (2 Corintios 2:11). Cuando no hay un espíritu perdonador en una congregación debido a que no se ha tratado con el pecado de una manera bíblica, se le da a Satanás una fortaleza de operación en la congregación. Cuando albergamos un espíritu no perdonador entristecemos al Espíritu Santo y le damos “lugar al diablo” (Efesios 4:27-32).

Una de las artimañas de Satanás es acusar a los creyentes que han pecado para que piensen que su caso está perdido. Ha habido personas que me han escrito o me han llamado por teléfono pidiendo ayuda porque han estado bajo la opresión y acusación satánica. El Espíritu Santo nos convence de pecado para que lo confesemos y acudamos a Cristo para que nos limpie; pero Satanás nos acusa de pecado para que nos desesperemos y nos demos por vencidos.

Cuando se disciplina según la Biblia a un hermano o hermana que han ofendido, y se arrepienten, entonces la familia de la iglesia debe perdonar y restaurar al miembro, y el asunto debe ser olvidado y jamás vuelto a traer a la luz. Si la familia de la iglesia, o cualquier persona en ella, mantiene un espíritu no perdonador, entonces Satanás usará esa actitud para sus nuevos asaltos contra la iglesia.

Pablo pudo vencer los problemas que enfrentaba debido a que tenía una conciencia limpia y un corazón compasivo. Pero había un tercer recurso espiritual que le dio la victoria.

Una fe conquistadora (2 Corintios 2:12-17).

En Asia parecía como que los planes de Pablo se habían desbaratado por completo. ¿Dónde estaba Tito? ¿Qué ocurría

en Corinto? Pablo había abierto las puertas al ministerio en Troas, pero no tenía paz en su corazón para entrar por esas puertas. Humanamente hablando, parecía como que era el final de la batalla, con Satanás como el triunfador.

Excepto por una cosa: ¡Pablo tenía una fe conquistadora! “Más a Dios gracias” (2 Corintios 2:14). Este canto de alabanza nacía de la seguridad que Pablo tenía debido a que confiaba en el Señor.

Pablo estaba seguro de que Dios le estaba guiando (v. 14a). Las circunstancias no eran de lo mejor, y Pablo no podía explicar los desvíos y desilusiones, pero estaba seguro de que Dios tenía las cosas bajo control. El creyente siempre puede estar seguro de que Dios hace que todo ayude a bien, en tanto y en cuanto le amemos y procuremos obedecer su voluntad (Romanos 8:28). Esta promesa no es una excusa para descuido, sino que es un estímulo para tener confianza.

Un amigo mío debía encontrarse con un líder cristiano detrás de la Cortina de Hierro, y arreglar la publicación de cierto libro, pero todos los arreglos se deshicieron. Mi amigo se encontraba solo en un lugar peligroso, preguntándose qué hacer, cuando dio la “casualidad” de encontrarse con un desconocido, que le llevó directamente a los mismos líderes con quienes deseaba hablar. Fue la providencia de Dios obrando, el cumplimiento de Romanos 8:28.

Pablo también estaba seguro de que *Dios estaba guiándole en triunfo (v. 14b)*. El cuadro aquí es el del triunfo romano, el tributo especial que Roma daba a los generales conquistadores.

Si un comandante al mando ganaba una victoria sobre el enemigo en territorio extranjero, y si mataba por lo menos 5.000 soldados enemigos y ganaba nuevo territorio para el emperador, entonces tenía derecho

26 Animados en Cristo

a un triunfo romano. El desfile incluía al comandante montado en un carro dorado, rodeado de sus oficiales. También incluía una exhibición del botín ganado en la batalla, tanto como soldados enemigos capturados. Los sacerdotes romanos también participaban, llevando incienso ardiendo en tributo al ejército victorioso.

La procesión seguía una ruta especial en la ciudad, y concluía en el Circo Máximo, en donde los cautivos, reducidos a la impotencia, entretendrían a la gente, luchando contra bestias salvajes. Era un día muy especial en Roma cuando a los ciudadanos se les agasajaba con un triunfo romano a todo dar.

¿Cómo se aplica este retazo de historia al creyente atribulado hoy? Jesucristo, nuestro Comandante en Jefe al mando, vino a un país extranjero (esta tierra) y derrotó completamente al enemigo (Satanás). En lugar de matar a 5.000 personas, dio vida a más de 5.000: a más de 3.000 en Pentecostés y a otros 2.000 poco después de esa ocasión (Hechos 2:41; 4:4). Jesucristo se apropió del botín de la batalla: las almas perdidas que habían estado en esclavitud al pecado y a Satanás (Lucas 11:14-22; Efesios 4:8; Colosenses 2:15). ¡Qué gloriosa victoria!

Los hijos del general victorioso venían detrás del carruaje de su padre, participando en su victoria; y eso es lo que los creyentes son hoy: seguidores del triunfo de Cristo. No luchamos *por* la victoria; luchamos *a partir de* la victoria. Ni en Asia ni en Corinto la situación parecía de victoria para Pablo, pero él creyó a Dios, y Dios convirtió la derrota en victoria.

Dios le estaba usando así como le guiaba (vs. 14c-17). Mientras los sacerdotes romanos quemaban incienso en el desfile, el aroma afectaba a diferentes personas de diferente manera. Para los soldados triunfadores,

significaba vida y victoria; pero para el enemigo conquistado, significaba derrota y muerte. Estaban en camino para ser muertos por las bestias.

Usando esta imagen del incienso, Pablo describe el ministerio cristiano. Vio a los creyentes como incienso, despidiendo la fragancia de Jesucristo a través de la vida personal. Para Dios los creyentes somos la misma fragancia de Jesucristo; para otros creyentes somos aroma de vida; pero para los incrédulos somos fragancia de muerte. En otras palabras, la vida y el ministerio cristianos son asuntos de vida o muerte. La manera en que vivimos y trabajamos puede significar vida o muerte para el mundo perdido que nos rodea.

No es para asombrarse cuando leemos lo que Pablo dijo: “Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?” (2 Corintios 2:16). En el siguiente capítulo da su respuesta: “Nuestra competencia proviene de Dios” (2 Corintios 3:5). Les recordó a los corintios que su corazón era puro y sus motivos sinceros. Después de todo, no había necesidad de ser astuto o *vender* la Palabra de Dios, cuando estaba marchando en el séquito triunfante del Salvador victorioso. Ellos podían malentender al apóstol, pero Dios conocía su corazón.

¡No hay necesidad de fracasar! Las circunstancias pueden desalentarnos, y la gente puede oponerse a nosotros e incluso malentendernos; pero tenemos en Cristo los recursos espirituales para ganar la batalla: una conciencia limpia, un corazón compasivo y una fe conquistadora.

“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? ... Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:31, 37).

De gloria en gloria

2 Corintios 3

Dondequiera que hallas lo genuino, hallarás que alguien está promoviendo lo falsificado. Incluso los críticos de arte han sido engañados por obras de arte falsificadas, y editores sinceros han comprado manuscritos valiosos, sólo para descubrir que son fraudes. Un escritor acertadamente dijo: “Una mentira necesita de una verdad para tener de dónde agarrarse”.

No pasó mucho tiempo después de que el evangelio de la gracia de Dios empezó a esparcirse entre los gentiles sin que apareciera un evangelio falsificado, una mezcla de la ley y la gracia. Era propagado por un grupo de personas fanáticas que hemos llegado a conocer como los judaizantes. Pablo escribió la carta a los Gálatas para refutar sus doctrinas, y en 2 Corintios encontrarás que se refiere a ellos varias veces.

El principal énfasis de este grupo era que la salvación era por la fe en Cristo *más* el guardar la ley (ve Hechos 15:1 en adelante). También enseñaban que el creyente se perfecciona en su fe al obedecer la ley de Moisés. Su evangelio de legalismo era muy popular, puesto que la

naturaleza humana disfruta al alcanzar metas religiosas en lugar de confiar sencillamente en Cristo y permitir que el Espíritu Santo obre. Es mucho más fácil medir la “religión” que la verdadera justicia.

Pablo veía a estos falsos maestros como mercaderes de la Palabra de Dios (ve 2 Corintios 2:17), embaucadores religiosos que hacían presa de los ignorantes. Rechazó sus métodos dudosos de enseñar la Biblia (2 Corintios 4:2) y desdeñó su tendencia a jactarse en cuanto a sus conversos (2 Corintios 10:12–18). Una razón por la que los corintios estaban rezagados en su contribución a la ofrenda especial era que los judaizantes le habían *robado* a la iglesia (2 Corintios 11:7–12, 20; 12:14).

¿Cómo refutó Pablo las doctrinas y prácticas de estos falsos maestros legalistas? Mostrando la gloria más eminente del ministerio del evangelio de la gracia de Dios. En 2 Corintios 3 Pablo contrastó el ministerio del antiguo pacto (la ley) con el ministerio del nuevo pacto (la gracia), y demostró la superioridad del ministerio del nuevo pacto. Observa los contrastes que presenta.

Tablas de piedra—Corazones humanos (2 Corintios 3:1–3)

Los judaizantes se jactaban por llevar “cartas de recomendación” (2 Corintios 3:1) de gente importante de la iglesia en Jerusalén, y decían que Pablo no tenía tales credenciales. Es triste cuando una persona mide su valía por lo que la gente dice de ella en lugar de por lo que Dios sabe acerca de ella. Pablo no necesitaba credenciales de parte de los líderes de la iglesia: su vida y su ministerio eran las únicas recomendaciones que necesitaba.

Cuando Dios dio la ley, la escribió en tablas de piedra, y esas tablas fueron colocadas en el arca del pacto.

30 Animados en Cristo

Aunque si los israelitas pudieran leer las dos tablas, tal experiencia no cambiaría sus vidas. La ley es algo externo, y la gente necesita un poder *interno* para que sus vidas sean transformadas. El legalista puede amonestarnos con su: “¡Haz esto!” o “¡No hagas aquello!” pero no puede darnos el poder para obedecer. Y si en efecto obedecemos, a menudo no es de corazón; y ¡acabamos peor que antes!

El ministerio de la gracia cambia el corazón. El Espíritu de Dios usa la Palabra de Dios y la escribe en el corazón. Los corintios eran pecadores perversos cuando Pablo llegó allí, pero el ministerio del evangelio de la gracia de Dios cambió completamente sus vidas (ve 1 Corintios 6:9–11). Su experiencia de la gracia de Dios ciertamente significaba más que las cartas de recomendación que exhibían estos falsos maestros. Los creyentes corintios estaban inscritos con todo cariño en el corazón de Pablo, y el Espíritu de Dios había escrito la verdad en sus corazones, haciéndolos *cartas vivas* de Cristo.

La prueba del ministerio son las vidas cambiadas, no los boletines de prensa ni las estadísticas. Es mucho más fácil que el legalista se jacte, porque puede medir su ministerio por medidas externas. El creyente que ministra pacientemente por el Espíritu de Dios debe dejar los resultados al Señor. ¡Qué trágico que los corintios siguieran a los jactanciosos judaizantes y le partieran el corazón al hombre que los había rescatado del juicio!

Muerte—Vida (2 Corintios 3:4–6)

Pablo fue pronto para dar gloria a Dios y no a sí mismo. Su confianza estaba en Dios, y su suficiencia procedía de Dios. Pablo era un hombre brillante y bien educado; sin embargo no dependía de su propia aptitud. Dependía del Señor.

Los legalistas, por supuesto, le decían a la gente que cualquier persona podía obedecer la ley y llegar a ser espiritual. Un ministerio legalista tiene su manera de inflar el ego de la gente. Cuando se hace énfasis en la gracia de Dios, hay que decirle a la gente que son pecadores perdidos que no pueden salvarse a sí mismos. El testimonio de Pablo era: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Corintios 15:10). Nadie es suficiente en sí mismo para ministrar a los corazones de las personas. Esa suficiencia puede proceder solamente de Dios.

Al leer este capítulo observa los diferentes nombres que Pablo usó para el antiguo pacto y el nuevo pacto al contrastarlos. En 2 Corintios 3:6 “la letra” se refiere a la ley del antiguo pacto, en tanto que “el espíritu” se refiere al mensaje de la gracia del nuevo pacto. Pablo no estaba contrastando dos maneras de interpretar la Biblia, una interpretación literal y una espiritual. Estaba recordándoles a sus lectores que la ley del antiguo pacto no podía dar vida; era un ministerio de muerte (ve Gálatas 3:21). El evangelio da vida a los que creen, debido a la obra de Jesucristo en la cruz.

Pablo no estaba sugiriendo que la ley fuera una equivocación o que su ministerio fuera sin importancia. ¡Lejos de eso! Pablo sabía que el pecador tendría que encontrarse muerto ante la ley y completamente condenado sin esperanza antes de poder ser salvo por la gracia de Dios. Juan el Bautista vino con un mensaje de juicio, preparando el camino para Jesús y su mensaje de gracia salvadora.

Un ministerio legalista trae muerte. Los predicadores que se especializan en leyes y regulaciones mantienen a sus congregaciones bajo una lúgubre nube de culpa, y eso mata su alegría, poder y testimonio eficaz por Cristo.

32 Animados en Cristo

Los creyentes que están constantemente midiéndose mutuamente, comparando resultados y compitiendo unos con otros, pronto descubren que están dependiendo de la carne y no del poder del Espíritu. Jamás hubo una norma que pudiera transformar la vida de una persona, y esto incluye los diez mandamientos. Sólo la gracia de Dios, ministrada por el Espíritu de Dios, puede transformar a los pecadores perdidos en cartas vivas que glorifican a Jesucristo.

La doctrina paulina del nuevo pacto no era algo que él había inventado para la ocasión. Pablo había estudiado las Escrituras de manera profunda y, por cierto, había leído Jeremías 31:27–34, así como Ezequiel 11:14–21. En el Nuevo Testamento Hebreos 8–10 es el pasaje clave a estudiarse. La ley del antiguo pacto, con su énfasis en la obediencia externa, era una preparación para el mensaje de gracia del nuevo pacto y el énfasis en la transformación interna del corazón.

Gloria pasajera—Gloria cada vez mayor (2 Corintios 3:7–11)

Este párrafo es el corazón del capítulo, y debe estudiarse conjuntamente con Exodo 34:29–35. Pablo no negaba la gloria de la ley del antiguo pacto, porque en la emisión de la ley y el mantenimiento de los cultos del tabernáculo y del templo ciertamente había gloria. Lo que afirmó, sin embargo, era que la gloria del nuevo pacto de la gracia era muy superior, y dio varias razones para respaldar su afirmación.

La gloria del nuevo pacto significa vida espiritual, no muerte (vv. 7,8). Cuando Moisés descendió del monte, después de haber conversado con Dios, su rostro brillaba con la gloria de Dios. Esto fue una parte de la gloria de la emisión de la ley, y ciertamente impresionó al pueblo.

Pablo entonces arguyó de lo menor a lo mayor: si había gloria en la emisión de la ley que trajo muerte, ¡cuánto mayor gloria hay en un ministerio que trae vida!

A los legalistas como los judaizantes les encanta magnificar la gloria de la ley y minimizar sus debilidades. En su carta a las iglesias de Galacia Pablo destacó las deficiencias de la ley: la ley no puede justificar al pecador perdido (Gálatas 2:16), ni dar justicia al pecador (Gálatas 2:21), ni dar el Espíritu Santo (Gálatas 3:2), ni dar una herencia (Gálatas 3:18), ni dar vida (Gálatas 3:21), ni dar libertad (Gálatas 4:8–10). La gloria de la ley es realmente la gloria de un ministerio de muerte.

La gloria del nuevo pacto significa justicia, no condenación (vv. 9,10). La ley no fue dada con el propósito de salvación, porque no hay salvación por medio de la obediencia a la ley. La ley produce condenación, y es el espejo que revela cuán sucias somos en realidad. Pero no podemos lavarnos en el espejo.

El ministerio del nuevo pacto produce justicia y cambia vidas para la gloria de Dios. La más grande necesidad del hombre es justicia, y el más grande obsequio de Dios es justicia por medio de la fe en Jesucristo. “Si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gálatas 2:21). La persona que trata de vivir bajo la ley se sentirá más y más culpable, y esto puede producir un sentimiento de desesperanza y rechazo. Es cuando confiamos en Cristo, y vivimos por fe en la gracia de Dios, que experimentamos aceptación y gozo.

Segunda Corintios 3:10 afirma que la ley realmente pierde su gloria cuando se la compara con la más excelente gloria del ministerio de la gracia de Dios. Sencillamente no hay comparación. La triste verdad es que, hay algunas personas que no pueden sentirse espirituales a menos

34 Animados en Cristo

que anden cargando un peso de culpa. La ley produce culpa y condenación, porque es como un decreto de deuda (Colosenses 2:14), un guardián que nos disciplina (Gálatas 4:1-5) y un yugo demasiado pesado para llevar (Gálatas 5:1; Hechos 15:10).

La gloria del nuevo pacto es permanente, no temporal (v. 11). El tiempo de los verbos aquí es muy importante: “lo que perece”. Pablo escribió en un período de la historia cuando las edades estaban sobreponiéndose. El nuevo pacto de la gracia había llegado, pero los cultos en el templo todavía estaban realizándose y la nación de Israel todavía vivía bajo la ley. En el año 70 d. de C. la ciudad de Jerusalén y el templo serían destruidos por los romanos, y esto marcaría el fin del sistema religioso judío.

Los judaizantes querían que los creyentes corintios volvieran a estar bajo la ley, a mezclar los dos pactos. “¿Por qué regresar a lo que es temporal y está desvaneciéndose?”, preguntó Pablo. “Vivan en la gloria del nuevo pacto, la cual es cada vez mayor”. La gloria de la ley no es sino la gloria de la historia pasada, mientras que la gloria del nuevo pacto es la gloria de la experiencia presente. Como creyentes podemos ser “transformados de gloria en gloria” (2 Corintios 3:18), algo que la ley jamás puede lograr.

La gloria de la ley estaba desapareciendo en días de Pablo, y hoy esa gloria se halla solamente en el registro bíblico. La nación de Israel no tiene ni templo ni sacerdocio. Incluso si llegaran a construir el templo, no habría la gloria *shekináh* (presencia de Dios) morando en el lugar santísimo. La ley de Moisés es una religión con un pasado de lo más glorioso, pero no tiene gloria hoy. La luz se ha ido; todo lo que queda son las sombras (Colosenses 2:16,17).

Pablo ha recalcado que el ministerio de la gracia es interno (2 Corintios 3:1-3), trae vida (2 Corintios 3:4-6), e incluye una gloria cada vez más creciente (2 Corintios 3:7-11). El apóstol presentó un contraste final para demostrar la superioridad del ministerio de gracia del nuevo pacto.

Velado—Descubierto (2 Corintios 3:12-18)

La Biblia es básicamente un libro de cuadros, debido a que usa símbolos, símiles, metáforas y otras figuras literarias para presentar su mensaje. En este párrafo Pablo usó la experiencia de Moisés y su velo para ilustrar la gloriosa libertad de la vida cristiana bajo la gracia. Pablo vio en la experiencia de Moisés un significado espiritual mucho más profundo que lo que tú y yo hubiéramos visto al leer Exodo 34:29-35.

El evento histórico (vv. 12,13). Cuando eres parte de un ministerio de gloria creciente, puedes tener intrepidez en lo que dices; y Pablo no ocultó su intrepidez. Al contrario de Moisés, Pablo no tenía nada que ocultar.

Cuando Moisés descendió después de haber estado en comunión con Dios, su rostro brillaba, reflejando la gloria de Dios. Cuando le hablaba a la gente, ellos podían ver la gloria de Dios en su rostro, y quedaban impresionado por eso. Pero Moisés sabía que la gloria se desvanecería; así que, cuando terminaba de hablarle a la gente, se ponía su velo. Esto evitaba que ellos vieran que la gloria desaparecía; porque, después de todo, ¿quién quiere seguir a un líder que está perdiendo su gloria?

La palabra que se traduce “fin” en el versículo 13 tiene dos significados: *propósito* y *terminación*. El velo evitaba que la gente viera la *terminación* de la gloria conforme se desvanecía. Pero el velo también evitaba que comprendieran el propósito detrás de la gloria

36 Animados en Cristo

pasajera. La ley acababa de ser instituida, y la gente no estaba lista para que se le dijera que este glorioso sistema era solamente temporal. La verdad de que el pacto de la ley era una preparación para algo más grande todavía no se les había dado a conocer.

La aplicación nacional (v. 14–17). Pablo tenía un amor especial por Israel y un peso en el corazón por ver a su pueblo salvo (Romanos 9:1–3). ¿Por qué rechazaba el pueblo judío a su Cristo? Como misionero a los gentiles Pablo veía a muchos gentiles confiar en el Señor, pero los judíos, su propio pueblo, estaban rechazando la verdad y persiguiendo a Pablo y a la iglesia.

¿La razón? Había un velo espiritual sobre sus entendimientos y corazones. Sus ojos espirituales estaban cegados, de modo que cuando leían las Escrituras del Antiguo Testamento no veían la verdad respecto a su propio Mesías. Aun cuando las Escrituras se leían sistemáticamente en las sinagogas, el pueblo judío no captó el mensaje espiritual que Dios les había dado. Estaban cegados por su propia religión.

¿Hay alguna esperanza para los perdidos hijos de Israel? ¡Sí, la hay! “Pero cuando se conviertan al Señor [al confiar en Jesucristo], el velo se quitará” (2 Corintios 3:16).

En cada una de las tres iglesias que he pastoreado, ha sido mi alegría bautizar a personas judías que han confiado en Jesucristo. Es sorprendente cómo sus entendimientos se abren a las Escrituras después de haber nacido de nuevo. Uno hombre me dijo: “Es como escamas que cayeran de los ojos. Uno se pregunta por qué no todo mundo ve lo que uno ve”. El velo es quitado por el Espíritu de Dios y ellos reciben visión espiritual.

Pero ningún pecador, ni judío ni gentil, puede venir a Cristo aparte del ministerio del Espíritu Santo de Dios.

“Porque el Señor es el Espíritu” (2 Corintios 3:17). Esta afirmación es una declaración fuerte de la deidad del Espíritu Santo: El es Dios. Los judaizantes que habían invadido a la iglesia en Corinto dependían de la ley para cambiar la vida de los hombres, pero sólo el Espíritu de Dios puede producir transformación espiritual. La ley sólo puede traer esclavitud, pero el Espíritu nos introduce a la vida de libertad. “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15).

Hoy Israel como nación está ciega espiritualmente; pero esto no quiere decir que los judíos como individuos no pueden ser salvos. La iglesia necesita volver a tener la misma pasión por el pueblo de Israel que tuvo originalmente. Somos deudores de ellos, debido a que todas las bendiciones espirituales que tenemos vinieron a través de Israel. “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). La única manera de “pagar” esa deuda es hablarles del evangelio y orar que sean salvos (Romanos 10:1).

La aplicación personal (v. 18). “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. Este versículo es el punto culminante del capítulo, y presenta una verdad tan emocionante que me pregunto por qué tantos creyentes la han pasado por alto, o la han ignorado. ¡Tú y yo podemos ser partícipes de la imagen de Jesucristo e ir “de gloria en gloria” por medio del ministerio del Espíritu de Dios!

Bajo el antiguo pacto sólo Moisés ascendió al monte y tuvo comunión con Dios; pero bajo el nuevo pacto todos los creyentes tienen el privilegio de tener comunión

con él. Por medio de Jesucristo podemos entrar al mismo lugar santísimo (Hebreos 10:19,20).

El “espejo” es un símbolo de la Palabra de Dios (Santiago 1:22–25). Conforme miramos a la Palabra de Dios y vemos al Hijo de Dios, el Espíritu nos transforma en la misma imagen de Dios. Es importante, no obstante, que no le escondamos nada de Dios. Debemos ser abiertos y sinceros, y no usar un velo.

La palabra que se traduce “transformados” es la misma que se traduce “se transfiguró” en los relatos de la transfiguración de nuestro Señor (Mateo 17; Marcos 9), y describe un cambio externo que proviene desde adentro. La palabra castellana *metamorfosis* es una transliteración de esta palabra griega. Metamorfosis describe el proceso que cambia al insecto de larva a crisálida y luego a un insecto maduro. El cambio viene desde adentro.

Moisés *reflejaba* la gloria de Dios, pero tú y yo podemos *irradiar* la gloria de Dios. Cuando meditamos en la Palabra de Dios y vemos en ella al Hijo de Dios, ¡entonces el Espíritu nos transforma! Llegamos a ser más y más como el Señor Jesucristo conforme crecemos “de gloria en gloria”. *Este maravilloso proceso no puede lograrse guardando la ley.* La gloria de la ley se desvaneció, pero la gloria de la gracia de Dios continúa creciendo en nuestras vidas.

Ten presente que Pablo estaba contrastando, no sólo el antiguo pacto con el nuevo, sino también el *ministerio* del antiguo pacto con el ministerio de la gracia. La meta del ministerio del antiguo pacto es la obediencia a una norma externa, pero esta obediencia no puede cambiar el carácter humano. La meta del ministerio del nuevo pacto es la semejanza a Jesucristo. La ley puede traernos a Cristo (Gálatas 3:24), pero solamente la gracia puede

hacernos como Cristo. Los predicadores y maestros legalistas pueden lograr que sus oyentes se conformen a alguna norma, pero jamás pueden transformarlos para que sean como el Hijo de Dios.

El medio del ministerio del antiguo pacto es la ley, pero el medio del ministerio del nuevo pacto es el Espíritu de Dios usando la Palabra de Dios. (Aquí “la ley” no significa el Antiguo Testamento, sino más bien todo el sistema legal dado por Moisés. Ciertamente que el Espíritu puede usar ambos, el Antiguo y el Nuevo Testamentos, para revelarnos a Jesucristo.) Puesto que el Espíritu Santo escribió la Palabra, puede enseñárnosla. Aun más, ya que el Espíritu vive en nosotros, puede capacitarnos para obedecer de corazón a la Palabra. Esta no es obediencia legal, nacida del temor, sino obediencia filial nacida del amor.

Finalmente, el resultado del ministerio del antiguo pacto es esclavitud; pero el resultado del ministerio del nuevo pacto es libertad en el Espíritu. El legalismo mantiene a la persona inmadura, y gente inmadura vive por normas y reglas (ve Gálatas 4:1–7). Dios quiere que sus hijos le obedezcan, no debido a un código externo (la ley), sino a causa del carácter interno. Los creyentes no viven bajo la ley, pero esto no quiere decir que estamos exentos de la ley. El Espíritu de Dios escribe la Palabra de Dios en nuestro corazón, y obedecemos a nuestro Padre debido a la nueva vida que él nos ha dado en nuestro interior.

El atractivo del legalismo todavía está presente. Las sectas falsas hacen presa de los creyentes y miembros de las iglesias, como lo hicieron los judaizantes en los días de Pablo. Debemos aprender a reconocer las sectas falsas y rechazar sus enseñanzas. Pero también hay iglesias que

40 Animados en Cristo

predican el evangelio y que tienen tendencias legalistas y mantienen a sus miembros en la inmadurez, la culpa y el temor. Pasan gran cantidad de tiempo tratando con las cosas externas, y descuidan el cultivo de la vida interior. Exaltan las normas y denuncian el pecado, pero no magnifican al Señor Jesucristo. Desgraciadamente, en algunas iglesias neotestamentarias tenemos un ministerio del Antiguo Testamento.

Pablo ha explicado ahora dos aspectos de su ministerio: es triunfante (2 Corintios 1,2) y es glorioso (2 Corintios 3). Las dos cosas van juntas: “Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos” (2 Corintios 4:1)

Cuando tu ministerio involucra la gloria de Dios, ¡no te puedes dar por vencido!

Valor para el conflicto

2 Corintios 4:1–5:8

El tema clave de esta sección se repite en 1 Corintios 4:1 y 16: “No desmayamos”. Literalmente Pablo decía: “¡No nos damos por vencidos!” Por cierto en la situación de Pablo había abundancia de razones para desanimarse, sin embargo el gran apóstol no se dio por vencido. ¿Qué es lo que evitó que él desmayara en los conflictos de la vida? ¡Sabía lo que poseía en Jesucristo! En lugar de quejarse por lo que no tenía, Pablo se regocijaba en lo que sí tenía; y tú y yo podemos hacer lo mismo.

Tenemos un ministerio glorioso (2 Corintios 4:1–6)

“Por lo cual, viendo que tenemos *esta clase* de ministerio” es la traducción literal de lo que Pablo escribió. ¿Qué clase de ministerio? La clase descrita en el capítulo anterior: un ministerio glorioso que trae a los hombres vida, salvación y justicia; un ministerio que es capaz de transformar la vida de los seres humanos. Este ministerio es un don; lo recibimos de Dios. Nos es dado debido a la misericordia de Dios, y no a causa de nada que seamos o hayamos hecho (ve 1 Timoteo 1:12–17).

42 Animados en Cristo

La manera en que ves tu ministerio te ayuda a determinar cómo lo vas a cumplir. Si miras al servicio para Cristo como una carga en lugar de un privilegio, tu trabajo será monótono y harás solamente lo que se te exija. Algunas personas incluso consideran el servicio como un castigo de Dios. Cuando Pablo consideraba el hecho de que era ministro de Jesucristo, se sentía abrumado por la gracia y misericordia de Dios. Su actitud positiva hacia el ministerio tenía algunas consecuencias prácticas en su vida.

Evitaba que él se diera por vencido (v. 1). Les confesó a los corintios que sus pruebas en Asia casi le habían hecho desesperarse (2 Corintios 1:8). A pesar de sus grandes dones y vasta experiencia, Pablo era humano y sujeto a las fragilidades humanas. Pero, ¿cómo podía él darse por vencido cuando estaba involucrado en tan maravilloso ministerio? ¿Le habría confiado Dios este ministerio para que fracasara? ¡Por supuesto que no! Con el divino llamamiento viene la capacitación divina; él sabía que Dios le haría salir adelante.

Un predicador metodista desalentado le escribió al gran predicador escocés Alejandro Whyte, pidiéndole consejo. ¿Debía dejar el ministerio? “¡Jamás pienses en dejar de predicar!”, le escribió Whyte. “¡Los ángeles que rodean el trono envidian tu gran obra!” Esa fue la clase de réplica que Pablo hubiera escrito, la clase de respuesta que todos nosotros necesitamos considerar cuando pensamos que nuestro trabajo es en vano.

Evitaba que él fuera engañador (vv. 2-4). “Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios” (2 Corintios 4:2).

Cuando Pablo escribió estas palabras estaba ciertamente haciendo alusión a los judaizantes. Todo falso maestro hoy día afirma basar su doctrina en la Palabra de Dios, pero manejan la Palabra de Dios de maneras engañosas. Puedes probar casi cualquier cosa con la Biblia, siempre y cuando tuerzas las Escrituras fuera de su contexto y rechaces el testimonio de tu propia conciencia. La Biblia es un libro de literatura y debe interpretarse de acuerdo a las reglas fundamentales de interpretación. Si la gente tratara a otros libros de la manera en que trata a la Biblia, jamás aprendería nada.

Pablo no tenía nada que esconder, ni de su vida personal ni de su predicación de la Palabra. Todo estaba abierto y franco; no había engaño ni distorsión de la Palabra. Los judaizantes eran culpables de torcer las Escrituras para que encajaran a sus propias interpretaciones preconcebidas, y la gente ignorante estaba dispuesta a seguirles.

Si Pablo era tan fiel maestro de la Palabra, entonces ¿por qué no creyeron más personas en su mensaje? ¿Por qué los maestros falsos tenían tanto éxito en ganar convertidos? Debido a que el entendimiento del inconverso está cegado por Satanás, y el ser humano caído encuentra más fácil creer mentiras que creer en la verdad. El evangelio “entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4:3–4).

Pablo ya había explicado que el entendimiento de los judíos estaba *cegado* debido a la ceguera de sus corazones (Romanos 11:25; 2 Corintios 3:14–16). El entendimiento de los gentiles también estaba cegado. “Los que se pierden” (están pereciendo) ¡no pueden comprender el

44 Animados en Cristo

mensaje del evangelio! Satanás no quiere que la gloriosa luz de salvación brille en sus corazones. Como el dios de este siglo y príncipe de este mundo (Juan 12:31), Satanás mantiene a los pecadores en la oscuridad. Lo triste es que Satanás usa a maestros *religiosos* (como los judaizantes) para engañar a las personas. Muchas personas que hoy pertenecen a las sectas fueron originalmente miembros de iglesias cristianas.

Evitaba que él se promoviera a sí mismo (vv. 5–6). El asombroso hecho de que Pablo hubiera recibido de Cristo este ministerio evitaba que se diera por vencido o que fuera un engañador; y que tampoco se promoviera a sí mismo (2 Corintios 4:5–6). “No nos predicamos a nosotros mismos” (2 Corintios 4:5). Los judaizantes disfrutaban predicando sobre sí mismos jactándose en sus logros (2 Corintios 10:12–18). No eran siervos que trataban de ayudar a la gente, sino dictadores que explotaban a la gente.

Pablo ciertamente era un hombre que practicaba la humildad genuina. No confiaba en sí mismo (2 Corintios 1:9) ni se elogiaba a sí mismo (2 Corintios 3:1–5), ni se predicaba a sí mismo (2 Corintios 4:5). Procuraba solamente guiar a la gente a Jesucristo y edificarlos en la fe. Hubiera sido más fácil que Pablo estableciera un *club de admiradores* para sí mismo y que se aprovechara de los débiles a quienes les encantaba asociarse con grandes personajes. Los judaizantes operaban de esta manera, pero Pablo rechazó esa clase de ministerio.

¿Qué ocurre cuando les hablas de Jesucristo a los incredulos? ¡La luz empieza a brillar! Pablo comparó la conversión a la creación, según se describe en Génesis 1:3. Así como la tierra de Génesis 1:2, el incrédulo está sin forma y vacío; pero cuando confía en Cristo llega a ser una nueva creación (2 Corintios 5:17). Dios entonces

empieza a *formar* y a *llenar* la vida de la persona que confía en Cristo, y ésta empieza a ser fructífera para el Señor. El “¡sea la luz!” de Dios lo hace todo nuevo.

Tenemos un tesoro valioso (2 Corintios 4:7–12)

De la gloria de la nueva creación Pablo pasó a la humildad del vaso de barro. El creyente es sencillamente un *vaso de barro*; es el tesoro *dentro del vaso* lo que le da a la vasija su valor. La imagen del vaso se repite en las Escrituras, y de ella aprendemos muchas lecciones.

Para empezar, Dios nos ha hecho tal como somos para que podamos hacer la obra que él quiere que hagamos. Dios dijo de Pablo: “Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles” (Hechos 9:15). Ningún creyente debería jamás quejarse a Dios debido a su falta de dones o capacidades, o debido a sus limitaciones o desventajas. El Salmo 139:13–16 indica que nuestra misma estructura genética está en las manos de Dios. Cada uno de nosotros debe aceptarse a sí mismo sin fingimiento.

Lo importante acerca del vaso es que esté limpio, vacío, y disponible para el servicio. Cada uno de nosotros debe procurar llegar a ser un “instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra” (2 Timoteo 2:21). Somos vasos para que Dios pueda usarnos. Somos vasos *de barro* para que podamos depender del poder de Dios y no del nuestro.

Debemos fijar la vista en el tesoro y no en el vaso. Pablo no tenía temor del sufrimiento o de la prueba, porque sabía que Dios guardaría el vaso en tanto que Pablo guardara el tesoro (ve 1 Timoteo 1:11; 6:20). Dios permite las pruebas, Dios controla las pruebas, y Dios usa las pruebas para su propia gloria. *Dios se glorifica a través*

de vasos débiles. J. Hudson Taylor, el primer misionero que predicó el evangelio en el interior de la China, solía decir: “Todos los gigantes de Dios han sido hombres débiles que hicieron grandes cosas para Dios debido a que reconocieron que él estaba con ellos”.

Algunas veces Dios permite que nuestros vasos se resquebrajen para que el tesoro se derrame y enriquezca a otros. El sufrimiento revela no solamente la debilidad del hombre sino también la gloria de Dios. Pablo presentó una serie de paradojas en este párrafo: vasos de barro, poder de Dios; la muerte de Jesús, la vida de Jesús; la muerte obrando, la vida obrando. El entendimiento natural no puede comprender esta clase de verdad espiritual, y por lo tanto no puede entender por qué los creyentes triunfan sobre el sufrimiento.

Debemos enfocar la vista en el tesoro sino en el vaso; así que también debemos enfocar la vista en el Maestro y no en el siervo. Si sufrimos, es por causa de Jesús. Si morimos a nosotros mismos, es para que la vida de Cristo pueda revelarse en nosotros. Si atravesamos pruebas, es para que Cristo sea glorificado. Y todo esto es por amor a otros. Conforme servimos a Cristo, la muerte obra en nosotros; pero la vida obra en aquellos a quienes ministramos.

El Dr. John Henry Jowett decía: “El ministerio que no cuesta nada, no logra nada”. Tenía razón. Un amigo pastor y yo oímos una vez a un joven predicar un elocuente sermón, pero algo le faltaba. “Algo falta”, le dije a mi amigo; y él respondió: “Sí, y no estará allí sino hasta que se le parta el corazón. Después de que haya sufrido un poco, tendrá un mensaje que valdrá la pena escuchar”.

Los judaizantes no sufrían. En lugar de ganar almas perdidas, se robaban a los conversos de las iglesias de Pablo. En lugar de sacrificarse por la gente, hacían que

la gente se sacrificara por ellos (2 Corintios 11:20). Los falsos maestros no tenían ningún tesoro que compartir. Todo lo que tenían eran algunos *objetos de museo* del antiguo pacto, *antigüedades desteñidas* que jamás podrían enriquecer la vida de una persona.

Ha sido mi experiencia que muchas iglesias ignoran el precio que el pastor paga por ser fiel al Señor al servir a su pueblo. Esta sección es una de tres en 2 Corintios que dan una lista de los sufrimientos de Pablo. Las otras dos están en 6:1–10 y 11:16–12:10. La prueba de un ministerio verdadero está en las cicatrices. “De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gálatas 6.17).

¿Cómo podemos evitar darnos por vencidos? Recordando que se nos ha dado el privilegio de tener el tesoro del evangelio en nuestros vasos de barro.

Tenemos una fe confiada (2 Corintios 4:13–18)

La frase “espíritu de fe” significa *actitud o perspectiva de fe*. Pablo no estaba refiriéndose a un don especial de fe (1 Corintios 12:9), sino más bien a esa actitud de fe que debe pertenecer a cada creyente. Se vio a sí mismo identificado con el creyente que escribió el Salmo 116:10: “Creí; por tanto hablé”. El verdadero testimonio por Dios se basa en la fe en Dios, y esta fe viene de la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Nada cierra más la boca del creyente que la incredulidad (ve Lucas 1:20).

¿Por qué tenía Pablo tanta confianza? ¿Porque no tenía nada que temer de la vida o de la muerte! Acababa de dar una lista de algunas de las pruebas que fueron parte de su vida y ministerio, y ahora estaba afirmando que su fe le dio la victoria sobre todas ellas. Fíjate en las certezas que tenía debido a su fe.

Estaba seguro de la victoria final (v. 14). Si Jesucristo ha vencido la muerte, el enemigo final, entonces ¿por qué temer alguna otra cosa? Los hombres hacen todo lo que pueden para penetrar en el significado de la muerte y prepararse para ella, sin embargo el mundo no tiene respuesta a la muerte. Si la persona no está preparada para morir, en realidad no está preparada para vivir. El gozoso mensaje de la iglesia primitiva era la victoria de Cristo sobre la muerte, y nosotros necesitamos volver a ese énfasis victorioso. Observa también que Pablo vio una futura reunión del pueblo de Dios cuando escribió: “y nos presentará juntamente con vosotros”. La muerte es el gran divisor, pero en Jesucristo hay seguridad de que su pueblo será reunido en su presencia (1 Tesalonicenses 4:13–18).

Estaba seguro de que Dios sería glorificado (v. 15). Este versículo es paralelo a Romanos 8:28 y nos da la seguridad de que nuestros sufrimientos no son desperdiciados: Dios los usa para ministrar a otros y también para glorificar su nombre. ¿Cómo se glorifica Dios en nuestras pruebas? “Abundando la gracia” que necesitamos para mantener el gozo y la fuerza cuando la situación se pone difícil. Cualquier cosa que empieza con gracia, lleva a la gloria (ve Salmo 84:11; 1 Pedro 5:10).

Estaba seguro de que sus pruebas estaban obrando a su favor, no en su contra (vv. 16–17). “No desmayamos” (ve 2 Corintios 4:1) era el testimonio confiado de Pablo. ¿Qué importa que el “hombre exterior” esté pereciendo, siempre y cuando el “hombre interior” experimenta renovación espiritual diaria? Pablo no estaba sugiriendo que el cuerpo físico carezca de importancia, o que debemos ignorar sus señales y necesidades. En razón de que nuestros cuerpos son el templo de Dios, debemos cuidarlos; pero no podemos controlar la

natural deterioración de la naturaleza humana. Cuando consideramos todas las pruebas físicas que Pablo soportó, no es sorpresa que haya escrito como lo hizo.

Como creyentes debemos vivir un día a la vez. Nadie, por rico o talentoso que sea, puede vivir dos días a la vez. Dios nos da provisión “cada día” conforme oramos (Lucas 11:3). El nos da la fuerza que necesitamos de acuerdo a lo que se requiere día por día (Deuteronomio 33:25). No debemos equivocarnos tratando de *almacenar gracia* para emergencias futuras, porque Dios nos da la gracia que necesitamos cuando la necesitamos (Hebreos 4:16). Cuando aprendemos a vivir un día a la vez, confiados en el cuidado de Dios, se nos quita un gran peso de encima.

Cuando vives por fe en Cristo logras la perspectiva correcta respecto al sufrimiento. Fíjate en los contrastes que Pablo presentó en 2 Corintios 4:17: leve tribulación, peso de gloria; momentánea, eterno; obra en contra nuestra, obra a nuestro favor. Pablo estaba escribiendo con los valores de la eternidad a la vista. Estaba pesando las pruebas presentes contra la gloria futura, y descubrió que sus pruebas en realidad estaban obrando *a su favor* (ve Romanos 8:18).

No debemos malinterpretar este principio y pensar que un creyente puede vivir como se le antoje y esperar que todo resulte en gloria al final. Pablo estaba escribiendo acerca de las pruebas que él experimentaba en la voluntad de Dios mientras realizaba la obra de Dios. Dios puede transformar el sufrimiento en gloria, y lo hace; pero no puede convertir el pecado en gloria. El pecado debe ser juzgado, porque no hay gloria en pecar.

Segunda Corintios 4:16 debe relacionarse con 3:18, porque ambos versículos tienen que ver con la renovación espiritual del hijo de Dios. En sí mismo, el sufrimiento

no nos hará hombres y mujeres más santos. A menos que nos rindamos al Señor, acudamos a su Palabra, y confiemos en que él obrará, nuestro sufrimiento puede hacernos peores cristianos. En mi propio ministerio pastoral he visto a algunos de los hijos de Dios tornarse criticones y amargados, e ir de mal en peor en lugar de ir “de gloria en gloria”. Necesitamos ese “espíritu de fe” que Pablo mencionó en 2 Corintios 4:13.

Estaba seguro de que el mundo invisible existía (v. 18). El Dr. A. W. Tozer solía recordarnos que el mundo invisible descrito en la Biblia era el único mundo verdadero. Si pudiéramos ver el mundo visible de la manera en que Dios quiere que lo veamos, nunca nos atraería lo que ofrece (1 Juan 2:15–17). Los grandes hombres y mujeres de fe mencionados en Hebreos 11 tuvieron éxito debido a que vieron “al Invisible” (Hebreos 11:10,13–14,27).

Las cosas de este mundo parecen tangibles y verdaderos porque podemos verlas y sentir las; pero todas ellas son temporales y están destinadas a desaparecer. Sólo las cosas eternas de la vida espiritual perdurarán. De nuevo, no debemos llevar esta verdad al extremo y pensar que lo material y lo espiritual se oponen mutuamente. Cuando usamos lo material según la voluntad de Dios, él lo transforma en espiritual, y esto llega a ser parte de nuestro tesoro en el cielo. (Encontrarás más sobre esto en 2 Corintios 8–9.) Valoramos lo material *debido a que* puede ser usado para promover lo espiritual, y no por lo que es en sí mismo.

¿Cómo puedes mirar a las cosas que son invisibles? Por fe, cuando lees la Palabra de Dios. Jamás hemos visto a Cristo o el cielo, sin embargo sabemos que son verdaderos porque la Palabra de Dios lo dice así. La fe es “la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). Debido

a que Abraham esperaba la ciudad celestial se apartó de Sodoma; pero Lot escogió Sodoma porque andaba por vista y no por fe (Génesis 13; Hebreos 11:10).

Por supuesto, el mundo inconverso piensa que somos extraños, tal vez incluso locos, porque insistimos en la realidad del mundo invisible de bendición espiritual. Sin embargo, los creyentes están contentos al gobernar sus vidas por los valores eternos, no por precios temporales.

Tenemos una esperanza futura (2 Corintios 5:1–8)

“Teniendo nosotros este ministerio...tenemos este tesoro...teniendo [nosotros] el mismo espíritu de fe...tenemos de Dios un edificio” (2 Corintios 4:1,7,13; 5:1). ¡Qué testimonio el que Pablo dio de la realidad de la fe cristiana!

Este *edificio de Dios* no es el hogar celestial del creyente, prometido en Juan 14:1–6. Es su cuerpo glorificado. Pablo fabricaba tiendas (Hechos 18:1–3) y aquí usa tienda como una figura de nuestros cuerpos terrenales presentes. Una tienda es una estructura débil, temporal, sin mayor belleza; pero el cuerpo glorificado que recibiremos será eterno, hermoso, y jamás mostrará señales de debilidad o descomposición (ve Filipenses 3:20–21). Pablo veía el cuerpo humano como un vaso de barro (2 Corintios 4:7) y como una tienda temporal; pero sabía que los creyentes un día recibirían un cuerpo glorificado maravilloso, apropiado para el ambiente glorioso del cielo.

Es interesante destacar el testimonio de Pablo en este párrafo de 2 Corintios 5:1–8.

Sabemos (v. 1). ¿Cómo sabemos? Debido a que confiamos en la Palabra de Dios. Ningún creyente tiene que consultar con un adivino, una tabla ouija, alguna espiritista o un mazo de cartas para saber lo que le

aguarda el futuro o que yace al otro lado de la muerte. Dios nos ha dicho en su Palabra lo que necesitamos saber. El “sabemos” de Pablo está relacionado con su “sabiendo” de 2 Corintios 4:14, y esto se relaciona con la resurrección de Jesucristo. Sabemos que él vive; por lo tanto, sabemos que la muerte no puede apropiarse de nosotros. Porque él vive, nosotros también viviremos (ve Juan 14:19).

Si nuestro tabernáculo “se deshiciere” no tenemos por qué temer. El cuerpo es solamente la casa en que vivimos. Cuando un creyente muere, el cuerpo va a la tumba, pero el espíritu va a estar con Cristo (Filipenses 1:20–25). Cuando Jesucristo vuelva por los suyos, levantará a los muertos en gloria, y el cuerpo y el espíritu serán reunidos para una eternidad gloriosa en los cielos (1 Corintios 15:35–38; 1 Tesalonicenses 4:13–18).

Gemimos (vv. 2–5). Pablo no está expresando un deseo morboso de morir. Es más, su afirmación es precisamente lo opuesto: ansiaba que Jesucristo volviera para poder ser *revestido* con el cuerpo glorificado. Presentó tres posibilidades, usando la figura del cuerpo como una tienda o tabernáculo: (1) *vivos*: residiendo en la tienda; (2) *muertos*: desvestidos, fuera de la tienda, “desnudos”; (3) *revestidos*: la transformación del cuerpo cuando Cristo vuelve. Pablo esperaba estar vivo y en la tierra cuando Cristo volviera, de modo de no tener que atravesar la experiencia de la muerte. Pablo usó un cuadro similar en 1 Corintios 15:51–58, y usó la idea de *gemir* en Romanos 8:22–26.

Al cuerpo glorificado se le llama edificio de Dios, “una casa no hecha de manos” en 2 Corintios 5:1, y “nuestra habitación celestial” en 5:2. Esto está en contraste con nuestros cuerpos mortales que proceden del polvo de la tierra. “Y así como hemos traído la imagen del terrenal,

traeremos también la imagen del celestial” (1 Corintios 15:49). Es importante observar que Pablo no gemía debido a que estaba en cuerpo humano, sino porque anhelaba ver a Jesucristo y recibir un cuerpo glorificado. ¡Gemía por recibir la gloria!

Esto explica por qué la muerte no representa terror para el creyente. Pablo llamó a su muerte una “partida” (2 Timoteo 4:6). Un significado de esta palabra griega es *desarmar la tienda de uno y mudarse*. Pero ¿cómo podemos estar seguros de que un día tendremos nuevos cuerpos como el cuerpo glorificado de nuestro Salvador? Podemos estar seguros ya que el Espíritu vive en nosotros. Pablo mencionó en 2 Corintios 1:22 el sello y las arras del Espíritu (ve también Efesios 1:13–14). La morada del Espíritu Santo en el cuerpo del creyente es la *cuota inicial* que garantiza la herencia futura, incluyendo un cuerpo glorificado. En el griego moderno la palabra que se traduce “arras” significa *anillo de compromiso*. La iglesia está comprometida con Jesucristo y está esperando que el Esposo venga a llevarla a las bodas.

Siempre tenemos confianza (vv. 6–8). El pueblo de Dios puede ser hallado en uno de dos lugares: en el cielo o en la tierra (Efesios 3:15). Ninguno de ellos está en la tumba, ni en el infierno, ni en ningún lugar intermedio entre el cielo y la tierra. Los creyentes en la tierra están “en el cuerpo”, mientras que los creyentes que han muerto están “ausentes del cuerpo”. Los creyentes en la tierra están “ausentes del Señor”, mientras que los creyentes en el cielo están “presentes al Señor”.

Debido a que tenía esta clase de confianza Pablo no tenía temor del sufrimiento o de las pruebas, o incluso de los peligros. Esto no sugiere que tentaba al Señor corriendo riesgos innecesarios, sino que significa que

54 Animados en Cristo

estaba dispuesto a perder la vida por causa de Cristo y del ministerio del evangelio. Andaba por fe, y no por vista. Miraba a lo invisible eterno, y no a lo temporal que se ve (2 Corintios 4:18). El cielo no era simplemente el *destino* de Pablo; era una *motivación* para él. Como los héroes de la fe en Hebreos 11, esperaba la ciudad celestial y gobernaba su vida por los valores eternos.

Al repasar esta sección de 2 Corintios podemos ver cómo Pablo tenía valor para el conflicto y no se daría por vencido. Tenía un glorioso ministerio que transformaba vidas. Tenía un valioso tesoro en el vaso de barro que era su cuerpo, y quería compartir ese tesoro con un mundo en bancarrota. Tenía una fe confiada que conquistaba el temor, y tenía una esperanza futura que era tanto un destino como una motivación.

No es de sorprenderse que Pablo era *más que vencedor* (Romanos 8:37).

Cada creyente en Jesucristo tiene las mismas posesiones maravillosas y puede hallar por medio de ellas valor para el conflicto.

Motivos para el ministerio

2 Corintios 5:9–12

Lo que creemos debe siempre marchar parejo a cómo nos comportamos. Pablo por lo general relacionaba el *deber* y la *doctrina*, porque lo que Dios ha hecho por nosotros debe motivarnos a hacer algo por Dios. Phillips Brooks decía: “El cristianismo no conoce verdad que no sea hija del amor y padre del deber”.

Después de un sermón muy largo, una mujer le dijo a su pastor, “Usted hubiera predicado un sermón maravilloso si no fuera por todos los ‘por tanto’ al final”.

Pablo hubiera concordado con ese pastor, porque por lo general usaba “de manera que”, “de modo que” y “por tanto” liberalmente en sus cartas. A decir verdad, hallarás esta expresión en esta sección de 2 Corintios en los versículos 9, 16 y 17. Pablo pasó de la explicación a la aplicación, y su tema es la *motivación para el ministerio*. Sus enemigos le habían acusado de usar el ministerio del evangelio para sus propios propósitos egoístas, cuando en realidad eran *ellos* los que estaban *comerciendo con el evangelio* (ve 2 Corintios 2:17; 4:2).

¿Qué es el ministerio para el creyente? Persuadir a los pecadores a reconciliarse con Dios (2 Corintios 5:11,20). Nunca debemos forzar a la gente a que confíe en Cristo, ni coaccionarlos mediante alguna estratagema engañosa. “Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño” (1 Tesalonicenses 2:3). El obrero cristiano debe tener el motivo correcto para el ministerio, tanto como el mensaje correcto.

En esta sección Pablo indicó tres motivos aceptables para el ministerio.

El temor del Señor (2 Corintios 5:9–13)

“Conociendo, pues, el temor del Señor” (2 Corintios 5:11). Esta clase de actitud con frecuencia falta en el ministerio. El famoso erudito bíblico, B. F. Westcott, escribió una vez: “Cada año me hace temblar el atrevimiento con que la gente habla de las cosas espirituales”. Phillips Brooks solía advertir acerca de los *bufones espirituales* cuyas bufonadas sobre la Biblia le robaban al Libro inspirado algo de su gloria y poder. Muy a menudo hay una triste ausencia de reverencia en las reuniones públicas de la iglesia, de modo que no es sorpresa que la generación joven no esté tomando en serio las cosas de Dios.

Pablo explicó este motivo relatando su propio testimonio en tres poderosas afirmaciones.

Procuramos (v. 9). Esto significa *deseamos ardientemente*. Hay un deseo que es egoísta y mundano, pero también hay deseos santos que honran al Señor. El gran deseo de Pablo era agradar a Jesucristo. Los judaizantes ministraban para agradar a los hombres y atraerlos a su causa; pero Pablo ministraba solamente para agradar a Jesucristo (Gálatas 1:10). Un ministerio que complace a los hombres es carnal, de acomodo; y Dios no puede bendecirlo.

La palabra que se traduce “agradables” se usa en otros textos del Nuevo Testamento, y cada una de estas referencias nos ayuda a entender mejor lo que es agradable al Señor. Le agrada cuando le presentamos nuestros cuerpos en sacrificio vivo (Romanos 12:1), y cuando vivimos para ayudar a otros y evitamos serles causa de tropiezo (Romanos 14:18). Dios se complace cuando sus hijos se separan del mal que les rodea (Efesios 5:10), así como cuando le traen ofrendas (Filipenses 4:18). Se agrada el Señor cuando los hijos se someten a sus padres (Colosenses 3:20), tanto como cuando los creyentes permiten que Jesucristo obre su perfecta voluntad en sus vidas (Hebreos 13:20–21).

No hay nada malo en tener un deseo ferviente cuando es piadoso. “De esta manera me esforcé a predicar el evangelio”, era el testimonio de Pablo en Romanos 15:20; y fue este anhelo santo lo que le impulsó a llevar el mensaje a donde nunca antes había sido oído. Pablo mandó a los creyentes tesalonicenses que procuraran [anhelaran] “tener tranquilidad” (1 Tesalonicenses 4:11). Si, guiados por el Espíritu, los creyentes pusieran en la vida y el servicio cristianos tanto empeño como ponen en los deportes o en los negocios, el evangelio haría un impacto mucho más grande sobre los incrédulos. “¡Quiero tener para Dios tanto celo como lo tuve para el diablo!” me dijo un creyente nuevo, y su vida fue grandemente usada por Dios.

Todos deberemos comparecer (v. 10). No todo creyente se esfuerza para agradar al Señor, pero todo creyente va a tener que comparecer ante él, y ahora es el tiempo para prepararse. El tribunal de Cristo es ese evento futuro cuando el pueblo de Dios se presentará ante el Señor para que sus obras sean juzgadas y recompensadas (ve Romanos 14:8–10). Pablo se esforzaba por el Señor

porque quería comparecer ante el Señor con confianza y no con vergüenza (1 Juan 2:28).

El término “tribunal” procede de la palabra griega *bema*, que era la plataforma en los pueblos griegos en donde los gobernantes pronunciaban sus discursos o dictaban sus decisiones (ve Mateo 27:19; Hechos 12:21; 18:12). Era también el lugar en donde se daban los premios a los ganadores de los juegos olímpicos anuales. Este “tribunal” no debe confundirse con el gran trono blanco desde donde Cristo juzgará a los malos (Apocalipsis 20:11–15). Debido a la obra misericordiosa de Cristo en la cruz, los creyentes no tendrán que enfrentarse con sus pecados (Juan 5:24; Romanos 8:1); pero tendremos que darnos cuenta de nuestras obras y servicio para el Señor.

El tribunal de Cristo será un lugar de *revelación*, porque la palabra “comparezcamos” significa *ser revelado*. Al vivir y trabajar aquí en la tierra es relativamente fácil esconder cosas y fingir, pero el verdadero carácter de nuestras obras será expuesto ante los escrutadores ojos del Salvador. El revelará si nuestras obras han sido buenas o malas (sin valor). El carácter de nuestro servicio será revelado (1 Corintios 3:13), así como los motivos que nos impulsaron (1 Corintios 4:5).

Será también un lugar de *reconocimiento* al dar nosotros cuenta de nuestro ministerio (Romanos 14:10–12). Si hemos sido fieles será un lugar de *recompensa y reconocimiento* (1 Corintios 3:10–15; 4:1–6). Para los que hemos sido fieles será un tiempo de *regocijo* al devolverle al Señor nuestras recompensas en adoración y alabanza.

¿Es el deseo de una recompensa un motivo apropiado para el servicio? El hecho de que Dios promete recompensas es prueba de que este motivo no es pecaminoso, aun cuando tal vez no sea el más elevado. Así como los padres se

alegran cuando sus hijos logran reconocimiento, también nuestro Señor se agrada cuando su pueblo se muestra *digno* de reconocimiento y recompensa. Lo importante no es la recompensa en sí misma, sino el gozo de agradar a Cristo y honrarle.

Persuadimos a los seres humanos (vv. 11–13). Si Dios juzga a su propio pueblo, ¿entonces qué ocurrirá con los perdidos? “Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador?” (1 Pedro 4:18). La palabra “temor” no significa terror, pavor u horror. Después de todo, vamos a ver a nuestro Salvador; y él nos ama. Pero Pablo no minimizó lo abrumador de la ocasión. Estaremos ante Cristo, “y no hay acepción de personas” (Colosenses 3:23-25). Cristo nos ha ordenado que prediquemos el evangelio a todas las naciones, y debemos ser obedientes.

¿Cómo puede el creyente prepararse para el tribunal de Cristo? Para empezar, debe mantener una conciencia limpia (2 Corintios 5:11). Sin duda algunos de los enemigos en Corinto decían: “Simplemente, ¡esperen hasta que Pablo comparezca ante el tribunal del Señor!” Pero Pablo no tenía temor, porque sabía que su conciencia estaba limpia (ve 2 Corintios 1:12). La verdad respecto a cada uno de nosotros será revelada y Jesucristo nos elogiará por aquellas cosas que le han agradado.

Segundo, debemos tener cuidado de no depender de la alabanza de los hombres (2 Corintios 5:12). Este versículo se relaciona con 2 Corintios 3:1, en donde Pablo se refería a las cartas de “recomendación” que los judaizantes apreciaban en tan alto grado. Si vivimos solamente para la alabanza de los hombres no ganaremos la alabanza de Dios en el tribunal de Cristo. Vivir para la alabanza humana es exaltar la reputación por sobre el carácter, y es el carácter lo que contará cuando veamos a Cristo. En realidad, los corintios

debían haber elogiado a Pablo. En lugar de eso promovían a los judaizantes quienes se gloriaban en la apariencia (ve 2 Corintios 11:18), pero que no eran espirituales de corazón.

Finalmente, debemos ignorar las críticas de los hombres (2 Corintios 5:13). Los enemigos de Pablo decían que estaba loco. Pablo dijo que estaba “enfurecido sobremanera” cuando perseguía a la iglesia (Hechos 26:11), pero sus enemigos decían que estaba “loco” desde que se había convertido en creyente (Hechos 26:24). Pero la gente dijo también que nuestro Señor estaba loco, de modo que Pablo estaba en buena compañía (ve Marcos 3:21). “Si estoy loco”, decía Pablo, “es para el bien de ustedes y...de Dios; y eso hace que valga la pena”.

Cuando Dwight L. Moody ministraba en su numerosa escuela dominical e iglesia en Chicago, la gente con frecuencia le llamaba “el loco Moody”. A los ojos del mundo inconverso Moody estaba “loco” al haber dejado su lucrativa carrera en los negocios para convertirse en un obrero de la escuela dominical y evangelista; pero el tiempo ha demostrado que su decisión fue sabia. Hoy no conocemos los nombres de las personas que se rieron de él, pero conocemos, y honramos, el nombre de Dwight L. Moody.

Cada creyente debe examinar su propia vida regularmente para ver si está listo para presentarse ante el tribunal de Cristo. Querer dar buenas cuentas ante Cristo es un motivo digno para el servicio cristiano.

El amor de Cristo (2 Corintios 5:14–17)

¿Cómo pueden emociones tan opuestas como el temor y el amor morar en el mismo corazón? Ciertamente que se hallan en los corazones de los hijos que quieren a sus padres y respetan su autoridad. “Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor” (Salmo 2:11).

La frase “el amor de Cristo” quiere decir su amor por nosotros, según se ve en su muerte de sacrificio. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Nos amó cuando éramos aborrecibles; en realidad, nos amó cuando éramos pecadores, impíos y enemigos (ve Romanos 5:6–10). Cuando Cristo murió en la cruz demostró su amor por el mundo (Juan 3:16), la iglesia (Efesios 5:25) y los pecadores como individuos (Gálatas 2:20). Cuando consideras las razones por las que Cristo murió, no puedes evitar amarle.

El murió para que nosotros podamos morir (v.14). Esta verdad se explica en detalle en Romanos 6, la identificación del creyente con Cristo. Cuando Cristo murió, nosotros morimos en él y con él. Por consiguiente, la vieja vida ya no debe tener control sobre nosotros. “Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gálatas 2:20).

Murió para que nosotros podamos vivir (vv. 15–17). Este es el aspecto positivo de nuestra identificación con Cristo: No sólo morimos con él, sino que también fuimos resucitados con él para que pudiéramos andar en vida nueva (Romanos 6:4). Debido a que hemos muerto con Cristo podemos vencer el pecado, y debido a que vivimos con Cristo podemos llevar fruto para la gloria de Dios (Romanos 7:4).

Murió para que pudiéramos vivir *por medio* de él: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Juan 4:9). Esta es nuestra experiencia de salvación, la vida eterna por medio de la fe en Jesucristo. Pero él también murió para que pudiéramos vivir *para* él, y no sólo para nosotros mismos (2 Corintios 5:15). Esta es nuestra experiencia de servicio. Bien se ha dicho: “Cristo murió nuestra muerte por nosotros para que nosotros

podamos vivir la vida para él". Si un pecador ha ido a la cruz y ha sido salvo, ¿cómo puede pasar el resto de su vida en egoísmo?

En 1858 Frances Ridley Havergal visitó Alemania con su padre, el cual estaba en tratamiento por una enfermedad en sus ojos. Mientras estaban en la casa de un pastor, ella vio en la pared un cuadro de la crucifixión, con la inscripción: "Yo hice esto por ti; ¿qué has hecho tú por mí?" Ella tomó una hoja de papel y rápidamente escribió un poema basado en ese lema; pero no quedó satisfecha con los versos, de modo que arrojó el papel al fuego de la chimenea. Por alguna razón el papel no se quemó, más bien volaba y caía en el piso. Más tarde su padre la animó a que lo publicara; y hoy lo cantamos con una melodía compuesta por Philip B. Bliss.

Mi vida di por ti,
 Mi sangre derramé;
 Por ti inmolado fui,
 Por gracia te salvé;
 Por ti, por ti inmolado fui,
 ¿Y, tú, qué das por mí?

Cristo murió para que nosotros pudiéramos vivir *por medio* de él y *para* él, y para que pudiéramos vivir *con* él. "Quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él" (1 Tesalonicenses 5:10). Debido al Calvario, ¡los creyentes van al cielo para vivir con Cristo para siempre!

El murió para que nosotros pudiéramos morir, y murió para que pudiéramos vivir. Pero también murió para que nosotros pudiéramos *ser partícipes de la nueva creación* (2 Corintios 5:16-17). Nuestra nueva relación con Cristo ha producido una nueva relación con el mundo y la gente que nos rodea. *Ya no miramos a la vida de la manera*

como la solíamos ver. Conocer a Cristo “según la carne” quiere decir evaluarlo desde un punto de vista humano. Pero “los días de su carne” se acabaron (Hebreos 5:7) ya que él ha ascendido al cielo y ahora está glorificado a la diestra del Padre.

Adán fue la cabeza de la vieja creación, y Cristo (el postrer Adán, 1 Corintios 15:45) es la Cabeza de la nueva creación. La vieja creación se sumergió en el pecado y condenación debido a la desobediencia de Adán. La nueva creación quiere decir justicia y salvación debido a la obediencia de Jesucristo. (Ve en Romanos 5:12–21 la explicación de los dos Adanes.) Debido a que somos parte de la nueva creación, todo ha sido hecho nuevo.

Por un lado, tenemos una nueva perspectiva de Cristo. Es lamentable que en la música y el arte haya demasiado énfasis dado en Cristo “según la carne”. Los hechos acerca de la vida terrenal de Jesús son importantes, porque el mensaje cristiano se basa en la historia. Pero debemos interpretar el pesebre a la luz del trono. No adoramos al Bebé en el pesebre, sino a un Salvador glorificado en su trono.

Ya que “todas [las cosas] son hechas nuevas”, también tenemos un nuevo punto de vista sobre las personas que nos rodean. Los vemos como pecadores por quienes Cristo murió. Ya no los vemos como amigos o enemigos, clientes o colegas; los vemos de la manera en que Cristo los ve, como ovejas perdidas que necesitan de un pastor. Cuando el amor de Cristo te constriñe, querrás compartir ese amor con otros.

Durante una elección presidencial muy controvertida, un miembro de la iglesia vino a la clase de la escuela dominical luciendo un enorme botón de propaganda de uno de los candidatos. El pastor le detuvo y le aconsejó que se lo quitara hasta que saliera de la iglesia.

64 Animados en Cristo

—¿Por qué quitármelo?—, dijo el hermano. —Es un buen candidato a la presidencia del país.

—Pero, supongamos que una persona que no conoce a Cristo viene a la clase, y es simpatizante de un partido opositor,— replicó el pastor —¿Eso lo predispondrá a que oiga la Palabra y sea salvo?

El hombre se quitó el botón; y luego sonrió y dijo: —Me parece que debo recordar que las personas son pecadores que necesitan un Salvador; y eso es más importante que ganar una elección.

También debemos ver a otros creyentes como parte de la nueva creación, y no prejuizarlos por su educación, raza, finanzas o posición en la sociedad. “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

La comisión de Cristo (2 Corintios 5:18–21)

La idea clave en este párrafo es la *reconciliación*. Debido a su rebelión, el hombre era enemigo de Dios y no tenía comunión con él. Por medio de la obra en la cruz, Jesucristo ha reunido de nuevo al ser humano y a Dios. Dios nos ha dado la reconciliación, y ha vuelto su rostro en amor hacia el mundo perdido. El significado básico de la palabra reconciliar es *cambiar completamente*. Se refiere a una nueva relación entre Dios y el mundo perdido.

Dios no tiene que ser reconciliado con el hombre, por cuanto esto fue logrado por Cristo en la cruz. Es el hombre pecador quien tiene que ser reconciliado con Dios. La religión es el débil esfuerzo humano por reconciliarse con Dios, esfuerzos que están destinados a fracasar. La persona que nos reconcilia con Dios es Jesucristo, y el lugar de reconciliación es la cruz.

Otra idea clave en esta sección es *imputación*. Esta es una palabra prestada del mundo bancario; sencillamente significa: *poner a cuenta de uno*. Cuando depositas dinero en el banco, el computador (o el cajero) pone esa cantidad a tu cuenta, o te la acredita. Cuando Jesús murió en la cruz todos tus pecados le fueron imputados, fueron puestos a su cuenta. Dios lo trató como si en realidad hubiera cometido todos estos pecados.

¿El resultado? Todos esos pecados han sido pagados y Dios ya no los esgrime en contra nuestra, debido a que hemos confiado en Cristo como nuestro Salvador. Pero hay más: Dios ha puesto a nuestra cuenta ¡la misma justicia de Cristo! “Al que no conoció pecado [Cristo], por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

La reconciliación se basa en la imputación: puesto que las demandas de la santa Ley de Dios han sido satisfechas por completo en la cruz, Dios puede ser reconciliado con los pecadores. A los que creen en Jesucristo como su Salvador nunca más se les volverá a imputar sus pecados (Salmo 32:1-2; Romanos 4:1-8). En lo que atañe a los registros, ¡son partícipes de la justicia de Jesucristo!

Hay una hermosa ilustración de esta verdad en la pequeña carta que Pablo le escribió a su amigo Filemón. El esclavo de Filemón, Onésimo, le había robado algo a su amo y había huido a Roma. Debido a sus crímenes podía haber sido crucificado. Pero en la providencia de Dios, Onésimo conoció a Pablo y se convirtió. Pablo le escribió la carta a Filemón para animar a su amigo a perdonar a Onésimo y recibirle de nuevo. “Recíbele como a mí mismo”, escribió Pablo (Filemón 17). “Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta” (Filemón 18). Pablo

estaba dispuesto a pagar la cuenta para que Onésimo y Filemón pudieran reconciliarse.

¿Cómo nos motiva esta maravillosa doctrina de la reconciliación para servir a Cristo? Somos embajadores con un mensaje. Dios nos ha encomendado el ministerio y la palabra de la reconciliación (2 Corintios 5:18–19).

En el imperio romano había dos clases de provincias: senatoriales e imperiales. Las provincias senatoriales estaban formadas por pueblos que no estaban en guerra con Roma. Se habían rendido y sometido. Pero las provincias imperiales no eran pacíficas; eran peligrosas porque se rebelarían contra Roma, de ser posible. Era necesario que Roma enviara embajadores a las provincias imperiales para asegurarse de que la rebelión no estallara.

Puesto que los creyentes en este mundo son los embajadores de Cristo, esto significa que el mundo está en rebelión contra Dios. Este mundo es una *provincia imperial* en lo que a Dios concierne. El ha enviado a sus embajadores al mundo para declarar la paz, no la guerra. “Reconciliaos con Dios”. Representamos a Jesucristo (Juan 20:21; 2 Corintios 4:5). Si los pecadores nos rechazan, o rechazan nuestro mensaje, es a Jesucristo a quien están realmente rechazando. ¡Qué gran privilegio ser los embajadores del cielo ante los pecadores rebeldes de este mundo!

Cuando yo era un joven pastor, solía sentir vergüenza al visitar y confrontar a las personas con las afirmaciones de Cristo. Entonces me di cuenta de que era una persona privilegiada, ¡un embajador del Rey de reyes! No había nada de qué avergonzarme. Es más, las personas a quienes visitaba debían estar agradecidas de que uno de los embajadores de Cristo viniera a verlos.

Dios no ha declarado la guerra al mundo; en la cruz, él declaró la paz. Pero un día *sí* declarará la guerra; y

entonces será demasiado tarde para los que han rechazado al Salvador (2 Tesalonicenses 1:3–10). Satanás está tratando de destrozar todo en este mundo, pero Cristo y su Iglesia están en un ministerio de reconciliación, para que las personas se vuelvan a Dios.

El ministerio no es fácil. Para triunfar debemos estar motivados por el temor del Señor, el amor de Cristo, y la comisión que él nos ha dado. ¡Qué privilegio servirle!

De corazón a corazón

2 Corintios 6–7

Estos dos capítulos concluyen la explicación que Pablo da de su ministerio. Les ha dicho a sus lectores que, a pesar de sus pruebas, el suyo era un ministerio triunfante (2 Corintios 1–2), así como glorioso (2 Corintios 3), y que ni siquiera pensaría en abandonarlo. Sus enemigos le habían acusado de usar el ministerio para ganancia personal, pero él había demostrado que su ministerio era sincero (2 Corintios 4) y basado en la fe en Dios (2 Corintios 5). Todo lo que restaba ahora era desafiar a los corazones de los corintios y asegurarles de su aprecio; y esto lo hace presentándoles tres peticiones.

Ruega por aprecio (2 Corintios 6:1–10)

La obra *Principios de Psicología* por William James ha sido un texto clásico, y ciertamente fue una obra pionera en su ramo. Pero el autor confesó que había una “inmensa omisión” en el libro. “El principio más profundo de la naturaleza humana es el anhelo de ser apreciado”, escribió; y, no obstante, no había tratado de este principio en su libro.

Al leer 2 Corintios te queda una fuerte impresión de que la iglesia en realidad no apreciaba a Pablo y la obra que él había realizado entre ellos. Ellos deberían haber defendido a Pablo y no obligarle a que se defendiera a sí mismo. Los corintios se jactaban de los judaizantes que habían invadido la iglesia, y sin embargo los judaizantes no habían hecho nada por ellos. De modo que Pablo les hizo recordar el ministerio que Dios le había dado en Corinto.

Pablo el evangelista (vv. 1,2). Fue Pablo quien había ido a Corinto con las buenas nuevas del evangelio; y por medio de su ministerio se había fundado la iglesia. Había cumplido la tarea de *embajador* descrita en 2 Corintios 5:18–21. No fueron los judaizantes quienes les habían ganado para Cristo, sino Pablo.

Pero aun así, Pablo no estaba seguro de que todos de la iglesia que profesaban ser salvos fueran verdaderamente hijos de Dios (2 Corintios 13:5). Pablo citó Isaías 49:8 al pedirles que recibieran la gracia de Dios. Debido a la obra reconciliadora de Cristo en la cruz (2 Corintios 5:18,19), hoy es en verdad “el día de salvación”. No hay garantía de que algún pecador tenga *mañana* la oportunidad de ser salvo. “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Isaías 55:6).

Un pastor estaba conversando con una joven que afirmaba que aún tenía tiempo suficiente para decidirse por Jesucristo. El pastor le dio una hoja de papel y le dijo: “¿Me firmaría usted una declaración de que está dispuesta a posponer su decisión por un año?” No; ella no firmaría. ¿Seis meses? Tampoco. ¿Un mes? Ella vaciló, pero dijo que no. Entonces ella empezó a ver la necedad de su argumento, porque la seguridad de una oportunidad para ser salva era *sólo para hoy*; y ella confió en Cristo sin dilación.

70 Animados en Cristo

Pablo el ejemplo (vv. 3–10). Uno de los más grandes obstáculos al progreso del evangelio es el mal ejemplo de las personas que profesan ser creyentes. A los inconversos les gusta ver las fallas en la conducta de los creyentes, especialmente en los predicadores, como un pretexto para rechazar a Jesucristo. Pablo se cuidaba de no hacer nada que pudiera poner tropiezo en el camino de pecadores o creyentes (Romanos 14). No quería que su ministerio fuera desacreditado (vituperado) de ninguna manera debido a su vida.

Pablo les recordó a sus lectores *las pruebas que había soportado por ellos* (2 Corintios 6:4,5). Había sido un hombre de paciencia y no se había dado por vencido cuando las cosas andaban mal. Las *tribulaciones* son pruebas bajo presión, cuando te ves aplastado por las circunstancias. *Necesidades* son las adversidades diarias de la vida, y *angustias* se refieren a las experiencias que nos arrinconan al punto de parecer que no hay escape. La palabra *angustias* en griego significa *un lugar estrecho*.

Pero incluso las personas inconversas atraviesan estas experiencias, de modo que Pablo mencionó unas pocas de las pruebas que soportó debido a la oposición de las personas: azotes, cárceles, tumultos (motines). Estas cosas las sufrió porque estaba sirviendo al Señor fielmente. Entonces mencionó algunos de los sacrificios que hizo voluntariamente por causa del ministerio: trabajos (trabajo que resulta en agotamiento), desvelos (noches sin dormir), ayunos (privarse de alimentos voluntariamente). Por supuesto, Pablo no había anunciado estas cosas públicamente. La única razón por la que las menciona en esta carta era asegurarles a los corintios el aprecio que les tenía.

Además les hizo recordar de los instrumentos que había usado en su ministerio (2 Corintios 6:6,7).

“Pureza” significa *castidad* (2 Corintios 11:2). Pablo se había guardado moralmente puro. “Longanimidad” se refiere a la paciencia con personas difíciles, mientras que “paciencia” (2 Corintios 6:4) se refiere a la tolerancia en circunstancias difíciles. Pablo dependía del poder del Espíritu para poder manifestar el fruto del Espíritu, tal como la bondad y el amor sincero. Usaba la Palabra de Dios para impartir conocimiento espiritual, y usaba la armadura de Dios (Efesios 6:11 en adelante) para protegerse de los ataques satánicos.

Finalmente, les recordó el *testimonio que había dado* (2 Corintios 6:8–10). Pablo mencionó una serie de paradojas, debido a que sabía que no todo el mundo realmente le entendía ni a él, ni a su ministerio. Los enemigos de Pablo dieron un informe dañino acerca de él, como que era un hombre engañador y deshonesto. Pero Dios aprobó a Pablo como hombre veraz y de honra. Pablo era bien conocido, y sin embargo, al mismo tiempo, desconocido.

¡Qué precio pagó Pablo para ser fiel a su ministerio! Sin embargo, cuán poco apreciaban los corintios todo lo que él había hecho por ellos. Aunque entristecieron a Pablo, él estaba siempre gozoso en Jesucristo. Se hizo pobre para que ellos pudieran ser enriquecidos (1 Corintios 1:5; 2 Corintios 8:9). La palabra que se traduce como “pobre” significa *la miseria absoluta de un mendigo*.

¿Hizo mal Pablo en rogar el aprecio de ellos? Pienso que no. Demasiadas iglesias se inclinan a dar por sentado el ministerio abnegado de sus pastores, misioneros y otros fieles servidores de la iglesia. Pablo no buscaba alabanza para sí mismo, sino les recordaba a sus amigos en Corinto que su ministerio entre ellos le había costado.

Por supuesto, en todo este testimonio personal Pablo refutaba las maliciosas acusaciones de los judaizantes.

¿Cuánto habían sufrido *ellos* por la gente de Corinto? ¿Qué precio pagaron ellos por su ministerio? Como muchos de los sectarios de hoy, estos falsos maestros se robaban los conversos ganados por otro hombre; no trataban de ganar a los perdidos ellos mismos.

Se ha dicho bien: “Si quieres hallar gratitud, búscala en un diccionario”. ¿Demostramos nosotros gratitud a los que ministran entre nosotros?

Ruega por separación (2 Corintios 6:11—7:1)

A pesar de todos los problemas y angustias que la iglesia le había causado, Pablo todavía quería mucho a los creyentes en Corinto. Les había hablado abierta y cariñosamente; tiernamente les pidió que le abrieran su corazón. Se sentía como un padre cuyos hijos le negaban el cariño que se merecía (1 Corintios 4:15).

¿Por qué no demostraban ellos amor? Porque los falsos maestros les habían metido ideas que causaban divisiones, y ahora los de la iglesia se habían enfriado en cuanto a Pablo. Era como una hija comprometida en matrimonio, pero siendo seducida por un pretendiente indigno (2 Corintios 11:1–3). Los corintios hacían concesiones con el mundo, de modo que Pablo les pidió que se apartaran para Dios, así como una esposa fiel se guarda para su esposo.

Es desafortunado que la importante doctrina de la separación se haya malentendido y se haya abusado de ella en años recientes, por cuanto es una verdad esencial. Algunos creyentes sinceramente celosos han convertido la separación en aislamiento, al punto de que su comunión llega a ser tan estrecha que no pueden llevarse bien ni siquiera entre ellos mismos. En reacción a esta posición extrema, otros creyentes han derribado todas las paredes y

tienen comunión con todo mundo, sin importar lo que las personas crean o cómo vivan. Mientras que elogiamos el deseo de practicar el amor cristiano, queremos recordarles que incluso el amor cristiano debe ejercer discernimiento (Filipenses 1:9–11).

Pablo presentó tres razones para convencer a estos creyentes de que se apartaran de lo que era contrario a la voluntad de Dios.

La naturaleza del creyente (vv. 14–16). Es la naturaleza lo que determina la asociación. Debido a que un cerdo tiene la naturaleza de cerdo, se asocia con otros cerdos en el chiquero. Puesto que una oveja tiene la naturaleza de oveja, come hierba con el rebaño en el potrero. El creyente posee una naturaleza divina (2 Pedro 1:3,4), y por consiguiente debe querer asociarse solamente con lo que agrada al Señor.

El concepto del “yugo desigual” procede de Deuteronomio 22:10: “No ararás con buey y con asno juntamente”. El buey era un animal limpio para los judíos, pero el asno no (Deuteronomio 14:1–8); y sería incorrecto uncirlos en el yugo. Todavía más, tienen naturalezas opuestas y no trabajarían bien juntos. Sería cruel uncirlos en el yugo juntos. De la misma manera, es incorrecto que los creyentes se unan en yugo con los incrédulos.

Observa los sustantivos que Pablo usa: *compañerismo, comunión, concordia* (armonía), *parte, acuerdo*. Cada una de estas palabras habla de tener algo en común. El griego para la palabra *concordia* nos da la palabra “sinfonía” en español. Habla de la hermosa música que procede cuando los músicos están leyendo la misma partitura y obedeciendo al mismo director. ¡Qué caos sería si cada instrumentista tocara su propia tonada a su propia manera!

En estas palabras se ven los deseos de Dios para su pueblo. El quiere que *compartamos* los unos con los otros (compañerismo) y que *tengamos en común* (comunión) las bendiciones de la vida cristiana. El quiere que disfrutemos de *armonía y acuerdo* al vivir y trabajar juntos. Cuando tratamos de andar con el mundo y con el Señor al mismo tiempo, rompemos esta comunión espiritual y causamos discordia y división.

Pablo vio a los creyentes e incrédulos en agudo contraste: justicia, injusticia; luz, tinieblas; Cristo, Belial (Satanás); fe, carencia de fe; el templo de Dios, ídolos. ¿Cómo podrías acaso juntar estas cosas opuestas? La misma naturaleza del creyente exige que se aparte de lo que no es santo. Cuando una persona salva se casa con una persona inconversa, establece una situación imposible; y lo mismo se aplica a las sociedades de negocios y “compañerismo” religioso.

Observa que la palabra *vosotros* en 2 Corintios 6:16 se refiere a la iglesia local como un todo, y no al creyente individual únicamente, como en 1 Corintios 6:19,20. La iglesia local es la morada de Dios porque los creyentes son el pueblo de Dios (ve Exodo 6:7; 25:8; Levítico 26:12; Ezequiel 37:26,27). Que la iglesia local haga concesiones con su testimonio es como profanar el templo santo.

El mandamiento de las Escrituras (v. 17). La mayor parte de esta cita procede de Isaías 52:11, pero también hay ecos de ella en Ezequiel 20:34,41. La referencia en Isaías es a la nación cautiva que parte de Babilonia y regresa a su propia tierra, pero la aplicación espiritual es a la separación del pueblo de Dios hoy.

Dios ordena a su pueblo a salir, lo cual implica un acto definido de parte de ellos. “Apartaos” sugiere devoción a Dios con un propósito especial. Apartarse

no es solamente un acto negativo de alejamiento; es también un acto positivo de dedicación a Dios. Debemos alejarnos *del* pecado y *acercarnos* a Dios. “No toquéis lo inmundo” es una advertencia contra la contaminación. El judío del Antiguo Testamento se contaminaba si tocaba un cadáver o los humores de una llaga purulenta. Por supuesto, el creyente de hoy no contrae contaminación espiritual por el contacto físico, pero el principio es el mismo: no debemos asociarnos con lo que podrá dañar nuestro testimonio o nos conducirá a la desobediencia.

El mandamiento divino de apartarse del pecado se encuentra a través de las Escrituras. Dios le advirtió a Israel a no mezclarse con las naciones paganas en la tierra de Canaán (Números 33:50–56); sin embargo ellos repetidamente desobedecieron su Palabra y fueron castigados por ello. Una y otra vez los profetas le suplicaron al pueblo que dejara sus ídolos paganos y se dedicara completamente al Señor. Finalmente Dios tuvo que enviar a Israel al cautiverio asirio y a Judá al cautiverio babilónico. Nuestro Señor rechazó la falsa separación de los fariseos, pero les advirtió a sus discípulos en contra de la levadura (falsa doctrina) de los fariseos y saduceos, y oró para que fueran guardados de la contaminación del mundo (Mateo 16:6,11; Juan 17:14–17).

Los apóstoles en sus cartas a las iglesias también enfatizaron la pureza doctrinal y personal. El creyente estaba *en* el mundo, pero debía cuidarse de no llegar a ser *como* el mundo. La iglesia también debe separarse de aquellos que rechazan la doctrina dada por Cristo y los apóstoles (Romanos 12:1,2; 16:17–20; Colosenses 3:1,2; 1 Timoteo 6:10,11; Tito 2:14; 1 Pedro 4:3–6; 1 Juan 4:6). Incluso en el libro de Apocalipsis hay un énfasis en que el pueblo de Dios se separe de lo que es falso y contrario

a una vida santa (Apocalipsis 2:14–16,20–24; 18:4 en adelante).

En nuestro deseo para alcanzar la pureza doctrinal y personal no debemos llegar a ser tan egocéntricos que ignoremos las necesidades del mundo que nos rodea. Nuestro Señor fue “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (Hebreos 7:26), y sin embargo fue “amigo de publicanos y de pecadores” (Lucas 7:34). Como un hábil médico debemos practicar *contacto sin contaminación*. De otra manera nos aislaremos de las personas que más necesitan nuestro ministerio.

La promesa de la bendición de Dios (vv. 18–7:1). Dios llega a ser nuestro Padre cuando confiamos en Jesucristo como nuestro Salvador, pero no podemos disfrutar esa relación de Padre/hijo a menos que le obedezcamos y tengamos comunión con él. Dios anhela recibirnos en amor y tratarnos como sus preciosos hijos e hijas. Salvación quiere decir que somos partícipes de la vida del Padre, pero separación implica que entramos completamente en el amor del Padre. Jesús prometió este amor más profundo en Juan 14:21–23.

Dios bendice a los que se apartan del pecado y se acercan a él. Abraham se apartó de Ur de los Caldeos y Dios lo bendijo. Cuando Abraham transigió y se fue a Egipto, Dios tuvo que castigarlo (Génesis 11:31 – 12:20). Mientras Israel se mantuvo apartado de las naciones pecadoras en Canaán, Dios bendijo al pueblo; pero cuando empezaron a mezclarse con los paganos, Dios tuvo que disciplinarles. Tanto Esdras como Nehemías tuvieron que enseñarle al pueblo nuevamente el significado de la separación (Esdras 9–10; Nehemías 9:2; 10:28; 13:1–9,23–31).

Debido a las promesas benignas de Dios tenemos algunas responsabilidades espirituales (2 Corintios 7:1).

Debemos limpiarnos de una vez por todas de cualquier cosa que nos contamina. No es suficiente pedirle a Dios que nos limpie; nosotros debemos limpiar nuestras propias vidas y deshacernos de aquellas cosas que nos conducen al pecado. Ningún creyente puede legislar por otro creyente; cada uno conoce los problemas de su propio corazón y vida.

Muy a menudo los creyentes tratan con los síntomas y no con las causas. Continuamos confesando los mismos pecados porque no hemos ido a la raíz del problema y no nos hemos limpiado. Tal vez es “la contaminación de carne”, algún pecado favorito que alimenta a la vieja naturaleza (Romanos 13:14). O tal vez sea “la contaminación de espíritu”, alguna actitud pecaminosa. El hijo pródigo fue culpable de pecados de la carne, pero su hermano mayor era culpable de pecados del espíritu. Ni siquiera podía llevarse bien con su propio padre (Lucas 15:11–21).

Pero limpiarnos es sólo la mitad de la responsabilidad; debemos también perfeccionar la santidad en el temor de Dios (2 Corintios 7:1). Este es un proceso constante conforme crecemos en la gracia y el conocimiento (2 Pedro 3:18). Es importante tener equilibrio. Los fariseos eran diligentes para alejarse del pecado, pero fueron negligentes en cuanto a perfeccionar la santidad. Por otro lado, es necio tratar de perfeccionar la santidad si hay pecados conocidos en nuestra vida.

Pablo les había rogado por el aprecio y por la separación. Hizo una petición final en su intento de recuperar el cariño y devoción de los creyentes en Corinto.

Ruega por reconciliación (2 Corintios 7:2–16)

Ensanchaos también vosotros (2 Corintios 6:13). Admitidnos (2 Corintios 7:2). ¿Andarán dos juntos, si

no estuvieren de acuerdo? (Amós 3:3). Si los corintios sencillamente limpiaran sus vidas y el compañerismo en la iglesia, Dios los recibiría (2 Corintios 6:17) y ellos podrían de nuevo tener compañerismo estrecho con Pablo.

El énfasis en esta sección recae en la manera en que Dios animó a Pablo después de que hubo experimentado tan grandes pruebas en Asia y Troas (ve 2 Corintios 1:8-10; 2:12,13). Hay en realidad un estímulo triple que se registra en estos versículos.

Pablo animó a la iglesia (vv. 2-4). La iglesia había recibido a Tito; ahora debían recibir a Pablo (2 Corintios 7:13). Pablo les pedía que confiaran en él, porque nunca les había hecho ningún daño. Esto es ciertamente una referencia a los maestros falsos que habían acusado a Pablo, especialmente en el uso de la palabra *engañado* (“explota”, 2 Corintios 11:20, NVI). Ellos decían que Pablo está recogiendo esta ofrenda misionera para poder usar el dinero para sí mismo.

¿Por qué es tan difícil asegurar a la gente de nuestro cariño? ¿Qué más podría hacer Pablo para convencerles? Estaba dispuesto a morir por ellos si fuera necesario, por cuanto ellos estaban en su corazón (2 Corintios 3:1 en adelante; 6:11-13). Se jactaba de ellos ante otros (me glorío con respecto de vosotros), pero ellos le criticaban.

Pero, a pesar de estos problemas, Pablo tenía buena razón para animar a la iglesia porque la visita de Tito había tenido éxito; y ahora tenía la oportunidad de restaurar el compañerismo. Esto lleva al segundo estímulo.

Tito animó a Pablo (vv. 5-10). El primer estímulo que Pablo recibió fue la visita de Tito después de haber estado separados el uno del otro. En aquellos días no era fácil comunicarse ni viajar, y Pablo tenía que depender

de la providencia de Dios para que resultaran sus planes con respecto a la visita de Tito a Corinto. (Incluso con nuestros modernos medios de transportación y comunicación, todavía tenemos que depender de la providencia de Dios.)

Pero Pablo fue animado por el informe que Tito dio con respecto a su recepción en Corinto. Ellos habían leído la dolorosa carta de Pablo y se habían arrepentido de sus pecados y disciplinado a los miembros que ocasionaron el problema.

Pablo les había escrito una carta severa, y entonces lo había lamentado. Pero la carta logró su propósito y los corintios se arrepintieron, y esto hizo que Pablo se regocijara. Su arrepentimiento no era un *lamento* pasajero; era una verdadera tristeza santa por el pecado. “La tristeza que proviene de Dios produce el arrepentimiento que lleva a la salvación, de la cual no hay que arrepentirse, mientras que la tristeza del mundo produce la muerte” (2 Corintios 7:10, NVI). La diferencia se ve en Judas y Pedro. Judas “se arrepintió” (se llenó de remordimiento) y fue y se suicidó, mientras que Pedro lloró y se arrepintió de su caída (Mateo 26:75—27:5).

¿Necesitan arrepentirse los creyentes? Jesús dijo que sí (Lucas 17:3,4), y Pablo lo ratificó (2 Corintios 12:21). A cuatro de las siete iglesias de Asia menor, mencionadas en Apocalipsis 2—3 se les ordenó arrepentirse. Arrepentirse sencillamente quiere decir cambiar de opinión, y los creyentes desobedientes necesitan arrepentirse, no para ser salvos, sino para restaurar su comunión íntima con Dios.

Los corintios animaron a Tito (vv. 11–16). Ellos habían sido muy diligentes para hacer la voluntad de Dios. Primero que nada, recibieron a Tito y le alentaron con su compañerismo (2 Corintios 7:13). Le alegraron el

corazón al demostrar ser todo lo que Pablo afirmaba que eran y por lo cual se gloriaba. Aceptaron el mensaje que Pablo había enviado y lo pusieron en práctica.

En 2 Corintios 7:11, Pablo describió la manera en que habían manejado el asunto de la disciplina. “Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¿qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto”. Pablo se animó cuando Tito le contó la manera en que ellos se habían arrepentido y mostrado preocupación y celo por hacer lo correcto. Pablo les aseguró que el propósito de su carta no fue solamente reprender al ofensor y ayudar al ofendido, sino demostrar su amor por la iglesia. Pablo había sufrido mucho debido a la situación, pero ahora no lo tomaba en cuenta al ver que el problema había quedado resuelto.

Una de las cosas más difíciles de hacer es reconstruir una relación destrozada. Esto es lo que Pablo trató de hacer en 2 Corintios, y especialmente en los capítulos 6 y 7. Desafortunadamente, hay muchas relaciones destrozadas hoy, en los hogares, las iglesias y el ministerio, y pueden ser reparadas y fortalecidas solamente cuando las personas enfrenten los problemas sinceramente, los traten bíblicamente y con amor, y traten de arreglar las cosas con Dios.

Al examinar tú y yo nuestras vidas, debemos determinar ser parte de la solución y no parte del problema. Debemos mostrar aprecio, practicar la separación y fomentar la reconciliación para que Dios nos use para restaurar las relaciones destrozadas.

El dar de gracia—Parte 1

2 Corintios 8

Uno de los principales ministerios de Pablo en su tercer viaje misionero fue la recolección de una ofrenda especial para ayudar a los creyentes pobres de Judea. Pablo ya había ayudado antes de esta manera (Hechos 11:27–30), y estaba contento de hacerlo de nuevo. Es significativo que fue Pablo quien recordó la *bienaventuranza olvidada* de nuestro Señor: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35).

Pero Pablo tenía otras bendiciones en mente, además de la asistencia material para los pobres. Quería que esta ofrenda fortaleciera la unidad de la iglesia al compartir las iglesias gentiles con las congregaciones judías al otro lado del mar. Pablo vio a los gentiles como *deudores* a los judíos (Romanos 15:25–28), y la ofrenda especial era una manera de pagar la deuda.

Esta ofrenda era también evidencia para los creyentes judíos (algunos de los cuales todavía mantenían su celo por la Ley) de que Pablo no era enemigo de los judíos o de Moisés (Hechos 20:17 en adelante). Temprano en su ministerio Pablo había prometido recordar a los pobres (Gálatas 2:6–10), y se esforzó por guardar su promesa;

82 Animados en Cristo

pero al mismo tiempo esperaba que la generosidad de los gentiles silenciara los celos de los judíos.

Desafortunadamente, los corintios no estaban poniendo de su parte. Como muchas personas, habían hecho promesas, pero no las habían cumplido. Es más, habían desperdiciado un año entero (2 Corintios 8:10). ¿Cuál fue la causa de este serio retraso? El bajo nivel espiritual de la iglesia. Cuando una iglesia no es espiritual, no es generosa. Otro factor fue la invasión de los judaizantes, quienes probablemente extraían tanto dinero como podrían (2 Corintios 11:7–12, 20; 12:14).

Pablo sabía que sería difícil conseguir que los corintios participaran, de modo que elevó su solicitud al más alto nivel espiritual posible; les enseñó que el dar era un acto de gracia. Pablo usó nueve palabras diferentes para referirse a la ofrenda, pero la que más usó fue *gracia*. Dar es verdaderamente *un ministerio y un compañerismo o comunión* (2 Corintios 8:4) que ayuda a otros, pero la motivación debe proceder de la gracia de Dios en el corazón del creyente. Pablo sabía que esta ofrenda era una *deuda* de los gentiles (Romanos 15:27) y *el fruto* de su vida cristiana (Romanos 15:28); pero también era la obra de la gracia de Dios en el corazón humano.

Es maravilloso cuando los creyentes captan la gracia de dar, cuando realmente creen que dar es más bienaventurado que recibir. ¿Cómo podemos decir que estamos practicando *la gracia de dar*? Pablo indicó que hay una serie de evidencias que aparecen cuando nuestras ofrendas son motivadas por la gracia.

Cuando damos a pesar de las circunstancias (2 Corintios 8:1,2)

Las iglesias de Macedonia que Pablo estaba usando como ejemplo habían atravesado severas dificultades, y sin

embargo habían dado generosamente. No habían pasado simplemente *aflicción*; habían atravesado “grande prueba de tribulación” (2 Corintios 8:2). Estaban en “profunda pobreza”, en una miseria absoluta. Esto describe un mendigo que no tiene absolutamente nada y que no tiene absolutamente ninguna esperanza de conseguir nada. Su situación difícil puede haber sido causada en parte por su fe cristiana, porque tal vez habían perdido sus empleos o habían sido excluidos de los gremios mercantiles porque no querían tener nada que ver con la idolatría.

Pero sus circunstancias no les impidieron dar. Es más, ¡dieron alegre y generosamente! Ningún computador podría analizar esta asombrosa fórmula: gran *aflicción* y profunda pobreza + *gracia* = ¡abundante gozo y abundante generosidad! Nos recuerda las paradojas en el ministerio de Pablo: “Como pobres, mas enriqueciendo a muchos” (2 Corintios 6:10). También nos recuerda las generosas ofrendas que se recibieron para la construcción del tabernáculo (Exodo 35:5,6) y del templo (1 Crónicas 29:6-9).

Cuando has experimentado la gracia de Dios en tu vida, no te valdrás de las circunstancias difíciles como excusa para no dar. A propósito, ¿pueden las circunstancias *alguna vez* ser un estímulo para dar? En mi primer pastorado teníamos una gran necesidad de un nuevo edificio para la iglesia, pero algunas de las personas se oponían al programa de construcción debido a la situación económica. Al parecer las acerías planeaban declararse en huelga, las refinerías iban a cerrarse, y los ferrocarriles tenían problemas... construir en ese momento parecía arriesgado. Pero hubo suficientes personas que creían en *la gracia de dar* para que la iglesia erigiera su nuevo santuario, a pesar de las huelgas, paros, despidos, y otros problemas económicos. Dar de gracia significa dar a pesar de las circunstancias.

Cuando damos con entusiasmo (2 Corintios 8:3,4)

Es posible dar generosamente sin dar con entusiasmo. “El predicador dice que debemos dar hasta que duela”, decía un tacaño miembro de una iglesia, “pero a mí me duele aun el pensar en dar”. Las iglesias de Macedonia no necesitaban incentivos o recordatorios, como ocurría con la iglesia en Corinto. Estaban más que dispuestos a participar en la colecta. Es más, *¡suplicaban que se les incluyera!* (2 Corintios 8:4). ¿Cuántas veces has oído a algún creyente *suplicar* para que alguien recoja una ofrenda?

Esta ofrenda era voluntaria y espontánea. Era de gracia, y no por presión. Dieron porque querían dar y porque habían experimentado la gracia de Dios. La gracia no solamente nos liberta de nuestros pecados, sino que también nos liberta de nosotros mismos. La gracia de Dios abrirá tu corazón y *tus manos*. Tu ofrenda no es el resultado de un cálculo frío, ¡sino del júbilo de un corazón ardiente!

Cuando damos como Jesús dio (2 Corintios 8:5–9)

Jesucristo es siempre el ejemplo preeminente para todo creyente, sea en el servicio, el sufrimiento o el sacrificio. Como Jesucristo, las iglesias de Macedonia *se dieron a Dios y a otros* (2 Corintios 8:5). Si nos entregamos a Dios, no tendremos problema en dar nuestros bienes a Dios. Si nos entregamos a Dios, también nos daremos a otros. Es imposible amar a Dios e ignorar las necesidades de tu prójimo. Jesucristo se dio a sí mismo por nosotros (Gálatas 1:4; 2:20). ¿Acaso no debemos darnos nosotros mismos a él? El murió para que viviéramos para él y para otros, y no sólo para nosotros mismos (2 Corintios 5:15).

Lo que los macedonios dieron fue, como lo que Cristo dio, *motivado por el amor* (2 Corintios 8:7,8). ¡Qué reproche a los corintios que eran tan ricos en bendiciones espirituales!

(1 Corintios 1:4,5). Estaban tan ocupados en los *dones* del Espíritu que habían sido negligentes en las *gracias* del Espíritu, incluyendo la gracia de dar. Las iglesias de Macedonia tenían “profunda pobreza” (2 Corintios 8:2), y sin embargo abundaron en su liberalidad. Los corintios tenían abundancia de dones espirituales, y sin embargo eran negligentes en cuanto a guardar su promesa y participar en la colecta.

Nunca debemos razonar que el ministerio de nuestros dones espirituales es sustituto de una ofrenda generosa. “Yo enseñé una clase de escuela dominical, ¡de modo que no tengo que dar!” no es una explicación; es una excusa. El creyente que recuerda que sus dones son *dones del Espíritu* se verá motivado a dar a otros y a no esconderse detrás de su ministerio para el Señor. He conocido pastores y misioneros que se justifican diciendo que han dedicado todo su tiempo al servicio del Señor, y por lo tanto no están obligados a dar. Pablo sostiene lo opuesto: puesto que Dios te ha dotado tan maravillosamente, ¡debes querer dar aun más!

Pablo se cuidó de que ellos entendieran que no les estaba *ordenando* dar. En realidad, estaba contrastando la actitud de los macedonios a la de los corintios. Estaba recalcando que los macedonios estaban siguiendo el ejemplo del Señor; eran pobres, sin embargo, dieron. Los corintios decían que querían a Pablo; ahora les estaba pidiendo que demostraran su amor al participar en la ofrenda. El dar de gracia es una evidencia de amor: amor por Cristo, amor por los siervos de Dios que nos han ministrado, y amor por aquellos que tienen necesidades especiales que nosotros podemos ayudar a suplir.

Finalmente, *su ofrenda fue sacrificial* (2 Corintios 8:9). ¿De qué maneras es Jesús rico? Ciertamente, es rico en su persona, por ser el Dios eterno. Es rico en sus posesiones

y en su posición como Rey de reyes y Señor de señores. Es rico en su poder, porque puede hacer cualquier cosa. Sin embargo, a pesar del hecho de tener todas estas riquezas, y más, *se hizo pobre*.

El tiempo del verbo indica que fue su encarnación. Su nacimiento en Belén es lo que se indica aquí. Se unió a la humanidad y tomó sobre sí un cuerpo humano. Dejó su trono y se convirtió en siervo. Dejó a un lado todas sus posesiones para no tener ni siquiera un lugar en donde apoyar su cabeza. Su mayor experiencia de pobreza se concretó cuando fue hecho pecado por nosotros en la cruz. El infierno es pobreza eterna, y en la cruz Jesucristo llegó a ser el más pobre de los pobres.

¿Por qué lo hizo? ¿Para que nosotros fuésemos enriquecidos! Esto quiere decir que nosotros éramos pobres antes de conocer a Jesucristo; y lo éramos: en total bancarrota. Pero ahora que hemos confiado en él, ¡participamos de todas sus riquezas! Ahora somos hijos de Dios, “herederos de Dios, y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17). Puesto que esto es verdad, *¿cómo podemos rehusar dar a otros?* ¿El se hizo pobre para hacernos ricos! ¿Podríamos seguir su ejemplo, como lo hicieron las iglesias de Macedonia, quienes de su profunda pobreza abundaron en generosidad?

Cuando damos de buena voluntad (2 Corintios 8:10–12)

Hay una gran diferencia entre *promesa* y *desempeño*. Los corintios se habían jactado ante Tito un año antes que participarían en la colecta especial (2 Corintios 8:6), pero no habían guardado su promesa. Observa que en los versículos 10–12 Pablo enfatiza la *buena disposición*. El dar de gracia debe proceder de un corazón dispuesto; no puede ser coaccionado o forzado.

Durante mis años de ministerio he escuchado muchas solicitudes de ofrendas. He escuchado cuentos patéticos de necesidades increíbles. Me he visto obligado a reírme de chistes que supuestament debían hacer más fácil el que me desprendiera de mi dinero. Me han regañado, abochornado, y casi amenazado, y debo confesar que ninguno de estos métodos jamás me ha movido a dar más de lo que había planeado dar. A decir verdad, más de una vez di *menos*, porque quedé muy disgustado con el método mundano. (Sin embargo, nunca llegué a ser como Mark Twain, cuando dijo que quedó tan enfadado por el prolongado clamor que no sólo dejó de dar lo que había planeado dar, sino que ¡también tomó un billete del plato que pasaron para recoger la ofrenda!)

Debemos tener cuidado de no confundir aquí el *querer* y el *hacer*, porque las dos cosas deben marchar juntas. Si el querer es sincero y dentro de la voluntad de Dios, entonces debe también haber el “cumplir” (2 Corintios 8:11; Filipenses 2:12,13). Pablo no dijo que el *querer* fuese sustituto del *hacer*, porque no lo es. Pero si nuestro dar es motivado por la gracia, daremos de buena gana, y no porque se nos haya obligado a dar.

Dios ve lo que da el corazón, y no lo que da la mano. Si el corazón quisiera dar más, pero no pudiera hacerlo, Dios lo ve y lo registra de acuerdo a eso. Pero si la mano da más de lo que el corazón quiere dar, Dios registra lo que hay en el corazón, sin que importe cuán grande fuera la ofrenda que da la mano.

Un amigo estaba partiendo en un viaje de negocios, y su esposa le recordó antes del culto que necesitaba algún dinero adicional para los gastos de casa. Justo antes de la ofrenda él le puso en la mano algún dinero; y ella, pensando que era su ofrenda semanal, lo puso todo en el plato. Era el dinero del gasto de la semana.

—Pues, bien, —dijo mi amigo. —Le dimos todo al Señor y él lleva los registros.

—¿Cuánto era su *intención* al dar? —le preguntó su pastor, y mi amigo indicó la cantidad. —Entonces, eso es lo que Dios anotó. —dijo el pastor— porque él vio la intención de su corazón.

Dios ve, no la porción, sino la proporción. Si podemos dar más, y no lo damos, Dios lo nota. Si queremos dar más, y no podemos, Dios también nota eso. Cuando damos de buena voluntad, de acuerdo con lo que tenemos, estamos practicando el dar de gracia.

Cuando damos por fe (2 Corintios 8:13–24)

Pablo no sugirió que el rico se empobreciera a fin de que el pobre pudiera enriquecerse. Sería insensato que un creyente se endeudara para aliviar la deuda de otra persona, a menos que, por supuesto, pudiera cumplir la responsabilidad de pagar la deuda. Pablo vio una equidad en el procedimiento: los gentiles fueron enriquecidos espiritualmente por los judíos, de modo que los judíos debían ser enriquecidos materialmente por los gentiles (Romanos 15:25–28). Además, las iglesias gentiles de ese tiempo estaban disfrutando de la comodidad material, mientras que los creyentes en Judea estaban sufriendo. Podría llegar el momento cuando los judíos tendrían que brindar ayuda a los gentiles.

¿Quién establece la igualdad? Dios lo hace. Pablo usó el milagro del maná como una ilustración del principio (Exodo 16:18). No importando cuánto maná los judíos recogían cada día, siempre tenían lo que necesitaban. Los que trataban de acaparar el maná descubrieron que era imposible, porque el maná se descomponía y hedía (Exodo 16:20). La lección es clara: toma lo que necesitas, comparte lo que

puedas, y no trates de almacenar las bendiciones de Dios. Dios cuidará de que no pases necesidad si confías en él y obedeces su Palabra.

Nuestra *motivación* para dar es la bendición espiritual de Dios en nuestra vida, pero nuestra *medida* de dar es la bendición material de Dios. Pablo dejó esto en claro cuando escribió a los corintios en su primera carta: “Cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado” (1 Corintios 16:2). Pablo no asentó una fórmula matemática, porque la gracia de dar no está limitada al diezmo (10 por ciento). El dar de gracia es sistemática, pero no es legalista. No se da por satisfecha al dar el mínimo, cualquiera que sea ese mínimo.

Puesto que Dios es quien lleva las cuentas, no podemos acusar a Pablo de enseñar alguna forma de comunismo. Es más, 2 Corintios 8:13 es una afirmación directa en contra del comunismo. El así llamado “comunismo” de la iglesia primitiva (Hechos 2:44–47; 4:32–37) no tiene ninguna relación con el sistema político y económico que se promueve actualmente. Los creyentes de entonces (como muchos creyentes hoy) compartieron *voluntariamente* lo que tenían, pero no obligaron a la gente a que participara. El programa entero fue temporal; y el hecho de que Pablo tuviera que recoger una ofrenda especial para aliviar las necesidades es prueba de que el programa jamás tuvo el propósito de que fuese imitado por generaciones posteriores de creyentes.

El dar de gracia es asunto de fe: obedecemos a Dios y creemos que él suplirá nuestras necesidades mientras ayudamos a suplir las necesidades de otros. Así como los judíos recogían el maná cada día, nosotros debemos depender de Dios para que nos dé hoy “el pan nuestro de cada día” (Mateo 6:11). No debemos desperdiciar o malgastar

lo que Dios nos da, ni tampoco debemos acapararlo. En la voluntad de Dios está bien ahorrar. (Los judíos guardaban el maná el viernes para comerlo en el día de reposo, y el maná no se echaba a perder [Exodo 16:22–26].) Pero fuera de la voluntad de Dios, la riqueza que acumulamos nos hará daño en lugar de ayudarnos (Santiago 5:1–6).

Empezando en 2 Corintios 8:16, Pablo de súbito pasa de un profundo principio espiritual a algunos consejos prácticos sobre cómo se manejaría la ofrenda especial. Mientras que es cierto que el dar de gracia quiere decir dar por fe, también es cierto que el dar de gracia no significa dar al azar. El creyente que comparte con otros debe asegurarse de que lo que da es manejado con honradez y fidelidad.

A través de los años, he tratado de animar al pueblo de Dios a apoyar ministerios fidedignos. En más de una ocasión he advertido a algún miembro de una iglesia que no diera nada a una organización indigna, sólo para descubrir que de todas maneras envió su ofrenda. Pocos meses más tarde se me acercaba para decirme:

—¡Envié un cheque a la organización tal, y ahora descubro que es un fraude!

—Le advertí que no diera nada —le respondía con gentileza.

—Bueno, pues, el Señor conoce mi corazón, —razonaba. —Aun cuando el dinero fue desperdiciado, ¡me lo acreditarán en el cielo!

El dar de gracia no es dar en forma insensata. Incluso en la iglesia local las personas que manejan los fondos deben estar aptos para ello. Pablo puso mucho cuidado en cómo manejaba el dinero que se le confiaba, porque no quería que se le aplicara la reputación de ser un *ladrón religioso*. Las iglesias que contribuían para la colecta escogían algunos representantes para que viajaran con

Pablo, de modo que todo fuera hecho honradamente, decentemente, y con orden.

En una de las clases de escuela dominical de una iglesia que yo pastoreaba, observé que *un solo* joven recogía la ofrenda, la contaba, la anotaba, y la llevaba a la oficina de la escuela dominical. De manera gentil le indiqué que estaba poniéndose en una posición muy peligrosa para que cualquiera pudiera acusarlo, porque no habría manera de demostrar que estaba manejando el dinero con toda honradez. “Yo tengo plena confianza en ti” le dije, “pero no puedo decir lo mismo de otras personas que tal vez te estén observando y buscando algo para criticar”. En lugar de seguir mi sugerencia, se enojó mucho y dejó la iglesia.

Los hombres y mujeres que se hallan en todo ministerio cristiano, sea iglesia local, organización misionera o reunión de evangelización, debe poseer las siguientes cualidades para manejar el dinero de Dios.

Un deseo dado por Dios para servir (vv. 16,17). Pablo no reclutó a Tito; el joven tenía en su corazón un deseo de ayudar a recoger la ofrenda especial. Muy a menudo en las iglesias locales se nombran para el comité de finanzas hombres y mujeres que no tienen un deseo sincero de servir al Señor de esta manera. Por sobre toda otra cosa, la persona que maneja el dinero del Señor debe tener una buena relación con Dios.

Una pasión por las almas perdidas (v. 18). No sabemos quién era este hermano, pero agradecemos a Dios que tuvo un testimonio de haber hablado del evangelio. Tal vez era un evangelista; por lo menos era conocido en las iglesias como un hombre con pasión por las almas. Los comités de nombramiento de las iglesias locales nominan a los buenos ganadores de almas en el comité de evangelización o en el comité de misiones, y eso está bien; pero algunos de ellos

deben estar en el comité de finanzas o en la junta de síndicos también. ¿Por qué? *Para mantener en orden las prioridades.* He visto comités que aprueban grandes cantidades de dinero para edificios y equipo, pero que no asignan nada de fondos para el ministerio de ganar almas.

Un joven pastor desalentado me pidió consejo un día: — El comité de finanzas de mi iglesia está asustado, — me dijo. — La situación económica los ha hecho tan mezquinos, que no quieren gastar ni un centavo; ¡y tenemos un saldo enorme en el banco!—. Nunca había conocido personalmente a ninguno de estos miembros de comité, pero sí sabía una cosa respecto a ellos: necesitaban interesarse por las almas perdidas.

Un deseo de honrar a Dios (v. 19). Muy a menudo los informes financieros glorifican a la iglesia, o a algún grupo especial de donantes, y no glorifican a Dios. En la iglesia no hay tal cosa como lo secular y lo sagrado, negocios y ministerio. Todo lo que hacemos es sagrado, y forma parte del ministerio en la obra del Señor. Cuando la constitución de la iglesia dice que los diáconos (o ancianos) manejen los asuntos espirituales de la iglesia y que los síndicos manejen los asuntos materiales y financieros, se está haciendo una distinción contraria a la Biblia. *La cosa más espiritual que una iglesia puede hacer es usar su dinero sabiamente para el ministerio espiritual.*

Glorificamos a Dios al usar lo que él nos da de la manera en que él quiere que lo usemos. Si las personas que manejan las finanzas de la iglesia no tienen el interés de glorificar a Dios, pronto estarán usando esos fondos en maneras que deshonran a Dios.

Una reputación de honradez (vv. 20–22). Pablo dijo claramente que estaba plenamente de acuerdo con que hubiera representantes de las iglesias que cooperaban. Quería evitar cualquier acusación. No es suficiente

decir: “Pues, bien, el Señor ve lo que estamos haciendo”. Debemos asegurarnos de que *los hombres* puedan ver lo que estamos haciendo. Me gusta la manera en que J. B. Phillips traduce 2 Corintios 8:21 [en inglés]: “Naturalmente queremos evitar la más ligera insinuación de crítica en la distribución de sus ofrendas, y estar así no solamente a la vista de Dios, sino ante los ojos de los hombres”.

Personalmente, no respaldaría a ningún misionero ni obrero cristiano que no se identificara con algún comité o junta respetable, u organización respetable. Tampoco daría mi ofrenda a ningún ministerio que no sometiera sus libros de contabilidad a una fiscalización y pusiera el informe a disposición de los donantes. No estoy diciendo que todos los obreros cristianos independientes son irresponsables; sino que yo tendría más confianza en su ministerio si estuvieran ligados a alguna junta u organización que supervisara su sostén financiero.

Observa el énfasis de 2 Corintios 8:22 sobre la *diligencia*. Si hay una virtud que se necesita al manejar finanzas, es la diligencia. He oído de tesoreros de iglesias que no mantienen registros al día de las entradas y gastos, y que a última hora preparan los informes anuales con el pretexto de que están demasiado ocupados como para llevar la contabilidad. ¡No deberían entonces haber aceptado el cargo!

Un espíritu de cooperación (vv. 23,24). Tito no sólo tenía un corazón por este ministerio (2 Corintios 8:16), sino que sabía ser un buen *jugador en equipo*. Pablo lo llamó su “compañero” y “colaborador”. Tito no era como el miembro de aquel comité de quien oí que en la primera reunión dijo: “Mientras yo esté en este comité, no habrá aprobación por unanimidad”.

Los comités de finanzas no *son dueños* del dinero; éste le pertenece al Señor. El comité no es sino un mayordomo,

que administra el dinero honrada y cuidadosamente para el servicio del Señor. Observa también que Pablo vio el comité como siervos especiales de *las iglesias*. La recolección de este fondo de ayuda especial era un esfuerzo cooperativo de las iglesias gentiles, y Pablo y los representantes no eran sino “mensajeros” de las iglesias. La palabra griega es *apostolos*, de la cual obtenemos la palabra apóstol, uno enviado con una comisión especial. Estos creyentes dedicados sentían una obligación especial hacia las iglesias para hacer su trabajo honradamente y con éxito.

El dar de gracia es una aventura emocionante. Cuando aprendas a dar “por gracia...por medio de la fe” (así como fuiste salvo, Efesios 2:8,9), empezarás a experimentar la maravillosa liberación de las cosas y de las circunstancias. En lugar de que las *cosas* te posean, empezarás a controlarlas; desarrollarás un nuevo conjunto de valores y prioridades. Ya no medirás más la vida u otras personas a base de dinero o posesiones. Si el dinero es la mejor prueba del éxito, entonces Jesús fue un fracaso, porque fue pobre.

El dar de gracia te enriquece al enriquecer tú a otros.

El dar de gracia te hace más semejante a Jesucristo.
¿Has descubierto el gozo de la gracia de dar?

El dar de gracia—Parte 2

2 Corintios 9

Parece extraño que los creyentes necesitemos estímulos para dar, cuando Dios nos ha dado tanto. Dios había enriquecido a los corintios de una manera maravillosa, y sin embargo ellos vacilaban para compartir con otros lo que tenían. No estaban acostumbrados a la *gracia* de dar, de modo que Pablo tuvo que explicársela. Habiéndoles explicado la gracia de dar, Pablo entonces trató de motivarlos para que participaran en la ofrenda especial; lo hizo dándoles cinco incentivos que se relacionan con la gracia de dar.

Tu ofrenda estimulará a otros (2 Corintios 9:1–5)

Mientras que los creyentes no deben competir entre sí en su servicio a Cristo, sí debemos considerarnos “unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras” (Hebreos 10:24). Cuando vemos lo que Dios está haciendo en y por medio de otros, debemos procurar servirle mejor nosotros mismos. Hay una línea muy fina entre la imitación carnal y la emulación espiritual, y debemos tener cuidado en este sentido. Pero un creyente consagrado puede ser

el medio de estimular a una iglesia y motivar a la gente a orar, trabajar, testificar y dar.

Lo interesante es esto: Pablo se había valido de la consagración de los corintios para estimular a los macedonios; pero ahora se estaba valiendo de los macedonios para incentivar a los corintios. Un año antes los corintios se habían jactado entusiasmados de que participarían en la ofrenda, pero ahora no estaban haciendo nada. Los macedonios habían cumplido su promesa, y Pablo temía que el entusiasmo de él hubiera sido en vano.

Pablo envió a Tito y a otros hermanos a Corinto para estimularlos a participar en la ofrenda. Más importante que el dinero en sí mismo era el beneficio espiritual que recibiría la iglesia al tomar ellos parte en respuesta a la gracia de Dios en su vida. Pablo había escrito a la iglesia anteriormente para decirles cómo debían recoger las contribuciones (1 Corintios 16:1-4), de modo que no había excusa para su dilación. Pablo quería que la contribución estuviera lista cuando llegara su *comité de finanzas*, de modo que no hubiera colectas de último minuto que pudieran parecer como impuestos sobre la iglesia.

¿Qué es lo que quería evitar Pablo? Abochornarse a sí mismo y a la iglesia, si la ofrenda no estaba lista. Porque, después de todo, habría varios representantes de las iglesias de Macedonia en este comité (Hechos 20:4). Pablo había hecho alardes ante los macedonios respecto a los corintios; y ahora temía que esto hubiera sido en vano.

Evidentemente, Pablo no veía nada de malo o falta de espiritualidad al pedirles a las personas que prometieran dar. No les dijo *cuánto* debían prometer, pero sí esperaba que cumplieran su promesa. Cuando una persona solicita un teléfono, promete pagar mensualmente una cantidad determinada. Si es aceptable hacer compromisos

financieros por cosas como teléfonos, automóviles y tarjetas de crédito, ciertamente debería ser aceptable comprometerse para la obra del Señor.

Presta atención a las palabras que Pablo usó al escribir respecto a la ofrenda. Era una “ministración para los santos”, y servicio para otros creyentes. También era una “generosidad” (2 Corintios 9:5). ¿Estaba tal vez Pablo sugiriéndoles que dieran más de lo que habían planeado?

En todo caso, Pablo se cuidó de no poner ninguna presión. Quería que su ofrenda fuera “de generosidad, y no como de exigencia nuestra [como si se les hubiera exprimido]”. Las peticiones de ofrendas que se hacen presionando a las personas, no las podemos clasificar dentro de la gracia de dar.

Nuestro mayor incentivo para la ofrenda es que ella agrada al Señor, pero no hay nada de malo en practicar la clase de dar que estimula a otros a dar. Esto no quiere decir que debemos pregonar lo que hacemos como individuos, porque esa clase de práctica violaría uno de los principios básicos de dar: dar secretamente al Señor (Mateo 6:1–4). Sin embargo, Pablo les estaba escribiendo a *iglesias*; y no tiene nada de malo que las congregaciones anuncien lo que dan colectivamente. Si nuestro motivo es hacer alardes, entonces no estamos practicando la gracia de dar. Pero si nuestro deseo es estimular a otros a participar, entonces la gracia de Dios puede obrar por medio nuestro para ayudar a otros.

Tu ofrenda te bendecirá (2 Corintios 9:6–11)

“Dad, y se os dará”, fue la promesa de nuestro Señor; y todavía sigue siendo verdad (Lucas 6:38). La “medida buena, apretada, remecida y rebozando” que él nos da en retribución no siempre es dinero o bienes materiales,

pero siempre vale mucho más que lo que dimos. Dar no es solamente algo que *hacemos*, sino algo que *somos*. Dar es un modo de vida del creyente que comprende la gracia de Dios. El mundo sencillamente no comprende una afirmación como Proverbios 11:24: “Hay quienes reparten, y les es añadido más; hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza”. En el dar de gracia nuestro motivo no es conseguir algo, pero recibir la bendición de Dios es uno de los beneficios colaterales.

Para que nuestra ofrenda nos bendiga y nos edifique, debemos tener cuidado de seguir los principios que Pablo explica en esta sección.

El principio del incremento: cosechamos en la medida en que sembramos (v. 6). Este principio no necesita mayor explicación, porque lo vemos operar en la vida diaria. El agricultor que siembra mucha semilla tiene mejor posibilidad de una cosecha mayor. El inversionista que deposita una cantidad crecida en el banco ciertamente recibirá mayores dividendos. Mientras más invirtamos en la obra del Señor, más “fruto” abundará a nuestra cuenta (Filipenses 4:10–20).

Cuando nos veamos tentados a olvidarnos de este principio, necesitamos recordarnos que Dios fue generoso al dar. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32). Tanto en la naturaleza como en la gracia, Dios es un Dador generoso; y el que quiere ser santo debe seguir el ejemplo divino.

El principio de la intención: cosechamos según sembramos con los motivos correctos (v. 7). ¡Para el agricultor no hay diferencia! Si eligió una buena semilla e hizo buen tiempo, tendrá una buena cosecha, ya sea que

haya trabajado motivado por las ganas, las ganancias o el orgullo propio. Tampoco importa la manera en que usará el dinero que gane, porque la cosecha no dependerá de este factor.

Sin embargo, en la vida del creyente es diferente: el motivo al dar (o en cualquier otra actividad) es de vital importancia. Nuestro dar debe proceder del corazón, y el motivo en el corazón debe ser agradar a Dios. No debemos ser *dadores tristes* que dan a regañadientes, o *dadores enojados* que dan debido a que tienen que hacerlo (*por necesidad*); sino que debemos ser “dadores alegres” que alegremente comparten lo que tienen porque han experimentado la gracia de Dios. “El ojo misericordioso será bendito, porque dio de su pan al indigente” (Proverbios 22:9).

Si no podemos dar alegremente (la palabra griega nos da el vocablo *hilaridad* en español), entonces debemos abrir nuestro corazón al Señor y pedirle que nos otorgue su gracia. Dios puede bendecir una ofrenda que es dada por obligación, pero no puede bendecir al dador a menos que su corazón tenga la actitud correcta. La gracia de dar quiere decir que Dios bendice al dador tanto como la ofrenda, y que el dador es una bendición para otros.

El principio de lo inmediato: cosechamos incluso mientras estamos sembrando (vv. 8–11). El agricultor tiene que esperar por su cosecha, pero el creyente que practica la gracia de dar empieza a recibir su cosecha inmediatamente. Nuestra ofrenda tiene beneficios a largo alcance, pero también hay bendiciones inmediatas.

Para comenzar, empezamos a participar de la abundante gracia de Dios (2 Corintios 9:8). Los principios que encontramos en este versículo son impresionantes: *toda gracia, siempre, en todas las cosas, toda buena obra.*

Esto no quiere decir que Dios hace rico a los creyentes en cosas materiales; pero sí significa que el creyente que practica la gracia de dar siempre tendrá lo que necesita cuando lo necesita. Es más, la gracia de Dios lo enriquece moral y espiritualmente para que su carácter cristiano se desarrolle y crezca. El andar y obrar del creyente, depende totalmente de la suficiencia de Dios.

Es alarmante ver cuántos creyentes hoy dependen totalmente de otros para sus recursos espirituales. Hay predicadores que no pueden preparar sermones a menos que los tomen prestados de libros o de cassettes. Hay líderes de iglesias que se quedan perplejos sin saber qué hacer con algún problema a menos que pidan consejo por teléfono a dos o tres predicadores de renombre. Demasiados miembros de las iglesias tienen que consultar a su pastor una vez por semana o de lo contrario se “deshacen” espiritualmente.

La palabra “suficiente” quiere decir *contar con los recursos adecuados* (ve Filipenses 4:11). Por medio de Jesucristo podemos tener lo adecuado para satisfacer las demandas de la vida. Es cierto que como creyentes, necesitamos ayudarnos y estimularnos unos a otros; pero no debemos depender de otros. Nuestra dependencia debe ser en el Señor. Sólo él puede darnos esa “fuente de agua” que nos capacita para la vida (Juan. 4:14).

No sólo somos partícipes de la gracia de Dios, sino que también participamos de su justicia (2 Corintios 9:9). Pablo citó el Salmo 112:9 para afirmar este concepto. Ese salmo describe al justo que no tiene temor porque su corazón es sincero y obediente al Señor. Pablo no sugiere que nos *ganamos* nuestra justicia al dar la ofrenda, porque la única manera de conseguir la justicia es por la fe en Cristo Jesús. Sin embargo, si nuestra intención es buena,

Dios edificará en nosotros un carácter recto, porque la gracia de dar edifica el carácter del creyente.

Cosechamos lo que sembramos, y tenemos parte en el milagro de Dios. Vemos como él multiplica lo que damos y hacemos (2 Corintios 9:10). El agricultor tiene que decidir cuánta semilla necesita guardar para comer, y cuánta debe sembrar. Si la cosecha ha sido escasa, habrá menos grano disponible tanto para comer como para sembrar. Pero el creyente que cree en el dar de gracia jamás tiene que preocuparse por esta decisión: Dios suple todo lo que necesita. Siempre hay “pan” espiritual y material para comer y “semilla” espiritual y material para sembrar.

Pablo se refirió aquí a Isaías 5:10,11, un pasaje que usa las palabras “semilla” y “pan” para referirse tanto a la Palabra de Dios y a la cosecha literal en el campo. En la vida cristiana no hay cosa tal como lo secular y lo sagrado. La ofrenda monetaria es tan espiritual como un acto de cantar un himno o de repartir un tratado evangélico. *El dinero es semilla*. Si damos de acuerdo a los principios de la gracia, se multiplicará para la gloria de Dios y suplirá muchas necesidades. Si la usamos de maneras diferentes a los deseos de Dios, la cosecha será pobre.

Finalmente, al sembrar somos enriquecidos y enriquecemos a otros (2 Corintios 9:11). El agricultor recibe de inmediato beneficios físicos al trabajar en su campo, pero tiene que esperar la cosecha. El creyente que está motivado por la gracia cosecha las bendiciones del enriquecimiento personal en su propia vida y carácter, y este enriquecimiento beneficia a otros. El resultado final es la gloria para Dios, mostrado en el agradecimiento que otros le dan. Pablo recalcó que la gracia de dar no nos da

crédito a nosotros; produce acciones de gracias a Dios. Nosotros somos los canales por medio de los cuales Dios obra para suplir las necesidades de otros.

Pero el versículo 11 enseña otra verdad: Dios nos enriquece para que nosotros podamos dar aun más abundantemente. Uno de los gozos del dar de gracia es el gozo de dar más y más. Todo lo que tenemos, no solamente nuestro ingreso monetario, le pertenece a Dios, es dado por Dios, y es usado por Dios para realizar su obra. Nosotros somos enriquecidos en todo porque compartimos todo con él y con otros.

Como pastor, he observado a los jóvenes creyentes aferrarse a estos principios de la gracia de dar, y empezar a crecer. Ha sido un gran gozo verles confiar en Dios al ser motivados por gracia para dar sus ofrendas. Al mismo tiempo he visto a otros creyentes no tomar en serio estos principios y gradualmente empobrecerse. Algunos de ellos han “prosperado” financieramente, pero sus ingresos fueron su ruina; no los enriquecieron. Recibieron su recompensa, pero perdieron sus oportunidades para el enriquecimiento espiritual.

La gracia de dar significa que realmente creemos que Dios es el gran Dador, y nosotros usamos nuestros recursos materiales y espirituales de acuerdo a eso. ¡Simplemente no podemos dar más que Dios!

Tu ofrenda suplirá necesidades (2 Corintios 9:12)

Pablo introdujo una nueva palabra para la ofrenda: “servicio”. Significa *servicio sacerdotal*, de modo que una vez más Pablo elevó la ofrenda al más alto nivel posible. Vio esta colecta como un sacrificio espiritual presentado a Dios, de la manera en que un sacerdote presenta un costoso sacrificio sobre el altar.

Los creyentes ya no traen animales como sacrificios a Dios, porque la obra de Cristo en la cruz acabó con el sistema levítico (Hebreos 10:1–14). Pero las ofrendas materiales que traemos al Señor se convierten en “sacrificios espirituales” si se las dan en el nombre de Jesús (Filipenses 4:10–20; Hebreos 13:15,16; 1 Pedro 2:5).

Pero el énfasis en 2 Corintios 9:12 está en el hecho de que sus ofrendas suplirían las necesidades de los creyentes pobres en Judea. “Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunde en muchas acciones de gracias a Dios” (2 Corintios 9:12). Los creyentes gentiles podían haber dado toda una serie de excusas para no dar. “No es nuestra culpa si ellos sufren una hambruna y son pobres”, podría haber sido una de ellas. O, “las iglesias más cerca a Judea deberían darles ayuda”. O, “creemos en dar, pero pensamos que debemos atender primero a los nuestros”.

Cuando el creyente empieza a pensar en excusas para no dar, automáticamente se coloca fuera de la esfera de la gracia de dar. *La gracia jamás busca una razón; sólo busca una oportunidad.* Si hay una necesidad que satisfacer, el creyente controlado por la gracia hará lo que pueda para suplirla.

“Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10). Pablo amonestó a los creyentes acaudalados “Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos” (1 Timoteo 6:18). La mayoría de nosotros no nos consideraríamos ricos, pero el resto del mundo lo hace.

Sin embargo, *nosotros* no somos los que recibimos la gloria; es el Señor el que es glorificado (Mateo 5:16). Muchas personas darán gracias a Dios debido a nuestra participación para suplir sus necesidades. Tal vez nosotros

no oigamos las acciones de gracias en la tierra hoy, pero las oiremos en el cielo cuando la iglesia sea reunida.

Puede ser provechoso aquí observar el uso que Pablo hace del concepto *abundancia* al escribir esta carta. Abrió su carta con abundante sufrimiento que fue emparejado con abundante consolación (2 Corintios 1:5). También mencionó abundante gracia (2 Corintios 4:15) y abundante gozo y generosidad (2 Corintios 8:2). Debido a la abundante gracia de Dios, podemos abundar siempre en toda buena obra (2 Corintios 9:8). El apóstol vio la vida cristiana como una vida de abundancia, porque Jesucristo puede hacernos aptos para toda situación.

Nuestra ofrenda debe proveer para las necesidades, no dar subsidio a lujos. Hay necesidades que tienen que ser satisfechas, y nuestros limitados recursos no deben desperdiciarse. Es cierto que la necesidad en sí misma no es la única razón para dar, porque siempre hay más necesidades de las que cualquier creyente o iglesia puede atender; pero la necesidad es importante. Algunas necesidades son más grandes que otras, y algunas necesidades son más estratégicas que otras. Necesitamos información precisa tanto como iluminación espiritual al tratar de satisfacer las muchas necesidades que nos apremian hoy.

Tu ofrenda glorificará a Dios (2 Corintios 9:13)

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres”, dijo nuestro Señor, “para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). Esta es una de las cosas hermosas de la ofrenda en la iglesia: ningún individuo recibe la gloria que le pertenece sólo a Dios.

¿Darían gracias los creyentes judíos? Por supuesto, alabarían al Señor por la generosidad de las iglesias

gentiles al suplir para sus necesidades materiales y físicas. Pero también alabarían a Dios por la sumisión espiritual de los gentiles, su obediencia al Espíritu de Dios quien les dio el deseo de dar. Dirían: “Esos gentiles no sólo predicán el evangelio, ¡sino que también lo practican!”

La breve frase “para todos” al final de este versículo (2 Corintios 9:13) es significativa. Los creyentes judíos también darían gracias de que *otros* estaban también recibiendo la ayuda de parte de las iglesias gentiles. Cada congregación pequeña que recibió ayuda estaría agradecida por esa ayuda y por la ayuda que se estaba dando a otros. En lugar de decir: “¿Por qué no *nos* dieron más?” alabarían a Dios de que otros necesitados también estaban recibiendo ayuda. Esa es la manera en que funciona el dar de gracia.

Tal vez sería bueno que nuestras iglesias hicieran un inventario para ver si alguien está dando gracias a Dios por nuestra obediencia y generosidad. Ni el celo evangelizador ni la adoración pueden compensar las oportunidades perdidas de servicio a otros y de suplir para sus necesidades prácticas. No es asunto de escoger el uno e ignorar el otro. Para que nuestra luz brille reluciente y firme debe haber un equilibrio entre proclamar el evangelio y suplir necesidades prácticas. Bien se ha dicho que es difícil predicarle el evangelio a un hombre con hambre (Santiago 2:15,16).

Recuerdo haber leído acerca de un creyente pudiente que diariamente, durante las devociones familiares, oraba por las necesidades de los misioneros que su iglesia sostenía. Una mañana, después de haber concluido las oraciones familiares, su hijo le dijo: “Papá, ¡si yo tuviera tu chequera, podría contestar tus oraciones!” Un muchachito con discernimiento, en verdad.

Tu ofrenda unirá al pueblo de Dios (2 Corintios 9:14,15)

Esto, por supuesto, era uno de los principales propósitos que Pablo tenía en el corazón cuando lanzó el reto a las iglesias gentiles para que ayudaran a los creyentes judíos. Los legalistas extremos en la iglesia habían acusado a Pablo de ser antijudío y antilevítico. Las iglesias gentiles se hallaban distante de la iglesia madre en Jerusalén, tanto en distancia como en cultura. Pablo quería prevenir una división en la iglesia, y la ofrenda de auxilio era una parte de ese programa de prevención.

¿De qué maneras ligaría más estrechamente esta ofrenda a las congregaciones judías y a las gentiles? Por un lado, la ofrenda era una expresión de amor. Los gentiles no tenían la obligación de dar (aun cuando Pablo veía la ofrenda como el pago de una deuda espiritual, Romanos 15:25–27), pero lo hicieron debido a la gracia de Dios. Los judíos, a su vez, se sentirían ligados a sus hermanos y hermanas gentiles.

Otro vínculo espiritual sería la oración. “Asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros” (2 Corintios 9:14). ¿Estaban las iglesias gentiles *comprando* el respaldo en oración de parte de las iglesias judías? ¡De ninguna manera! Pablo veía una expresión espontánea de amor, alabanza y oración al repartir la ofrenda en Judea.

He tenido la experiencia de visitar varios campos misioneros y oír a los creyentes decir: “Estamos orando por usted”. Recuerdo mi conversación con un creyente de Europa oriental quien dijo: “Estamos orando por ustedes en los Estados Unidos de Norte América, porque, de varias maneras, a ustedes les es más difícil

que a nosotros ser creyentes espirituales”. Le pedí que me lo explicara, y él sonrió y dijo: “Ustedes llevan vidas relativamente fáciles, y la comodidad es enemiga de la vida espiritual. En Europa oriental nosotros sabemos quiénes son nuestros enemigos, y sabemos quiénes son nuestros amigos. Allí donde usted vive, es fácil ser engañado. Sí, estamos orando por ustedes”.

Tanto las iglesias judías como las gentiles se acercarían más a Jesucristo. “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Corintios 9:15). En Jesucristo se borran todas las distinciones humanas, y ya no nos vemos como judíos o gentiles, ricos o pobres, dadores o los que reciben. “Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Es triste cuando nuestro ofrendar llega a ser un sustituto de nuestro vivir. Un oficial de una iglesia una vez se quejó: “Le daré todo el dinero que quiera para misiones. Pero sencillamente ¡no me obligue a escuchar a un misionero!” Cuando un creyente practica la gracia de dar, su dinero no es sustituto ni para su preocupación ni para su servicio. El se da primeramente a sí mismo al Señor (2 Corintios 8:5), y luego da de lo que tiene. Su ofrenda es un símbolo, por así decirlo, de la rendición de su corazón. No puedes separar la ofrenda del dador cuando la ofrenda es motivada por la gracia de Dios.

Sugiero que leas 2 Corintios 8 y 9 de nuevo, y que observes el énfasis sobre la gracia de Dios. Si nuestras iglesias y otros ministerios volvieran a la gracia de dar, habría menos presión al solicitar ofrendas, menos artimañas para levantar fondos, y menos quejas de parte del pueblo de Dios. En lugar de todo eso habría abundante dinero disponible para los ministerios que realmente magnifican la gracia de Dios. ¡Y pienso que los inconversos del mundo se darían cuenta!

108 Animados en Cristo

Tú y yo somos salvos debido a que Dios creía en la gracia de dar.

¿Cuánto creemos *nosotros* en la gracia de dar?

El pastorado malentendido

2 Corintios 10

Cuando recibo una carta con la crítica de algún lector o de un radio oyente, por lo general la coloco en una carpeta especial hasta que me siento capaz para contestarla. En unas pocas ocasiones he contestado cartas demasiado pronto, y lo he lamentado. Al esperar me doy tiempo para pensar, orar, *leer entre líneas*, y preparar una respuesta que sea de provecho, y que no cause daño.

El Espíritu guió a Pablo a usar un método sabio al escribir a los corintios. Estaba escribiéndole a una iglesia dividida (1 Corintios 1:11 en adelante), una iglesia que resistía su autoridad, y que estaba siendo seducida por los maestros falsos. De modo que primero explicó su ministerio para que ellos no tuvieran más dudas en cuanto a su sinceridad. Les animó a participar en la ofrenda, porque sabía que este reto les ayudaría a crecer en su vida espiritual. El dar de gracia y el vivir por gracia van juntos.

En la última sección de la carta, Pablo lanza un desafío a los rebeldes en la iglesia, incluyendo a los falsos maestros, y defiende su ministerio apostólico. Al leer 2 Corintios 10—13,

hallarás que Pablo se refiere directamente a sus acusadores (2 Corintios 10:7,10–12; 11:4,20–23, por ejemplo) y contesta a sus falsas acusaciones. No oculta el hecho de que los judaizantes en la iglesia eran servidores de Satanás, que quería destruir la obra de Dios (2 Corintios 11:12–15).

En 2 Corintios 10–13 Pablo usó veinte veces la palabra que se traduce *gloriarse* [en algunas de las citas tiene la idea de *jactarse*]. Al leer por primera vez estos capítulos uno recibe la impresión de que Pablo estaba jactándose respecto a sí mismo; pero no es ese el caso. Pablo *se gloriaba en Jesucristo*, no en sí mismo ni en sus logros (Romanos 5:11; Gálatas 6:14; Filipenses 3:3). Se jactó ante otros respecto a los corintios, pero parecía que su jactancia había sido en vano (2 Corintios 7:4,14; 8:24).

Ten presente que Pablo no estaba defendiéndose a sí mismo; estaba defendiendo su ministerio y su autoridad apostólica. No estaba enredado en una “competencia personal” con otros ministros. Sus enemigos no vacilaban en acusarle falsamente, ni tampoco vacilaban en promoverse a sí mismos (2 Corintios 11:12). Era la actitud mundanal de los corintios lo que *obligó* a Pablo a defenderse recordándoles su vida y ministerio. Pablo nunca titubeó en hablar de Jesucristo, pero rehusaba hablar de sí mismo, a menos que tuviera buenas razones para hacerlo.

Finalmente, cuando Pablo en efecto *se jactó*, se limitó al ministerio que Dios le había dado (2 Corintios 10:13), y entonces enfatizó sus *sufrimientos*, y no sus éxitos. Cuando esta carta fue leída en la asamblea en Corinto, debe haber traído vergüenza a los corazones de los que habían criticado a Pablo, y debe haber hecho que los judaizantes se vieran como necios.

El primer paso de Pablo para defender su ministerio fue corregir los malos entendidos que la gente tenía con

referencia a su obra. Ellos no comprendían tres aspectos importantes de su ministerio.

Cómo librar la batalla espiritual (2 Corintios 10:1–6)

La acusación (v. 2). Los rebeldes en la iglesia (encabezados por los judaizantes) decían que Pablo era muy valiente cuando escribía cartas a la distancia, pero muy tímido e incluso débil cuando estaba presente entre los corintios (ve también 2 Corintios 10:9–11). Los judaizantes, por supuesto, trataban de imponer sus costumbres, y a la gente les gustaba eso (2 Corintios 11:20). La “cambiante” manera de vida de Pablo era paralela a su método de “sí y no” de hacer promesas (2 Corintios 1:15–20).

Cuando Pablo fundó la iglesia en Corinto su propósito fue exaltar a Cristo y no a sí mismo (1 Corintios 2:1–5). Toda persona que nace de nuevo comienza a crecer en Cristo según el ambiente de su iglesia. Si nacen en una atmósfera de liderazgo dictatorial, crecerán dependiendo de la sabiduría y la visión humanas. Si nacen en una atmósfera de humildad y amor, aprenderán a depender del Señor. Pablo quería que los conversos confiaran en el Señor, no en el siervo; de modo que deliberadamente restaba importancia a su autoridad y capacidad.

Cuán ignorantes se mostraban los corintios, incluso después de que Pablo los había instruido. No se daban cuenta de que el verdadero poder espiritual está en la “mansedumbre y ternura” (2 Corintios 10:1), no en darse importancia a sí mismo. La misma actitud de apertura que Pablo demuestra en estos versículos desarma a sus opositores. (A decir verdad, el uso de su propio nombre es significativo; por cuanto “Pablo” quiere decir *pequeño*.) Si Pablo era un débil, entonces también lo era Jesucristo; porque Jesús demostró mansedumbre y ternura (Mateo 11:29). Sin

embargo, nuestro Señor también podía ser severo e incluso colérico cuando la ocasión lo exigía (Mateo 15:1–20; 23:13–33; Marcos 11:15–17; Juan 2:13–16). Pablo les advirtió con amor: “Por favor, ¡no me obliguen a ir y a mostrarles cuán firme puedo ser!”

La respuesta (vv. 3–6). Pablo explica aquí que la batalla es espiritual. Debido a que los corintios (guiados por los falsos maestros) juzgaban el ministerio de Pablo por las apariencias externas, se equivocaron. Estaban evaluando las cosas “según la carne” (2 Corintios 10:2) y no según el Espíritu. Los judaizantes, como algunos grandes personajes religiosos de hoy, impresionaban a la gente con sus aptitudes, sus poderes de oratoria, y sus recomendaciones de los líderes de las iglesias.

Pablo usó un método diferente; porque, aun cuando era tan humano como cualquiera, no dependía de las armas humanas, sino de las divinas y espirituales que el Señor proveía. Su batalla no era según la carne, porque no estaban luchando contra sangre y carne (Efesios 6:10 en adelante). No puedes librar una batalla espiritual con armas carnales.

La palabra “milicia” en 2 Corintios 10:4 significa *campaña militar*. Pablo no estaba simplemente librando una escaramuza en Corinto; el ataque del enemigo era parte de una gran campaña satánica. Los poderes del infierno todavía están tratando de destruir la obra de Dios (Mateo 16:18), y es importante que no cedamos ningún territorio al enemigo, ¡ni siquiera una iglesia!

Hay murallas de resistencia en la mente de las personas, y estas murallas (como las de Jericó) deben ser derribadas. ¿Cuáles son estas murallas mentales? Razonamientos que se oponen a la verdad de la Palabra de Dios. El orgullo de la inteligencia que se exalta a sí misma. Pablo no estaba

atacando a la inteligencia, sino al intelectualismo, la actitud arrogante y altivez que hace que la gente piense que sabe más de lo que realmente sabe (Romanos 12:16). Pablo había enfrentado la “sabiduría de los hombres” cuando fundó la iglesia (1 Corintios 1:18 en adelante), y ésta había aflorado de nuevo con la llegada de los judaizantes.

La actitud de humildad de Pablo era en realidad una de sus más poderosas armas, porque el orgullo cae directamente en las manos de Satanás. El manso Hijo de Dios tenía más poder que Pilato (ve Juan 19:11), y lo demostró. Pablo usaba armas espirituales para derribar a la oposición: la oración, la Palabra de Dios, el amor y el poder del Espíritu obrando en su vida. No dependía de personalidad, capacidades humanas, ni siquiera de la autoridad que tenía como apóstol. Sin embargo, estaba listo para castigar a los ofensores, si fuera necesario, una vez que la congregación se hubiera sometido al Señor.

Muchos creyentes hoy no se dan cuenta que la iglesia está peleando una batalla, y los que realmente comprenden la seriedad de la batalla cristiana no siempre saben cómo librarla. Tratan de usar métodos humanos para derrotar a las fuerzas diabólicas, y estos métodos están condenados a fracasar. Cuando Josué y su ejército marcharon alrededor de Jericó por una semana, los espectadores pensaban que estaban locos. Cuando los judíos confiaron en Dios y obedecieron las órdenes, derribaron las enormes murallas y conquistaron al enemigo (Josué 6:1–20).

Cuando pastoreaba en Chicago me reunía semanalmente con tres pastores amigos, y juntos nos uníamos en una *guerra de oración*. Reclamábamos las promesas de Dios de derribar los argumentos equivocados que evitaban que la gente se rindiera a Dios; y Dios hizo grandes cosas en la

114 Animados en Cristo

vida de muchas personas por las cuales intercedimos. Una vez que las murallas de la mente han sido derribadas, la puerta del corazón puede abrirse.

Cómo usar la autoridad espiritual (2 Corintios 10:7–11)

Una de las lecciones más difíciles que los discípulos de Cristo tuvieron que aprender fue que, en el reino de Dios, la posición y el poder no eran evidencia de autoridad. Jesús advirtió a sus seguidores a no modelar su liderazgo según la idea de los gentiles, a quienes les encanta *enseñorearse* sobre otros y actuar como si fueran importantes (ve Marcos 10:35–45). El ejemplo que debemos seguir es el de Jesucristo, quien vino como siervo y ministró a otros. Pablo siguió ese ejemplo.

Pero los corintios no tenían una mente espiritual como para discernir lo que Pablo estaba haciendo. Contrastaban su mansedumbre con la *personalidad poderosa* de los judaizantes, y concluían que Pablo no tenía ninguna autoridad. Con seguridad escribía cartas poderosas, pero su apariencia física era débil, y su palabra *menospreciable*. Juzgaban la apariencia externa y no estaban ejerciendo discernimiento espiritual.

Algunos amigos y yo una vez escuchamos predicar a un hombre cuyo sermón estaba lleno por completo de palabras altisonantes, una cita ocasional de la Biblia (muchas veces fuera de contexto), y muchas referencias a los eventos mundiales y a las señales de los tiempos. Al salir de la reunión uno de mis amigos comentó: “El primer libro de Reyes 19:11 describe perfectamente ese espectáculo: ‘Jehová no estaba en el viento’”. Sin embargo, la mayoría de los oyentes decían que había sido el más maravilloso sermón que jamás habían oído. Dudo seriamente que diez minutos más tarde alguno de

ellos recordaría alguna cosa en concreto de lo que aquel predicador dijo.

Pablo no negaba que tenía autoridad, pero rehusaba ejercerla de una manera no espiritual. El propósito de su autoridad era edificarlos, no destruirlos; y se requiere mucha más habilidad para edificar que para destruir. Todavía más, se requiere amor para edificar (1 Corintios 8:1); y los corintios interpretaron el amor y la mansedumbre de Pablo como una señal de debilidad.

La diferencia entre Pablo y los judaizantes era ésta: Pablo usaba su autoridad para edificar la iglesia, mientras que los judaizantes usaban la iglesia para establecer su autoridad.

En los muchos años de ministerio pastoral y ministerio itinerante nunca he dejado de asombrarme por la manera en que algunas iglesias locales tratan a sus pastores. Si el hombre muestra amor y verdadera humildad, resisten su liderazgo hasta partirse el corazón. El próximo pastor será un dictador que maneja la iglesia; y logra lo que quiere. ¡Y la gente se siente encantada y se jacta de él! A nuestro Señor le trataron de la misma manera, de modo que no debería sorprendernos.

Los opositores en la iglesia acusaban a Pablo de no ser apóstol; porque si fuera un verdadero apóstol lo hubiera demostrado usando su autoridad. Por otro lado, si Pablo se hubiera dado mucha importancia, le habrían acusado por eso. Sin que importara lo que Pablo hiciera, ellos estaban listos para condenarlo. Esto es lo que siempre ocurre cuando los miembros de la iglesia no tienen una mente espiritual, sino que evalúan el ministerio desde un punto de vista mundano.

Pero su acusación fue un tiro por la culata. Si Pablo no era un apóstol, entonces era un impostor y ni siquiera un creyente. Si eso era verdad, entonces la iglesia en

Corinto no era una verdadera iglesia. Pablo ya había aclarado que nadie podía separar su ministerio de su vida personal (2 Corintios 1:12-14). Si era un engañador, ¡entonces los corintios habían sido engañados!

Pablo también recalcó que no había contradicción entre su predicación y sus escritos. Era firme en sus cartas porque eso era lo necesario en ese momento. Cuánto le habría gustado poder escribir con más gentileza. Pero no hubiera logrado el propósito deseado. Y, aun cuando escribió cartas “duras y fuertes”, las escribió con un corazón lleno de amor. Como si estuviera diciendo, “es mejor que se preparen para mi próxima visita, porque de ser necesario, les mostraré cuán poderoso puedo ser”.

La manera en que un creyente usa su autoridad es evidencia de su madurez y carácter espiritual. Una persona inmadura *se infla* al usar su autoridad, pero una persona madura *crece* al usar la autoridad, y otros crecen a la misma medida. El pastor sabio, así como el padre sabio, sabe cuándo esperar con paciencia amorosa y cuándo actuar con poder decidido. Exige más poder esperar que golpear. Una persona madura no usa su autoridad para *exigir* respeto, sino para *inspirar* respeto. Los líderes maduros sufren mientras esperan para actuar, mientras que los líderes inmaduros actúan impetuosamente y hacen a sufrir a otros.

Los falsos maestros dependían para su autoridad de las cartas de recomendación, pero Pablo tenía una comisión divina del cielo. La vida que vivió y el trabajo que hizo eran credenciales suficientes, porque era evidente que la mano de Dios estaba en su vida. Pablo podía atreverse a escribir: “De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gálatas 6:17).

Cuando mi esposa y yo hemos ido a Inglaterra para predicar, siempre hemos tratado de arreglar nuestro

itinerario de modo que podamos detenernos para visitar Londres. Disfrutamos de una manera especial ir de compras a los almacenes Selfridge y Harrod, los más conocidos en Londres. H. Gordon Selfridge, quien estableció los almacenes que llevan su nombre, siempre sostenía que tuvo éxito porque fue un líder y no un jefe. El líder dice: ¡Vamos!, mientras que el jefe dice: ¡Anda! El jefe *sabe* cómo se hace, pero el líder *muestra* cómo se hace. El jefe inspira temor; el líder inspira entusiasmo basado en el respeto y la buena voluntad. El jefe busca a quién *echar la culpa* por lo que sale mal, mientras que el verdadero líder busca cómo arreglar lo que sale mal. El jefe persiste en decir: “Yo”, mientras que el líder dice: “Nosotros”. La filosofía de administración del Sr. Selfridge concuerda con la filosofía de Pablo en cuanto al liderazgo.

Cómo medir el ministerio espiritual (2 Corintios 10:12–18)

Supongo que más problemas han sido causados por personas que evalúan el éxito del ministerio que por cualquier otra actividad en la iglesia. Si la obra de la iglesia es la obra de Dios, y si la obra de Dios es un milagro, ¿cómo medimos un milagro? En su examen personal de las siete iglesias mencionadas en Apocalipsis 2–3, el Señor Jesús las midió en forma completamente diferente de cómo se medían a sí mismas. A la iglesia que pensaba ser pobre, él la consideraba rica; y a la iglesia que se jactaba de su riqueza, la declaró ser pobre (Apocalipsis 2:8–11; 3:14–22).

Algunas personas evalúan el ministerio sólo por las estadísticas. Aun cuando es cierto que la iglesia primitiva en efecto tomó nota de los números (Hechos 2:41; 4:4), es también verdad que unirse a la iglesia en aquel tiempo

era mucho más difícil (y peligroso) (Hechos 5:13). Hace algunos años una de las denominaciones más grandes de los Estados Unidos tenía como lema: “Un millón más en 1964, y cada uno un diezmero”. Oía uno de sus predicadores más destacados comentar: “Si conseguimos un millón más como el último millón, ¡qué Dios nos ayude!” La cantidad no es garantía de calidad.

Medida falsa (v. 12). Los judaizantes eran buenos para medir su ministerio, porque una religión de actividades externas es mucho más fácil de medir que la que procura transformación interna. Los legalistas pueden medir lo que hacen y lo que no hacen, pero el Señor es el único que puede ver el crecimiento espiritual en el corazón del creyente. Algunas veces aquellos que más están creciendo sienten que son “menos que el más pequeño”.

En cierto sentido los judaizantes establecían sus propias normas y medían a todo según ellas. Por supuesto, los que están dentro del grupo tenían éxito; los que estaban fuera fracasaban. Pablo era uno de los que estaban fuera, de modo que se le consideraba un fracaso. Desafortunadamente, no se medían según Jesucristo (ve Efesios 4:12–16). Si lo hubieran hecho, se habría notado gran diferencia.

La verdadera medida (vv. 13–18). Pablo sugiere que nos hagamos tres preguntas cuando se trata de evaluar nuestros ministerios de acuerdo a la voluntad de Dios.

¿Estoy dónde Dios quiere que esté? (vv. 13,14). Dios asignó el campo en donde Pablo debía trabajar: debía ser el apóstol de los gentiles (Hechos 9:15; 22:21; Efesios 3). También debía ir a donde ningún otro apóstol había ministrado; debía ser un predicador pionero a los gentiles.

Pablo usó un poco de *sarcasmo santo* en su defensa. Como si estuviera diciendo: “El área que Dios me asignó

les incluyó a ustedes, los corintios” (ve 2 Corintios 10:13). No fueron los judaizantes los que habían llegado a Corinto con el evangelio. Ellos, como los sectarios de hoy, llegaron a la escena solamente después de que la iglesia ya había sido establecida (Romanos 15:15–22).

Las iglesias y los ministros no están compitiendo entre sí. Dios no va a medirnos a base de los talentos y oportunidades que les dio a Charles Spurgeon o Billy Sunday. El va a medir mi trabajo por lo que él me asignó a mí. Dios requiere por sobre todas las cosas, fidelidad (1 Corintios 4:2).

A veces es desalentador asistir a una convención de alguna denominación o conferencia de pastores, porque los oradores son usualmente los que van a la cabeza con las mejores estadísticas. Esto hace que los pastores que trabajan en áreas no muy populares se desalienten porque su trabajo fiel parece no producir tanto fruto. Algunos de estos desalentados hombres tratan de implementar toda clase de programas y promociones, pero sólo consiguen más desaliento; y entonces contemplan abandonar el ministerio. Si tan solo se percataran de que Dios mide su ministerio a base del lugar en dónde él los puso, y no a base de lo que está ocurriendo en alguna otra ciudad, se sentirían más animados a permanecer allí y seguir siendo fieles.

¿Glorifico a Dios con mi ministerio? (vv. 15–17). Otra acusación contra los judaizantes era que se robaban los conversos de otros hombres y aducían que eran suyos. Pablo no se jactaría del trabajo de otro, ni tampoco invadiría el territorio de otro. Cualquier obra que hizo, Dios la hizo por medio de él, y sólo Dios debía recibir la gloria.

Una vez oí a un hombre dictar una conferencia sobre cómo levantar una escuela dominical muy grande. Todo

lo que dijo en la conferencia estaba bien y ciertamente ha resultado en algunos ministerios numerosos en los Estados Unidos. El único problema era que *el hombre jamás había levantado una escuela dominical grande*. Había visitado algunos de los ministerios más numerosos, entrevistado a los pastores y otros del personal de la iglesia, y había desarrollado su conferencia. Después de que concluyó su discurso la gente se apiñaba a su alrededor haciéndole preguntas y consiguiendo su autógrafo. Dio la casualidad de que yo estaba al lado de un pastor que había edificado una de las mejores iglesias en los Estados Unidos, y a la vez una de las más numerosas.

—Esas personas deberían estar hablando contigo, —le dije. —Tú lo has hecho y sabes más acerca de la escuela dominical que lo que él sabe.

—Déjale que lo disfrute, —dijo mi amigo con una sonrisa amable. —Todos estamos haciendo el mismo trabajo, y todo lo que cuenta es que Dios sea glorificado.

Pablo añadió otro poco de ironía santa cuando les dijo a los corintios que lo único que le había impedido ir a “los lugares más allá” era la propia falta de fe de ellos. Si ellos se hubieran sometido a su liderazgo y hubieran sido obedientes a la Palabra, él habría podido alcanzar a otras almas perdidas; pero ellos le ocasionaron tantos problemas que él había tenido que tomar tiempo de su evangelización misionera para resolver los problemas en la iglesia. “Yo tendría mejores estadísticas que informar”, estaba diciendo, “pero ustedes me lo han impedido”.

En 2 Corintios 10:17 Pablo citó a Jeremías 9:24, una afirmación que también mencionó en 1 Corintios 1:31. Los corintios tenían la tendencia de gloriarse en los hombres, especialmente ahora que los judaizantes se habían apoderado de la iglesia. Cuando los corintios

oyeron los informes de lo que estos maestros habían hecho y vieron las cartas de recomendación que llevaban, la iglesia se volvió loca con ellos. Como resultado, Pablo y su ministerio parecían insignificantes y fracasados.

Pero la prueba final no tiene lugar cuando se publican los informes para la reunión anual. La prueba final viene en el tribunal de Cristo, “entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Corintios 4:5). Si los hombres reciben la gloria, entonces Dios no puede ser glorificado. “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (Isaías 42:8).

Esto no quiere decir que los ministerios de renombre están robándole a Dios la gloria. Al crecer y llevar mucho fruto damos gloria al Padre (Juan 15:1–8). Debemos reconocer que dicho fruto procede de la vida espiritual y no de resultados que aparecen cuando manipulamos a las personas y fabricamos estadísticas.

¿El Señor elogia mi trabajo? (v.18). Podemos elogiar-nos a nosotros mismos o dejar que otros nos elogien, y sin embargo no recibir elogio de Dios. ¿Cómo aprueba Dios nuestro trabajo? Probándolo. La palabra “aprobado” en el versículo 18 significa *aprobar mediante prueba*. Hay una prueba futura ante el tribunal de Cristo (1 Corintios 3:10 en adelante), pero también hay una prueba presente del trabajo que hacemos. Dios permite que las dificultades sobrevengan a las iglesias locales para poder probar el trabajo y aprobarlo.

A través de los años he visto ministerios que han pasado por pruebas tales como: pérdidas financieras, invasión de falsas doctrinas, surgimiento de líderes arrogantes que querían manejar la iglesia, y el desafío del cambio. Algunas de las iglesias se desbarataron y casi murieron,

122 Animados en Cristo

porque la obra no era espiritual. Otros ministerios han crecido debido a las pruebas y se han purificado y son más fuertes, y, en todo eso, Dios ha sido glorificado.

Por supuesto que se debe llevar registros y emitir informes, pero no debemos caer en la trampa de las estadísticas, y pensar que los números son la única medida del ministerio. Cada situación es única, y ningún ministerio puede ser evaluado honradamente a base de algún otro ministerio. Lo importante es que estemos donde Dios quiere que estemos, haciendo lo que él quiere que hagamos para que su nombre sea glorificado. Dios mide nuestro trabajo por nuestra motivación tanto como por el crecimiento de la obra. Si estamos procurando glorificar y agradecer a Dios solamente, y si no tenemos temor de que él evalúe nuestro corazón y nuestra vida, no tenemos por qué temer de la opinión de los hombres o sus críticas.

“Mas el que se gloria, gloriése en el Señor”
(2 Corintios 10:17).

El Padre sabe lo que es mejor

2 Corintios 11

Si fueras un ministro del evangelio, ¿cómo harías para convencer a la gente de tu congregación de que realmente los amas?

Este fue el problema que Pablo enfrentó al escribir esta epístola. Si les recordaba a la gente la obra que hizo entre ellos, dirían: “¡Pablo está jactándose!” Si no decía nada de su ministerio en Corinto, los judaizantes dirían: “Ya ven, les dijimos que Pablo no logró nada”.

Ante esta disyuntiva, ¿qué hizo Pablo? Fue guiado por el Espíritu de Dios a usar una hermosa ilustración, una comparación, que ciertamente llegaría al corazón de los creyentes en Corinto. Se presentó como un padre espiritual, que cuida a su familia. Había usado anteriormente esta figura para recordarles a los corintios que, como un padre, él los había engendrado en el evangelio y que podía disciplinarlos si lo creía necesario (1 Corintios 4:14–21). Los corintios eran sus queridos hijos espirituales, y Pablo quería lo mejor para ellos. Por eso les demostró su aprecio paternal de tres maneras.

En su celo por la iglesia (2 Corintios 11:1–6, 13–15)

El verdadero amor nunca tiene envidia, pero tiene el derecho de sentir celo por los que ama. Un esposo es celoso por su esposa y con todo derecho se opone y resiste cualquier rivalidad que menaza su mutuo amor. Un verdadero patriota tiene el derecho de sentirse celoso por su libertad y luchará por protegerla. De la misma manera, un padre (o madre) tiene celo por sus hijos y procura protegerlos de cualquier cosa que pudiera hacerles daño.

El *cuadro* aquí es el de un padre amoroso que tiene una hija comprometida en matrimonio. Siente que es su privilegio y deber guardarla pura, para poder presentarla a su esposo con alegría y no con tristeza. Pablo vio a la iglesia local como una novia, comprometida en matrimonio con Jesucristo (Efesios 5:22 en adelante y Romanos 7:4). Esa boda tendrá lugar cuando Jesucristo regrese por su esposa (Apocalipsis 19:1–9). Mientras tanto, la iglesia, y esto quiere decir los creyentes como individuos, debe mantenerse pura mientras se prepara para encontrarse con su Amado.

El *peligro*, entonces, es el de la infidelidad de su prometida. La mujer comprometida debe su amor y fidelidad sólo a uno: su prometido. Si ella se entrega a algún otro hombre, es culpable de infidelidad. La frase que se traduce como “sincera fidelidad” en 2 Corintios 11:3 quiere decir *una devoción sincera e indivisible*. Un corazón dividido conduce a una vida de deshonra y a una relación rota.

La imagen del amor y del matrimonio, y la necesidad de fidelidad, se usa a menudo en la Biblia. El profeta Jeremías vio al pueblo de Judá perdiendo su amor por Dios, y les advirtió: “Así dice Jehová: Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio...”

(Jeremías 2:2). La nación de Judá había perdido su *amor de luna de miel* y era culpable por adorar ídolos. Jesús usó la misma figura cuando le advirtió a la iglesia en Efeso: “Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor” (Apocalipsis 2:4).

La *persona detrás del peligro* era Satanás, descrito aquí como la serpiente; refiriéndose a Génesis 3. Pablo tuvo bastante que decir con respecto a nuestro adversario, el diablo, cuando escribió esta carta a los corintios. Advirtió que Satanás tenía varias artimañas para atacar a los creyentes. Puede agobiar las conciencias de los creyentes que han pecado (2 Corintios 2:10,11), cegar el entendimiento de los incrédulos (2 Corintios 4:4), apartar a los creyentes de la devoción pura (2 Corintios 11:3), e incluso abofetear los cuerpos de los ministros de Dios (2 Corintios 12:7).

El enfoque aquí recae sobre la mente o entendimiento, porque Satanás es un mentiroso y trata de conseguir que oigamos sus mentiras, meditemos en ellas, y luego las creamos. Esto fue lo que hizo con Eva. Primero, *puso en tela de juicio* la Palabra de Dios (“¿Conque Dios ha dicho?”), luego *negó* la Palabra de Dios (“¡No moriréis!”), y posteriormente la *sustituyó por su propia mentira* (“seréis como Dios”) (Génesis 3:1,4,5).

Satanás, por supuesto, es astuto. Sabe que los creyentes no aceptarán de inmediato una mentira, de modo que el enemigo tiene que *cebar el anzuelo* y hacer que nos sea fácil aceptar lo que tiene que ofrecer. Básicamente, Satanás es un imitador: copia lo que Dios hace y luego trata de convencernos de que su oferta es mejor que la de Dios. ¿Cómo lo hace? Usando ministros fraudulentos que fingen servir a Dios, pero que realmente son siervos de Satanás.

Satanás tiene un evangelio fraudulento (Gálatas 1:6–12) que incluye un salvador diferente y un espíritu diferente. Desafortunadamente los corintios habían recibido con beneplácito este “otro evangelio”, que era una mezcla de la ley y la gracia, y de ninguna manera un verdadero evangelio. Hay sólo un evangelio, y por consiguiente, puede haber sólo un Salvador (1 Corintios 15:1 en adelante). Cuando confías en el Salvador, recibes al Espíritu Santo de Dios en tu interior, y hay sólo un Espíritu Santo.

A los *predicadores* de este falso evangelio (que también los encontramos hoy entre nosotros) se les describe en 2 Corintios 11:13–15. Reclamaban tener la autoridad divina como siervos de Dios, pero su autoridad era espuria. Asimismo aducían que los verdaderos siervos de Dios eran impostores; en el día de Pablo eso se dijo de él. Ellos afirmaban ser *superapóstoles*, en un nivel mucho más alto que Pablo. Con su oratoria sagaz embelesaban a los creyentes ignorantes, mientras que al mismo tiempo recalcaban que Pablo no era un orador muy dotado (2 Corintios 11:6; 10:10). ¡Qué trágico es cuando los creyentes inestables son desviados por la oratoria seductora de los ministros de Satanás, en lugar de permanecer firmes en las verdades básicas del evangelio que pastores y maestros fieles les han enseñado!

“¡No son super-apóstoles de ninguna manera!”, advirtió Pablo. “Son *pseudo* apóstoles: falsos apóstoles. Su motivo no es glorificar a Dios, sino lograr ganancia personal al atrapar a los conversos. Sus métodos son fraudulentos” (2 Corintios 2:17; 4:2). La idea básica aquí es la de usar la carnada para atrapar al pez. Ofrecen a los miembros de la iglesia una vida cristiana que es *superior* a la que se describe en el Nuevo Testamento, una vida que es una mezcla no bíblica de ley y gracia.

En lugar de recibir poder del Espíritu estos ministros reciben su energía de Satanás. Tres veces Pablo usó la palabra *disfrazarse*, en referencia a la obra de éstos (ve 2 Corintios 11:13–15). Hay un cambio externo, pero no hay ningún cambio por dentro. Los obreros de Satanás, así como el mismo Satanás, jamás aparecen en su verdadero carácter; siempre usan un disfraz y se esconden detrás de una máscara.

Mientras yo escribía este libro varios de los ministros enmascarados de Satanás aparecieron a mi puerta. Uno de ellos, una atractiva joven, trató de decirme que estaba trabajando por la paz mundial; pero cuando la confronté con la verdad, admitió que pertenecía a una secta. Dos jóvenes bien vestidos se presentaron diciendo: “Venimos representando a Jesucristo”. Rápidamente les informé que yo sabía a qué grupo pertenecían y cerré la puerta. Ni siquiera me despedí de ellos. Si piensas que fui descortés, lees 2 Juan 5–11, y ¡obedece!

Pablo demostró su amor por la iglesia al protegerla de los ataques de los falsos maestros: sin embargo, los miembros de la iglesia se embelesaron por los judaizantes y les dejaron entrar. Los corintios habían dejado su primer amor, y ya no estaban dándole la devoción de todo corazón a Jesucristo. No era sólo que se habían vuelto en contra de Pablo, sino que se habían alejado de Cristo; y esto era mucho más serio.

En su generosidad a la iglesia (2 Corintios 11:7–12)

Un padre cariñoso provee para las necesidades de la familia, y Pablo se sacrificó para poder ministrar a la iglesia en Corinto. Mientras Pablo estuvo allí trabajó con sus propias manos construyendo tiendas (Hechos 18:1–3) e incluso recibió ofrendas de otras iglesias para poder

evangelizar a Corinto. En otras palabras, no les había costado nada a los corintios beneficiarse del ministerio apostólico de este gran hombre de Dios.

¿Apreciaron los corintios los sacrificios que Pablo hizo por ellos? No en su mayoría. Es más, los judaizantes incluso usaron la política financiera de Pablo como *prueba* de que no era un verdadero apóstol. Después de todo, si *fuera* un verdadero apóstol habría aceptado sostenimiento financiero.

Pablo ya había explicado en una carta anterior su política (1 Corintios 9). Había recalcado que *era* un verdadero apóstol porque había visto al Cristo resucitado y había sido comisionado por él. Pablo tenía el derecho a pedir su sostén, así como lo hacen los siervos fieles de Dios en la actualidad; pero deliberadamente había dejado a un lado este derecho para que nadie lo acusara de usar el evangelio sencillamente como un medio para ganar dinero. Dejó a un lado su derecho a percibir sostén económico por causa del evangelio y por causa de los pecadores perdidos que tal vez tropezarían en cualquier cosa que diera la impresión de ser un *negocio religioso*.

Por otro lado, los judaizantes eran culpables por comerciar con el evangelio para lucro personal. Pablo les había predicado el evangelio de “balde” (2 Corintios 11:7, literalmente sin costo, gratis), pero los falsos maestros estaban predicando un evangelio *falso*, y robándole a la iglesia (2 Corintios 11:20). Pablo usó un poco de ironía en versículo 8: “Sí, he sido un ladrón. He robado a otras iglesias para no tener que robarles a ustedes”. Y ahora los judaizantes estaban *en realidad* robándoles.

Un padre amoroso no les echa a sus hijos sus cargas. En lugar de eso se sacrifica para que sus hijos tengan lo que necesitan. Es difícil enseñar a los hijos la diferencia entre

precios y valores. Los niños parecen no tener idea de lo que significa para los padres ir a trabajar y ganar el dinero para proveer para las necesidades de la familia. Cuando uno de mis sobrinos era pequeño oyó que sus padres hablaban sobre la compra de algún aparato electrodoméstico, y no podía comprender por qué sencillamente no iban y lo compraban. “¿Por qué no les da simplemente uno de aquellos papelitos”, le preguntó a su papá señalando la chequera. No comprendía que tiene que haber dinero en el banco para respaldar aquellos *papelitos*.

Pablo no trajo a colación el asunto del dinero para jactarse de sí mismo. Más bien, estaba usando todo medio posible para silenciar la jactancia de los judaizantes. Pablo sabía que nadie podía acusarlo de codicia o egoísmo (ve Hechos 20:33–35, el testimonio de Pablo a la iglesia en Efeso). Sus manos estaban limpias. Quería evitar que sus adversarios lo acusaran.

La expresión “fui carga” en 2 Corintios 11:9 es digna de considerarse en una manera especial (también 2 Corintios 12:13,14). En el griego significa literalmente *adormecerse*. La palabra proviene de la imagen de la anguila eléctrica que adormece a sus víctimas con su descarga. Una parte adormecida del cuerpo sería una carga para la víctima. Pablo no había valido de ningún engaño para atacar ni robar a los creyentes. Tanto en su predicación del evangelio como en el manejo del dinero, era franco y honrado.

En mis propios viajes he visto situaciones en iglesias locales que me han partido el alma. He visto congregaciones que muestran poco o ningún apoyo a los fieles pastores que trabajan abnegadamente procurando que la iglesia crezca. Algunos de esos hombres recibían salarios ínfimos y trabajaban en exceso y las iglesias parecían quererlos muy poco. Sin embargo, a veces sus

sucesores fueron tratados como reyes. Ciertamente en el tribunal de Cristo los libros serán balanceados.

Oí una vez al Dr. W. A. Criswell contar una anécdota sobre una pareja misionera fiel que regresó a los Estados Unidos en el mismo barco que traía a Teodoro Roosevelt de regreso de un safari en Africa. Muchos periodistas y fotógrafos estaban en el muelle, esperando ver a Roosevelt, entrevistarlo y tomarle fotografías; pero nadie esperaba a los experimentados misioneros que habían invertido su vida sirviendo a Cristo en Africa.

Esa noche, en la habitación de un modesto hotel, la pareja conversaba sobre su llegada a Nueva York; y el esposo, algo amargado, comentó:

—No es justo, —le dijo a su esposa. —El Sr. Roosevelt regresa de un viaje de cacería, y el país entero sale a recibirlo. Nosotros regresamos a casa después de años de servicio, y nadie vino a darnos la bienvenida.

Pero su esposa tuvo la respuesta apropiada: —Cariño, *todavía no estamos en casa.*

Pablo había presentado dos evidencias para demostrar su amor a los corintios: su celo por la iglesia, protegiéndolos de la infidelidad espiritual, y su generosidad hacia la iglesia, al rehusar aceptar el sostén de ellos. Luego señaló una tercera evidencia.

En su preocupación por la iglesia (2 Corintios 11:16–33)

La clave de esta larga sección se halla en el versículo 28, que podría parafrasearse: Sí, he atravesado muchas pruebas, pero la más grande, y la mayor de todas es mi preocupación por las iglesias. La palabra que se traduce “preocupación” significa *presión, estrés, ansiedad*. Las otras experiencias eran externas (de afuera) y ocasionales, pero la preocupación por las iglesias era interna y constante.

“Nunca entenderemos totalmente el amor de nuestros padres hasta que nos hayamos convertido en padres”, dijo Henry Ward Beecher; y tenía razón. Cuando nuestro hijo mayor tenía alrededor de dos años, metió el extremo de un juguete en un tomacorrientes y la corriente eléctrica lo arrojó al otro lado de la habitación. Hace poco él tuvo que enfrentarse a la misma situación con su propio hijo, y entonces me contó: “Ahora sé lo que tú y mamá sintieron cuando yo era niño. Ser padre tiene sus sustos tanto como sus alegrías”.

Antes de mencionar las diferentes pruebas por las que había atravesado, Pablo se cuidó de explicar por qué estaba jactándose de esta manera. Pablo jamás tuvo problemas en jactarse respecto a Cristo y en relatar sus sufrimientos, pero siempre titubeaba cuando se trataba de contar sus propias experiencias dolorosas como siervo de Dios. Pablo y Juan el Bautista habían expresado lo mismo: “Es necesario que él [Cristo] crezca pero que yo mengüe” (Juan 3:30). “Mas el que se gloria, gloriése en el Señor” (2 Corintios 10:17).

Fue la actitud inmadura y falta de espiritualidad de los corintios lo que había obligado a Pablo a escribir acerca de sí mismo y a gloriarse (jactarse) en estas experiencias. Había empezado esta sección (2 Corintios 11:1) disculpándose por su jactancia, y lo repitió en 2 Corintios 11:16. En el versículo 17, Pablo no estaba negando la inspiración de sus palabras; más bien, estaba admitiendo que, al jactarse, no estaba siendo como el Señor (ve 2 Corintios 10:1). Sin embargo, tenía que hacerlo para demostrar su amor por los corintios y protegerlos de los que querían descarriarlos.

Para empezar, los falsos maestros no se avergonzaban de jactarse, y los corintios no tenían ningún problema en aceptar esa jactancia. “Puesto que jactarse es la moda entre

ustedes”, parece estar diciendo Pablo, “entonces me jactaré”. Pablo tal vez tenía en mente el principio de Proverbios 26:5: “Responde al necio como merece su necedad, para que no se estime sabio en su propia opinión”.

Es más, Pablo estaba jactándose para poder *ayudar* a la iglesia, mientras que los falsos maestros lo hacían para ayudarse a sí mismos echando mano a cuanto pudieran de la iglesia. El motivo de Pablo era puro; el de ellos era egoísta. Segunda Corintios 11:20 menciona las varias maneras en que los judaizantes se habían aprovechado de la iglesia:

Esclavitud: Enseñaban una doctrina de legalismo que era contraria al evangelio de la gracia.

Devorar: Ellos devoraban todo lo que podían quitarle a la iglesia; aprovechaban de su privilegio de recibir sostén económico.

Tomar lo vuestro: “Engañarles”. La ilustración es la de un ave atrapada en una trampa o un pez atrapado en el anzuelo. Ellos les pusieron cebo y los atraparon.

Enaltecerse: Se enaltecían a sí mismos, no al Señor Jesucristo; les encantaba recibir honores y ser tratados como grandes líderes.

Dar de bofetadas: Esto se refiere probablemente a los ataques verbales antes que a la violencia física; los judaizantes no vacilaban en *insultarles* y abochornarlos en público.

Pablo concluyó esta exposición de las actitudes y acciones contrarias a las Escrituras de los judaizantes con una ironía *inspirada*: “Para vergüenza mía lo digo, confieso que hemos sido débiles” (2 Corintios 11:21 NVI). Los corintios pensaban que la mansedumbre de Pablo era debilidad, cuando en realidad era fuerza, y que la arrogancia de los judaizantes era poder. ¡Cuán ignorantes pueden ser a veces los creyentes!

Tratándose de su herencia judía, los falsos maestros eran iguales a Pablo; pero tratándose del ministerio de Cristo, Pablo era el *super-apóstol*, y no los judaizantes. Considera lo que Pablo soportó por la causa de Cristo y su preocupación por las iglesias.

Sufrimientos por Cristo (vv. 23–25a). Si Pablo no hubiera sido apóstol, no habría experimentado estas pruebas. Recibió “azotes sin número” tanto de gentiles como de judíos. Tres veces los gentiles lo azotaron con varas, y cinco veces los judíos le propinaron treinta y nueve azotes. El libro de Hechos (16:22 y 14:19) relata dos de esos incidentes.

Pablo sabía desde el comienzo de su ministerio que sufriría a causa de Jesús (Hechos 9:15,16), y Dios se lo volvió a afirmar a medida que su ministerio se desarrollaba (Hechos 20:23). El que causó a otros sufrimiento por su fe, ahora tenía que sufrir por su fe.

Adversidades en la naturaleza (vv. 25b–27). En aquella época cualquier viajero habría experimentado algunas de estas dificultades; sin embargo, no podemos dejar de creer que fueron causadas por el enemigo en su intento por estorbar la obra del Señor. Hechos 27 registra uno de los tres naufragios; no sabemos nada de los otros dos. ¿Cuántas posesiones personales preciadas habría perdido Pablo?

Debido a que Pablo viajaba constantemente estaba expuesto a muchos peligros de viajar. Los judaizantes visitaban lugares seguros; Pablo iba a lugares más peligrosos. Pero Pablo no era un viajero común; era un hombre con muchos adversarios. Tenía enemigos entre los judíos, así como entre los gentiles, y algunos lo habrían matado con gusto.

Segunda Corintios 11:27 describe las consecuencias personales de todo este viaje dificultoso. En mi propio y

limitado ministerio itinerante me he valido de las ventajas que ofrecen los automóviles y aviones. Sin embargo, debo confesar que viajar me agota. ¡Cuánto más difícil debe haber sido para Pablo! No es de asombrarse que estuviera agotado y sufriendo. A menudo tenía que sobrevivir sin comida, ni agua, o sin poder dormir; y algunas veces carecía de la suficiente ropa como para mantenerse abrigado.

Mientras que cualquier otro viajero podría haber sufrido estas cosas, Pablo las soportó debido a su amor por Cristo y la iglesia. Su más grande preocupación no estaba *a su alrededor*, sino *en su interior*: su preocupación por todas las iglesias. ¿Por qué se preocupaba tanto? Debido a que se identificaba con los creyentes (2 Corintios 11:29). Cualquier cosa que les ocurriera a *sus hijos* le tocaba su propio corazón, y no podía abandonarlos.

Pablo llegó a la culminación de la narración de sus sufrimientos relatando su humillante experiencia en Damasco, cuando él, el gran apóstol, tuvo que escapar de contrabando de la ciudad en una canasta que descolgaron por el muro (2 Corintios 11:32,33). ¿Podía alguno de los judaizantes contar una historia parecida? ¡Por supuesto que no! Incluso cuando Pablo narraba sus sufrimientos se cuidaba de que Cristo fuera glorificado, y no Pablo.

No podemos leer estos versículos sin admirar la valentía y devoción del apóstol Pablo. Cada prueba dejó una marca en su vida, y sin embargo continuó, sirviendo al Señor. “Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo...” (Hechos 20:24).

Pablo ciertamente demostró su amor por la iglesia.

Ahora la iglesia tenía que demostrar su amor por Pablo.

Nunca dejemos de considerar el sacrificio que otros han hecho para que nosotros podamos disfrutar hoy de las bendiciones del evangelio.

Un predicador en el paraíso

2 Corintios 12:1–10

Esta sección es el clímax de la defensa que Pablo hace de su apostolado y de su amor por los creyentes en Corinto. Era renuente para escribir acerca de estas experiencias personales, pero no había otra manera de resolver el problema. Es más, para evitar enaltecerse a sí mismo, Pablo describió esta experiencia en tercera persona antes que en primera persona. Les relató a sus lectores tres experiencias con Dios.

Gloria: Dios le honró (2 Corintios 12:1–6)

Los judaizantes tenían ansia de recibir honores, y se jactaban de sus cartas de recomendación (2 Corintios 3:1 en adelante). Pero Pablo no buscaba honores de los hombres; dejaba que Dios le honrara, porque ese es el único honor que cuenta.

Primero, Dios honró a Pablo al darle visiones y revelaciones. Pablo vio al Cristo glorificado el mismo día en que se convirtió (Hechos 9:3; 22:6). Vio una visión de Ananías viniendo a ministrarle (Hechos 9:12) y también tuvo una visión de Dios cuando fue llamado a ministrar a los gentiles (Hechos 22:17).

Durante su ministerio tuvo visiones de Dios para guiarle y animarle. Fue por una visión que fue llamado a Macedonia (Hechos 16:9). Cuando el ministerio se tornó difícil en Corinto, Dios animó a Pablo por medio de una visión (Hechos 18:9,10). Después de su arresto en Jerusalén, Pablo recibió de nuevo estímulo por medio de una visión de Dios (Hechos 23:11). Y un ángel se le apareció en medio de la tormenta y le aseguró que él y los pasajeros llegarían a salvo a tierra (Hechos 27:23).

Junto con todas estas visiones especiales que se relacionan a su llamado al ministerio, a Pablo también le fueron dadas revelaciones espirituales de la verdad divina (Efesios 3:1-6). Dios le dio un profundo entendimiento del plan de Dios para esta edad presente. Ciertamente que Pablo comprendía los misterios de Dios.

Dios también honró a Pablo a llevarle al cielo, y luego enviándolo de nuevo a la tierra. Esta maravillosa experiencia había tenido lugar catorce años antes de que escribiera esta carta, lo cual coloca la experiencia alrededor del año 43 d. de C. Esto sería en el período de la vida de Pablo entre su salida de Tarso (Hechos 9:30) y la visita que le hizo Bernabé (Hechos 11:25,26). No hay registro de los detalles de este evento, y es inútil especular.

Los rabíes judíos solían hablar de sí mismos en tercera persona, y Pablo adoptó este método al relatar esta experiencia a sus amigos (y enemigos) en Corinto. Tan maravillosa fue esta experiencia que Pablo no estaba seguro de si Dios le había llevado corporalmente al cielo, o si su espíritu había salido de su cuerpo. (Hay un completo contraste entre ser “descolgado” en una canasta y ser “arrebatao” al tercer cielo.) Pablo afirmó aquí la realidad del cielo y la capacidad de Dios para llevar allá a las personas. *El tercer cielo* es lo mismo que “paraíso”, el cielo de los cielos, donde mora

Dios en gloria. Gracias a la ciencia moderna los hombres han visitado el cielo de las nubes (volamos por encima de las nubes) y el cielo de los planetas (los hombres han caminado sobre la luna), pero el hombre no puede llegar al cielo de Dios sin la ayuda de Dios.

¡Lo interesante es que Pablo mantuvo en secreto esta experiencia por catorce años! Durante todos esos años fue abofeteado por su aguijón en la carne, y tal vez la gente se preguntaba por qué tenía una aflicción tan penosa. Los judaizantes podrían haber adoptado la misma postura que los consoladores de Job, y haber dicho: “Esta aflicción es un castigo de Dios”. (En realidad era un *don* de Dios.) Algunos de los buenos amigos de Pablo tal vez trataron de alentarle diciendo: “Anímate, Pablo. ¡Un día estarás en el cielo!” Pablo podría haber replicado: “¡Por eso es que tengo este aguijón. ¡Yo ya estuve en el cielo!”

Dios honró a Pablo al concederle visiones y revelaciones, y llevándolo al cielo; pero le honró todavía más al permitirle oír “palabras inefables” mientras estuvo en el cielo. Oyó los secretos divinos de los que se habla sólo en el cielo. Estas cosas pueden ser pronunciadas por Dios o por los seres celestiales, pero nunca por los hombres.

¿Podían los judaizantes relatar alguna experiencia como esta? Incluso Moisés, que tuvo una amistad íntima con Dios, se reunió con el Señor en la cumbre de una montaña; pero Pablo se encontró con el Señor en el paraíso. Pablo había ejercido gran disciplina espiritual durante esos catorce años, porque no le contó a nadie de esta experiencia. No hay duda que esta visión de la gloria de Dios fue uno de los poderes sustentadores en la vida y ministerio de Pablo. Sin importarle dónde estaba, en la prisión, en el mar, en viajes peligrosos, sabía que Dios estaba con él, y que todo estaba bien.

138 Animados en Cristo

Tú y yo no vamos a ir al cielo sino cuando muramos o cuando el Señor regrese. Mientras tanto contamos con el aliento de saber que *hoy* estamos sentados con Cristo en lugares celestiales (Efesios 2:6). Tenemos una posición de autoridad y victoria “sobre todo” (Efesios 1:21,22). Aun cuando no hayamos visto la gloria de Dios como la vio Pablo, sí participamos hoy de ella (Juan 17:22) y un día entraremos en el cielo y contemplaremos la gloria de Cristo (Juan 17:24).

Un honor como este probablemente enorgullecería a mucha gente. La postura de muchos habría sido proclamarla al mundo para hacerse famosos, en vez de callarla por catorce años. Pero Pablo no se enorgulleció. Sencillamente contó la verdad, sin jactarse, y dejó que los hechos hablasen por sí mismos. Su gran preocupación era que nadie le quitara a Dios la gloria y se la diera a Pablo. Quería que otros tuvieran el concepto apropiado con respecto a él y a su trabajo (Romanos 12:3).

¿Cómo podía Pablo seguir siendo humilde después de tan gran experiencia? Porque Dios le permitió vivir una segunda experiencia en su vida..

Bondad: Dios le humilló (2 Corintios 12:7,8)

El Señor sabe cómo equilibrar nuestra vida. Si sólo tuviéramos bendiciones, nos volveríamos arrogantes; de modo que él nos permite tener también adversidades. La gran experiencia de Pablo en el cielo podría haber arruinado su ministerio sobre la tierra; de modo que Dios, en su bondad, permitió que Satanás abofeteara a Pablo para evitar que se enorgulleciera.

El misterio del sufrimiento humano no será resuelto por completo en esta vida. Algunas veces sufrimos simplemente porque somos humanos. Nuestros cuerpos

cambian al envejecer, y somos susceptibles a los problemas normales de la vida. El mismo cuerpo que puede darnos placer también puede darnos dolores. Los mismos familiares y amigos que nos deleitan pueden también destrozarnos el corazón. Esto es parte de la vida humana, y la única manera de escapar de ella es dejar de ser humano. Pero nadie quiere tomar tal camino.

Algunas veces sufrimos porque somos necios y desobedientes al Señor. Nuestra propia rebelión puede afligirnos, o el Señor en su amor tal vez considere apropiado castigarnos (Hebreos 12:3 en adelante). El rey David sufrió mucho debido a su pecado; las consecuencias fueron tan dolorosas como lo fue la disciplina del Señor (2 Samuel 12:1–22; Salmo 51). En su gracia Dios perdona nuestros pecados; pero en su sistema de gobierno nos permite que cosechemos lo que sembramos.

Dios también usa el sufrimiento como un instrumento para edificar un carácter piadoso (Romanos 5:1–5). Ciertamente Pablo era un hombre de carácter cristiano porque permitió que Dios lo moldeara y conformara por medio de las dolorosas experiencias de su vida. Cuando caminas por la orilla del mar observarás que las rocas son afiladas en las entrantes calmadas, pero pulidas en los lugares en donde las olas se estrellan contra ellas. Dios puede usar las olas de la vida para pulirnos, si se lo permitimos.

El aguijón en la carne de Pablo evitaba que éste pecara. Las experiencias espirituales emocionantes, tal como la de ir al cielo y regresar, tienden a inflar el yo humano; y el orgullo conduce a una multitud de tentaciones a pecar. Si el corazón de Pablo habría estado lleno de orgullo, esos catorce años que siguieron hubieran estado llenos de fracasos en lugar de éxitos.

No sabemos cuál era el aguijón en la carne que tenía Pablo. La palabra que se traduce “aguijón” significa *una estaca aguda usada para torturar o para empalar a alguien*. Era un problema físico que le producía dolor y aflicción a Pablo. Algunos estudiosos piensan que Pablo tenía alguna afección en los ojos (Gálatas 6:11); pero no podemos saberlo con seguridad. Es bueno no saberlo, porque sin que importe cuál sea nuestro sufrimiento, podemos alentarnos al aplicar a nuestra vida las lecciones que aprendió Pablo.

Dios permitió que Satanás apesadumbrara a Pablo, así como lo hizo con Job (Job 1,2). Aun cuando no entendamos completamente el origen del mal en este universo, o todos los propósitos que Dios tiene en mente cuando permite que el mal venga, sí sabemos que Dios controla el mal y puede usarlo incluso para su propia gloria. Satanás no puede obrar en contra de un creyente sin el permiso de Dios. Todo lo que el enemigo le hizo a Job y a Pablo fue permitido por la voluntad de Dios.

A Satanás se le permitió *abofetear* a Pablo. La palabra significa *golpear, dar de puñetazos*. El tiempo del verbo indica que este dolor era constante, o bien recurrente. Cuando te detienes a pensar que Pablo tenía que escribir cartas, realizar viajes, predicar sermones, visitar iglesias, y enfrentar peligros al ministrar, puedes entender que esto era un asunto serio. No es de sorprenderse que él haya orado tres veces (como su Señor había hecho en el huerto [Marcos 14:32–41]) para que la aflicción le fuera quitada (2 Corintios 12:8).

Cuando Dios permite que suframos, hay varias maneras de lidiar con eso. Algunas personas se amargan y le echan la culpa a Dios por robarles la libertad y el placer. Otros simplemente se dan por vencidos y se privan de

obtener bendición alguna de la experiencia debido a que no son valientes frente a la experiencia. Otros, aprietan los dientes y ponen cara de valor, decididos a soportarlo hasta el final. Aun cuando esta es una respuesta valiente, generalmente les quita la fuerza necesaria para la vida diaria; y después de un tiempo, pueden derrumbarse.

¿Estaría pecando Pablo al pedirle a Dios que lo librara de las bofetadas de Satanás? Pienso que no. Es natural que el creyente le pida a Dios ser librado de la enfermedad y del dolor. Dios no está *obligado* a sanar a todo creyente cuando éste ora; pero él nos ha animado a que le traigamos a él nuestras cargas y necesidades. Pablo no sabía si este aguijón en la carne era una prueba temporal de parte de Dios, o una experiencia permanente con la que tendría que aprender a vivir.

Hay quienes piensan que cuando un creyente sufre aflicciones que éste trae deshonra a Dios. “Si obedecieras al Señor y te apropiaras de todo lo que tienes en Cristo”, dicen, “entonces jamás te enfermarías”. Jamás he encontrado tal enseñanza en la Biblia. Es cierto que Dios les prometió a los judíos una bendición y protección especial bajo el antiguo pacto (Deuteronomio 7:12 en adelante), pero nunca prometió que los creyentes del Nuevo Testamento serían inmunes a la enfermedad o del sufrimiento. Si Pablo tenía acceso a la sanidad instantánea debido a su relación con Cristo, entonces ¿por qué no la usó para sí mismo y para otros, tales como Epafrodito? (Filipenses 2:25 en adelante).

¡Qué contraste entre las dos experiencias de Pablo! Pasó del paraíso al dolor, y de la gloria al sufrimiento. Probó la bendición de Dios en el cielo y luego sintió las bofetadas de Satanás en la tierra. Fue del éxtasis a la agonía. Su singular experiencia de gloria lo preparó para

142 Animados en Cristo

enfrentarse a la de sufrimiento, porque sabía que Dios podía suplir su necesidad. Pablo había ido al cielo, luego aprendió que el cielo podía venir a él.

Gracia: Dios le ayudó (2 Corintios 12:9,10)

Se desprenden dos mensajes de esta dolorosa experiencia. El aguijón en la carne era el mensaje de Satanás para Pablo, pero Dios tenía otro mensaje para él, un mensaje de gracia. Es importante destacar en 2 Corintios 12:9 el tiempo verbal: “Y [Dios] me ha dicho” (de una vez por todas). Dios le había dado un mensaje que seguiría vigente. No conocemos lo que se le reveló a Pablo en el cielo; pero sí conocemos las palabras que Dios le reveló en la tierra, y qué alentadoras son.

Fue un mensaje de *gracia*. ¿Qué es gracia? Es la provisión de Dios para todas nuestras necesidades cuando la necesitamos. Bien se ha dicho que Dios en su gracia nos da lo que no merecemos, y que en su misericordia no nos da lo que sí merecemos. Alguien describió la palabra *gracia* como: Las riquezas de Dios puestas a nuestra disposición por cuenta de Cristo. “Porque de su [la de Cristo] plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16).

Fue un mensaje de *suficiente gracia*. Nunca hay escasez de gracia. Dios nos da la suficiente gracia para nuestros ministerios espirituales (2 Corintios 3:4–6), y nuestras necesidades materiales (2 Corintios 9:8), así como para las físicas (2 Corintios 12:9). Si la gracia de Dios es suficiente para salvarnos, también lo será para preservarnos y fortalecernos en nuestro sufrimiento.

Fue un mensaje de *gracia fortalecedora*. Dios nos permite que nos tornemos débiles para que podamos recibir su fortaleza. Esto es un proceso continuo: “Mi poder se

perfecciona [está perfeccionándose] en la [tu] debilidad” (2 Corintios 12:9 NVI). La fuerza que se precia de ser fuerte es en realidad débil, pero la debilidad que se precia de ser débil es en realidad fuerte.

En la vida cristiana obtenemos muchas de nuestras bendiciones por medio de la *transformación*, y no de la *sustitución*. Cuando Pablo oró tres veces para que se le quitara su aflicción, estaba pidiéndole a Dios que la sustituyera: “Dame salud en lugar de enfermedad, liberación en lugar de dolor y debilidad”. Algunas veces Dios suple la necesidad mediante una sustitución; pero otras veces la suple mediante una transformación. No quita la aflicción, sino que nos da su gracia, de modo que la aflicción obra *a favor* nuestro y no *en contra* nuestra.

Mientras Pablo oraba por su problema, Dios le dio una perspectiva más profunda de lo que Dios estaba haciendo. Pablo aprendió que su aguijón en la carne era *un don de Dios*. ¡Qué extraño don! Había sólo una cosa que Pablo podía hacer: aceptar el don de Dios y permitirle a Dios lograr sus propósitos. Dios quería que Pablo no se enalteciera de sobremanera, y esta era la manera de lograrlo.

Cuando Pablo aceptó su aflicción como el don de Dios, permitió que la gracia de Dios obrara en su vida. Fue entonces que Dios le habló a Pablo y le dio la seguridad de su gracia. Cuando estés atravesando por un sufrimiento, pasa más tiempo meditando en la Palabra de Dios; y puedes estar seguro de que Dios te hablará. El siempre tiene un mensaje especial para sus hijos cuando éstos sufren aflicción.

Dios no le dio a Pablo ninguna explicación; en lugar de eso le hizo una promesa: “Bástate mi gracia”. *No vivimos por explicaciones, sino por promesas*. Nuestras emociones

cambian, pero las promesas de Dios jamás cambian. Las promesas generan fe, y la fe fortalece la esperanza.

Pablo se apropió de la promesa de Dios y se acogió a la gracia que le fue ofrecida. Esto convirtió en triunfo lo que parecía ser tragedia. Dios no cambió la situación quitando la aflicción; la cambió añadiéndole un nuevo ingrediente: gracia. Nuestro Dios es “el Dios de toda gracia” (1 Pedro 5:10), y su trono es el “trono de la gracia” (Hebreos 4:16). La Palabra de Dios es “la palabra de su gracia” (Hechos 20:32), y la promesa es que “él da mayor gracia” (Santiago 4:6). Sin que importa cómo lo miremos, Dios es la respuesta para cualquier necesidad que tengamos.

Pero Dios no nos da su gracia sencillamente para que soportemos nuestros sufrimientos. Incluso los inconversos pueden manifestar gran resistencia. La gracia de Dios debe capacitarnos para *elevarnos por sobre* las circunstancias y emociones, y hacer que nuestras aflicciones obren *a favor* nuestro para lograr el bien. Dios quiere desarrollar nuestro carácter para que seamos más como nuestro Salvador. La gracia de Dios capacitó a Pablo no sólo para aceptar sus aflicciones, sino para gloriarse en ellas. Su sufrimiento no era un tirano que lo controlaba, sino un siervo que trabajaba a favor del apóstol.

¿Qué beneficios recibió Pablo debido a su sufrimiento? Por un lado, experimentó el poder de Cristo en su vida. Dios transformó la debilidad de Pablo en fortaleza. La palabra que se traduce “repose” significa *colocar el techo de una tienda*. Pablo vio su cuerpo como una frágil tienda (2 Corintios 5:1 en adelante), pero la gloria de Dios había venido a esa tienda y la había transformado en un tabernáculo santo.

Algo más le ocurrió a Pablo: pudo gloriarse en sus debilidades. Esto no significa que prefería el dolor a la salud, sino más bien que sabía cómo transformar sus limitaciones en ventajas. ¿Qué es lo que hacía la diferencia? La gracia de Dios y la gloria de Dios. El se gozaba en estas pruebas y problemas, no porque estuviera desequilibrado psicológicamente y disfrutara del dolor, sino porque su sufrimiento era por amor a Cristo. Estaba glorificando a Dios por la manera en que aceptaba y manejaba las experiencias difíciles de la vida.

“Es mayor cosa orar por la conversión del dolor que por su eliminación”, escribió P. T. Forsyth, y es verdad. Pablo ganó la victoria, no por sustitución, sino por transformación. Descubrió la suficiencia de la gracia de Dios.

De la experiencia de Pablo podemos aprender varias lecciones prácticas.

1. *Para el creyente consagrado lo espiritual es mucho más importante que lo físico.* Esto no significa que debemos ignorar lo físico, porque nuestros cuerpos son el templo del Espíritu de Dios. Pero sí significa que trataremos de no hacer de nuestros cuerpos un fin en sí mismos. Son instrumentos de Dios para realizar su obra en este mundo. Lo que Dios hace al desarrollar nuestro carácter cristiano es mucho más valioso que la salud física sin carácter.

2. *Dios sabe cómo equilibrar las cargas y las bendiciones, el sufrimiento y la gloria.* La vida es como una receta médica: los ingredientes individuales podrían hacernos daño, pero cuando se los mezcla apropiadamente, nos ayudan.

3. *No toda enfermedad es causada por el pecado.* El argumento de los consoladores de Job era que éste había pecado, y que por eso estaba sufriendo. Pero su

razonamiento estaba errado en el caso de Job, así como en el de Pablo. Hay ocasiones en que Dios permite que Satanás nos aflija para que Dios pueda lograr un mayor propósito en nuestra vida.

4. *Hay algo peor que la enfermedad, y eso es el pecado; y el peor pecado de todos es el orgullo.* La persona sana que se rebela contra Dios está en peor condición que la persona que sufre, pero que se somete a Dios y disfruta de la gracia de Dios. Es una paradoja, y una evidencia de la soberanía de Dios, que Dios usó a Satanás, el más orgulloso de todos los seres, para ayudar a Pablo a permanecer humilde.

5. *La aflicción física no tiene por qué ser una barrera en el servicio cristiano eficaz.* Los creyentes de hoy se inclinan demasiado a mimarse, y usan todo dolorcito o molestia como excusa para quedarse en casa y no ir a la iglesia o para rehusar aceptar oportunidades de servicio. Pablo no permitió que su aguijón en la carne se convirtiera en una piedra de tropiezo. A decir verdad, permitió que Dios convirtiera ese aguijón en un escalón.

6. *Siempre podemos descansar en la Palabra de Dios.* El siempre tiene un mensaje de ánimo para nosotros en tiempos de prueba y sufrimiento.

La gran mística francesa, la Sra. Guyon, escribió una vez a una amiga que sufría: “¡Ah, si supieras qué poder hay en la aflicción abrazada!”

Pablo conocía ese poder porque confiaba en la voluntad de Dios y dependía de la gracia de Dios.

Ese mismo poder puede ser tuyo hoy.

Motivos para la obediencia y sumisión

2 Corintios 12:11–13:14

Al acercarse Pablo a la conclusión de esta carta, su gran amor por los corintios le obligó a hacer una última apelación. No quería que su tercera visita a la iglesia fuera otra experiencia dolorosa para ellos y para él. El les había hablado con franqueza, explicado su ministerio, respondido a sus acusaciones, y les había instado a que se sometieran a la Palabra de Dios y obedecieran al Señor. ¿Qué más podría decir o hacer?

En la conclusión de esta carta Pablo usó tres enfoques para motivar en los corintios la obediencia y sumisión.

Los hizo avergonzarse (2 Corintios 12:11–21)

Cuando éramos pequeños, ¿cuántas veces oímos de parte de un padre o de algún vecino: “¡Debería darte vergüenza!”? Es bueno cuando las personas pueden avergonzarse de sus malas acciones y actitudes. Un corazón endurecido y una conciencia encallecida son la evidencia de una persona culpable que ya no siente

148 Animados en Cristo

vergüenza. “¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza...” (Jeremías 6:15).

Primero, Pablo hizo avergonzar a los corintios por *su falta de reconocimiento* (2 Corintios 12:11–13). Ellos deberían haber valorado a Pablo en lugar de obligarlo a que él mismo se jactara. En lugar de eso, los corintios estaban jactándose respecto a los *super-apóstoles*, los judaizantes que se habían ganado su afecto y que ahora estaban manejando la iglesia.

¿Era Pablo inferior a aquellos hombres? ¡De ninguna manera! Los corintios habían visto a Pablo en acción; es más, le debían sus propias almas. El había demostrado con señales milagrosas su apostolado (Hebreos 2:1–4). Había perseverado en su ministerio en Corinto a pesar de la persecución externa y los problemas internos. No le había cobrado nada a la iglesia. Pablo usó la sutil ironía de nuevo cuando escribió: “Porque ¿en qué habéis sido menos que las otras iglesias, sino en que yo mismo no os he sido carga? ¡Perdonadme este agravio!” (2 Corintios 12:13 NVI).

Uno de los peligros de la vida cristiana es la de acostumbrarnos a nuestras bendiciones. Un pastor fiel o un maestro de escuela dominical puede hacer tanto por nosotros que empezamos a dar por sentado su ministerio. Esta actitud llevó a Pablo a hacer que ellos se avergonzaran por *su falta de aprecio* (2 Corintios 12:14–18).

A pesar de las dificultades acaecidas, Pablo había sido fiel en su visitación a los corintios; y ahora estaba a punto de hacerles una tercera visita (ve 2 Corintios 13:1). En lugar de ser agradecidos, los corintios criticaron a Pablo por haber cambiado sus planes. Pablo no había recibido sostén de la iglesia, más bien había dado a ella con sacrificios; sin embargo, ellos no estaban dispuestos

a mostrar su aprecio al compartir con otros. Parecía que mientras más los quería Pablo, menos lo querían a él. ¿Por qué? Porque ellos no tenían un amor sincero por Cristo (ve 2 Corintios 11:3). Pablo estaba dispuesto a *gastar y gastarse* para ayudar a la iglesia.

Los judaizantes habían usado métodos engañosos para explotar a la iglesia (ve 2 Corintios 4:2), pero Pablo había actuado abiertamente y sin engaño. La única estrategia que Pablo había usado con ellos fue rehusar recibir sostén financiero. Con esto, los desarmó para que nunca pudieran acusarle de estar interesado sólo en el dinero. Ninguno de los compañeros que Pablo les envió tomó ventaja, ni se aprovechó de ellos.

Es trágico cuando los hijos no aprecian lo que sus padres hacen por ellos. Es también triste cuando los hijos de Dios no aprecian lo que sus padres espirituales hacen por ellos. ¿Cuál era la causa de esta *falta de aprecio*? Pablo trató con esto en el próximo párrafo: *falta de consagración* (2 Corintios 12:19–21). Había pecados terribles en la iglesia, y Pablo quería que ellos los juzgaran y eliminaran antes de que él llegara a visitarlos. De otra manera su visita sería sencillamente otra experiencia dolorosa.

Algunos de los miembros de la iglesia probablemente estaban diciendo: “Si Pablo nos visita otra vez, ¡sencillamente nos creará más problemas!” Pablo aclaró que su deseo era *resolver* los problemas y fortalecer la iglesia. Hay que enfrentar firmemente los pecados en la iglesia y lidiar valientemente con ellos. Esconderlos, o hacer caso omiso de ellos, es empeorar las cosas. El pecado en la iglesia es como el cáncer en el cuerpo humano; debe ser eliminado.

Considera los pecados por los cuales era culpable la iglesia, pecados que deberían haber confesado y quitado.

150 Animados en Cristo

Eran culpables de contiendas porque se envidiaban unos a otros. Tenían súbitas explosiones de cólera (iras). Promovían intrigas y conspiraciones en la iglesia (divisiones), que incluían maledicencias y murmuraciones. Todo esto surgía del orgullo y de un sentido exagerado de importancia (soberbias), y resultaba en el desorden en la iglesia (2 Corintios 12:20). Si comparas esta lista con los pecados en 1 Corintios 13, verás que había una falta de amor en la congregación.

Junto con estos pecados del espíritu (2 Corintios 7:1), había también pecados escandalosos de la carne: fornicación y lascivia. Pablo había tratado sobre estos pecados en 1 Corintios 5,6, pero algunos de los ofensores habían persistido en su desobediencia. Estaban permitiendo que la vida vieja se hiciera cargo de nuevo (1 Corintios 6:9-11), en lugar de someterse a la nueva vida.

Pablo no anhelaba hacer esta tercera visita. Temía que no hallaría a la iglesia como quería hallarla, y que ellos no lo hallaran a él como esperaban hallarlo. Sin embargo, les prometió que, aun cuando estuviera humillado y entristecido, todavía usaría su autoridad para enderezar las cosas. Su amor por ellos era muy grande como para ignorar estos problemas y permitirles que continuaran debilitando la iglesia.

Los corintios debían haberse avergonzado, pero no lo habían hecho. Para asegurarse de que su mensaje fuera escuchado, Pablo usó un segundo enfoque.

Les advirtió (2 Corintios 13:1-8)

Hay dos advertencias aquí.

¡Prepárense! (vv. 1-4). Al tratar con el pecado en una iglesia local debemos tener hechos y no rumores. Pablo citó Deuteronomio 19:15. Otros pasajes también mencionan

158 Animados en Cristo

La rivalidad en la iglesia en Corinto, que resultaba en divisiones, habría sido resuelta si la gente tan sólo hubiera vivido por la gracia y el amor de Dios.

La iglesia es un milagro, y puede ser sostenida solamente por el ministerio milagroso de Dios. La habilidad, los talentos, o los programas humanos, no pueden hacer que la iglesia sea lo que debe ser. Solamente Dios puede hacer eso. Si cada creyente depende de la gracia de Dios, anda en el amor de Dios, participa en la comunión del Espíritu, no anda en la carne, entonces será parte de la solución y no parte del problema. Estarás *viviendo* esta bendición, y siendo de bendición para otros.

Pídele a Dios que te transforme en esta clase de creyente.

Anímate, y entonces anima a otros.

Desde tiempos antiguos el beso ha sido una forma de saludo y un gesto de cariño y compañerismo. Sin embargo, usualmente el beso se daba entre miembros del mismo sexo. La iglesia primitiva usaba el *beso de la paz* y el *beso del amor* como evidencias de su afecto y preocupación mutua. Era un *beso santo*, santificado debido a su devoción a Jesucristo. Los miembros de la iglesia primitiva usualmente daban un beso a los nuevos creyentes después de su bautismo, y les daban así la bienvenida.

El compañerismo diario del pueblo de Dios es importante para la iglesia. Debemos saludarnos mutuamente en otros lugares, tanto como en la comunión de la asamblea, y debemos mostrar preocupación los unos por los otros. Al dar esta admonición en el versículo 12, Pablo sacó a relucir uno de los problemas más serios de la iglesia: su división y falta de interés de los unos por los otros.

La bendición con que concluye en el versículo 14 es una de las más apreciadas de las que usa la iglesia. Enfatiza la Trinidad (Mateo 28:19), y las bendiciones que podemos recibir debido a que pertenecemos a Dios. *La gracia de nuestro Señor Jesucristo* nos recuerda su nacimiento, porque él se hizo pobre para enriquecernos (2 Corintios 8:9). *El amor de Dios* nos lleva al Calvario, en donde Dios dio a su Hijo como el sacrificio por nuestros pecados (Juan 3:16). *La comunión del Espíritu Santo* nos recuerda Pentecostés, cuando el Espíritu de Dios vino y formó la iglesia (Hechos 2).

Los creyentes corintios, entonces, y nosotros los creyentes hoy, desesperadamente necesitamos las bendiciones de gracia, amor y comunión. Los judaizantes de entonces, y los sectarios de hoy, enfatizan la ley en lugar de la gracia, la exclusividad en lugar del amor, y la independencia antes que la comunión (compañerismo).

fáciles para mí. Es mucho más sencillo y menos costoso construir una nueva estructura en un terreno virgen que derribar viejas paredes y tratar de remodelar un edificio viejo. De la misma manera, es mucho más fácil tomar a un nuevo creyente y enseñarle la Palabra de Dios que tratar de cambiar el pensamiento errado de uno que ha sido creyente por varios años. Las ideas equivocadas pueden persistir por largo tiempo contra la verdad, hasta que el Espíritu de Dios derribe las murallas del entendimiento.

Pablo animó a los santos a *cultivar la gracia, el amor y la paz* (2 Corintios 13:11,12). La frase que se traduce “tened gozo” significa *gracia*, y era una forma común de saludarse en ese tiempo. Puede traducirse también como *regocíjense*. El mandamiento “perfeccionaos” se relaciona a la oración de Pablo en el versículo 9, y lleva la idea de *madurar, ser restaurados y adecuados para la vida*. “Consolaos”, significa *ánímense*. A pesar de todos los pecados y problemas, tenían todo derecho a animarse.

“Vivid en paz” era una amonestación necesaria, porque había divisiones y disensiones en la iglesia (ve 2 Corintios 12:20). Si practicaban el amor y procuraban ser de un mismo sentir, las guerras cesarían y disfrutarían de paz en su compañerismo. Ser “de un mismo sentir” no quiere decir estar de acuerdo en todo, sino que acordamos que no estaremos en desacuerdo respecto a asuntos que no son esenciales.

Nuestro Dios es “el Dios de paz y de amor” (2 Corintios 13:11). ¿Puede el mundo de afuera decir eso por la manera en que vivimos y por la manera en que conducimos los asuntos de la iglesia? “Mirad cómo se aman” fue lo que el mundo perdido decía respecto a la iglesia primitiva, pero hace mucho tiempo desde que la iglesia dejó de ganar esta clase de elogio.

El crecimiento y el ministerio cristianos que son equilibrados no pueden desarrollarse en el aislamiento. Alguien ha dicho que no puedes criar un solo creyente, así como no puedes criar una sola abeja. Los creyentes se pertenecen unos a otros y necesitan unos a otros. Un bebé tiene que crecer en un ambiente de amor familiar para que sea equilibrado y normal. El énfasis de hoy en el creyente individual, separado de la iglesia local, es errado y muy peligroso. Somos ovejas, y debemos unirnos en rebaño. Somos miembros del mismo cuerpo, y debemos ministrarnos unos a otros.

En 2 Corintios 13:10, Pablo les dio a los corintios un segundo estímulo: la Palabra de Dios. Pablo escribió esta carta para suplir las necesidades inmediatas de una congregación local, pero hoy nos beneficiamos de ella porque es una parte de la Palabra inspirada de Dios. Esta carta lleva la misma autoridad como la presencia del apóstol mismo. El gran deseo de Pablo era que la obediencia de la congregación a la carta resolviera sus problemas, de modo de no tener que ejercer su autoridad cuando los visitara.

Algunas veces el ministro de la Palabra debe derribar para poder edificar (Jeremías 1:7–10). El agricultor debe primero sacar las hierbas malas antes de poder plantar las semillas y obtener una buena cosecha. Pablo tenía que derribar el pensamiento equivocado en las mentes de los corintios (2 Corintios 10:4–6) antes que pudiera edificar la verdad en el corazón y mente de ellos. La actitud negativa de los corintios hacía necesario que Pablo *destruyera*, pero su gran deseo era *edificar*.

En mi propio ministerio hemos atravesado dos programas de construcción y dos de remodelación y, a pesar de las exigencias, los programas de construcción son mucho más

154 Animados en Cristo

Lo importante es la verdad del evangelio y la Palabra de Dios (2 Corintios 13:8). Pablo no afirmó aquí que fuera imposible atacar la verdad o estorbarla, de hecho los corintios atacaban la verdad. Lo que afirmaba era que él y sus compañeros querían que la verdad prevaleciera, viniera lo que viniera, y que ellos estaban decididos a que la verdad avanzara, no a ponerle obstáculos. Al final la verdad de Dios prevalecería, de modo que ¿para qué tratar de oponérsele? “No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová” (Proverbios 21:30).

Los animó (2 Corintios 13:9–14)

Para empezar, Pablo animó a los corintios con sus oraciones personales a su favor (2 Corintios 13:9). Pablo oraba por la *perfección* de ellas, lo cual no implica una perfección absoluta e impecable, sino la madurez espiritual. La palabra es parte de una familia de palabras en el griego que significa *ser apropiado, estar equipado*. Como término médico quiere decir *restaurar un hueso roto, acomodar un miembro dislocado*. También significa *aprovisionar una nave para un viaje y equipar un ejército para la batalla*. En Mateo 4:21 se traduce como remendar redes.

Uno de los ministerios de nuestro Señor resucitado es el de perfeccionar a su pueblo (Hebreos 13:20,21). El usa la Palabra de Dios (2 Timoteo 3:16,17) en la comunión de la iglesia local (Efesios 4:11–16) para equipar a su pueblo para la vida y el servicio. También usa el sufrimiento como una herramienta para equiparnos (1 Pedro 5:10). Al orar los creyentes unos por otros (1 Tesalonicenses 3:10) y ayudarse mutuamente en forma personal (Gálatas 6:1, en donde “restaurar” es la misma palabra *perfeccionar*), el Señor exaltado ministra a su iglesia y los prepara para el ministerio.

una vida de separación consagrada? (1 Juan 5:4) Estas son algunas de las pruebas que podemos aplicar a nuestra propia vida para asegurarnos de que somos hijos de Dios.

En una de las iglesias en que fui pastor teníamos un adolescente que causaba todo tipo de problemas en el grupo de esa edad. Era un músico talentoso y miembro de nuestra iglesia, sin embargo, era un problema. Un verano, cuando se fue a uno de los campamentos juveniles de nuestra iglesia, los líderes del grupo y los oficiales de la iglesia nos pusimos de acuerdo para orar por él diariamente. En una de las reuniones se puso de pie y anunció que había sido salvo esa semana. Hasta entonces no había experimentado la salvación por fe. Esto dio como resultado un cambio dramático en su vida, y hoy está sirviendo al Señor fielmente.

Sin duda muchos de los problemas en la iglesia en Corinto fueron causados por personas que decían ser salvas, pero que nunca se habían arrepentido ni confiado en Jesucristo. Nuestras iglesias están llenas de tales personas hoy. Pablo les llama “reprobados”, que significa *falsificados, reprobados en un examen*. Pablo usó esta palabra de nuevo en 2 Corintios 13:6,7, enfatizando el hecho de que es importante que una persona sepa con seguridad que es salva y que va al cielo (1 Juan 5:11–13).

En 2 Corintios 13:7 Pablo aclaró que no quería que los corintios salieran mal en el examen sólo para demostrar que él tenía razón. Tampoco quería que vivieran santamente sólo para que él pudiera jactarse de ellos. No le importaba ser menospreciado o criticado por causa de ellos, siempre y cuando ellos estuvieran obedeciendo al Señor. No le preocupaba su propia reputación, porque el Señor conocía su corazón; pero se preocupaba por el carácter cristiano de ellos.

152 Animados en Cristo

fuertes. Es el obrero sabio y maduro el que sabe cuándo ser *débil* y cuando ser *fuerte* al tratar con los problemas de disciplina en la iglesia local.

Un pastor amigo mío, que ya está en el cielo, tenía una manera calmada de predicar, y un método similar en el ministerio personal. Después de oírlo predicar, una visitante dijo: “¡Estaba esperando que empezara a predicar!” Estaba acostumbrada a oír a un predicador fogoso que generaba más calor que luz. Pero mi amigo edificó una iglesia fuerte porque conocía las verdaderas normas del ministerio. Sabía cómo ser débil en Cristo y también cómo ser fuerte.

¿Cómo miden las personas el ministerio hoy? ¿Por la oratoria poderosa o por el contenido bíblico? ¿Por el carácter cristiano o por lo que dicen los boletines de prensa? Demasiados creyentes siguen las normas del mundo cuando evalúan a los ministerios, y necesitan prestar más atención a las normas de Dios.

¡Examínense ustedes mismos! (vv. 5–8). Este párrafo es una aplicación de la palabra *prueba* que Pablo usó en el versículo 3. “Ustedes me han estado examinando”, dijo Pablo, “pero, ¿por qué no toman tiempo para examinarse ustedes mismos?” He observado en mi ministerio que aquellos que son prontos para examinar y condenar a otros, a menudo son ellos mismos culpables de peores pecados. Es muy común que una persona culpe a otra para tratar de aparentar ser mejor.

Pablo les dijo a los corintios que debían examinar sus propios corazones para ver si en realidad habían nacido de nuevo y eran miembros de la familia de Dios. ¿Tienes en tu corazón el testimonio del Espíritu Santo? (Romanos 8:9,16) ¿Amas a los hermanos? (1 Juan 3:14) ¿Practicas la justicia? (1 Juan 2:29; 3:9) ¿Has vencido al mundo y estás viviendo

el tema: (Números 35:30, Mateo 18:16 y 1 Timoteo 5:19). La presencia de testigos ayudaría a garantizar la verdad con respecto a algún asunto, especialmente cuando hubo disensión entre los miembros de la iglesia.

Si los miembros de la iglesia hubieran seguido las instrucciones dadas por Jesús en Mateo 18:15–20, habrían resuelto por sí mismos la mayoría de sus problemas. He visto pequeños desacuerdos en una iglesia crecer hasta convertirse en problemas grandes y complicados, sólo porque los creyentes no obedecen las instrucciones de nuestro Señor. El pastor y la congregación no deben meterse en un asunto sino después de que los individuos involucrados han buscado sinceramente una solución.

Los judaizantes en la iglesia habían acusado a Pablo de ser un hombre débil (2 Corintios 10:7–11). Su modo de abordar el ministerio era dictatorial y de mano dura, mientras que Pablo era gentil y humilde (ve 2 Corintios 1:24). Ahora Pablo les asegura que les mostraría cuán firme puede ser: *si* fuera necesario para solucionar los problemas. “No seré indulgente” fue su advertencia, y usó una palabra que significa *perdonar en la batalla*. En breve, Pablo estaba declarando la guerra a cualquiera que se opusiera a la autoridad de la Palabra de Dios.

“¡Qué Pablo demuestre que es un verdadero apóstol!” decían sus oponentes. La respuesta de Pablo era: “Como Jesucristo, yo soy fuerte cuando parezco ser débil”. En la cruz Jesucristo manifestó debilidad; pero la cruz todavía es “poder de Dios” (1 Corintios 1:18). Pablo ya había explicado su método de batalla espiritual (2 Corintios 10:1–6), y les había advertido a sus lectores a no mirar la superficie de las cosas, sino más adentro.

Por las normas del mundo, tanto Jesús como Pablo eran débiles; pero por las normas del Señor, ambos eran

“Estamos Atribulados...”

mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos”. (2 Corintios 4:8,9)

Los que libran batallas y llevan cargas son los mejores candidatos para recibir bendiciones. Eso es lo que Pablo les dijo a los descorazonados corintios. Ellos se encontraban a menudo atribulados y perplejos, igual que los creyentes de hoy.

Pero Dios no los había abandonado—ni nos va a abandonar a nosotros. Dios consuela a sus hijos que sufren como sólo el “Dios de toda consolación” puede consolar.

Este estudio de 2 Corintios muestra cómo Dios puede convertir las pruebas en triunfos y los sufrimientos en servicio. Descubramos cómo ser...

Animados en Cristo



Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

ISBN 1-879892-82-0
WW-535